



¿Por qué Una pregunta
norteamericana
nos odian tanto?

Terrorismo e ideología de guerra

La partida de Sontag

Cine documental

El realismo en cuestión

Aira: un escritor joven

Demoliciones urbanas

Educación y cuestión social

El de Buenos
fracaso Aires

PUNTO
DE
VISTA

81 Revista de
cultura
85
Abril 2005

Escriben: Plot • Butler • Beceyro
Filippelli • Hevia • Kohan
Myers • Oubiña • Palavecino
Schwarzböck • Sarlo • Silvestri
Porrúa • Sato • Tenti • Gorelik
Passalacqua

Ilustra: Stupía



Las ilustraciones de este número provienen de la obra "Un solo dibujo", de Eduardo Stupía (Buenos Aires, 1951). Se trata de la generación de una serie de obras autónomas (36, en este caso) a partir de la fragmentación arbitraria de un dibujo originario. La obra, con todas sus multiplicaciones y derivaciones, estuvo expuesta en la Papelera Palermo / Casa de Oficios hasta marzo de 2005.

81

Revista de cultura
Año XXVIII • Número 81
Buenos Aires, abril de 2005
ISSN 0326-3061 / RNPI 159207

Sumario

- 1 Punto de Vista, *La partida de Susan Sontag*
- 2 Martín Plot, *Indivisible*
- 8 Judith Butler, *Explicación y exculpación*
- 14 Raúl Beceyro, Rafael Filippelli, Hernán Hevia, Martín Kohan, Jorge Myers, David Oubiña, Santiago Palavecino, Beatriz Sarlo, Silvia Schwarzböck, Graciela Silvestri, *Cine documental: la objetividad en cuestión*
- 24 Ana Porrúa, *César Aira: implosión y juventud*
- 30 Alberto Sato, *Demolición y clausura*
- 35 Entrevista a Eduardo Passalacqua, por Adrián Gorelik, *Buenos Aires: el fracaso de la autonomía*
- 42 Emilio Tenti Fanfani, *La educación escolar y la nueva "cuestión social"*

DE VISTA
PUNTO

Directora
Beatriz Sarlo

Subdirector
Adrián Gorelik

Consejo Editor
Raúl Beceyro
Jorge Dotti
Rafael Filippelli
Federico Monjeau
Ana Porrúa
Oscar Terán
Hugo Vezzetti

Diseño:
Estudio Vesc y Josefina Darriba

Difusión y representación comercial:
Darío Brenman

Distribución: Siglo XXI Argentina

Composición, armado e impresión:
Nuevo Offset, Viel 1444, Buenos Aires.

Suscripción anual

	Personal	Institucional
Argentina	24 \$	50 \$
Países limítrofes	20 U\$S	40 U\$S
Resto del mundo	30 U\$S	50 U\$S

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: 4381-7229
Internet: BazarAmericano.com
E-mail: info@BazarAmericano.com

La partida de Susan Sontag

La muerte de Susan Sontag nos toca de modo particular y, por eso, después de todo lo que se ha escrito, decidimos agregar algunas líneas. Muchos de los que hacemos *Punto de Vista* admiramos a Sontag por sus artículos pioneros sobre Godard y Bresson, por su teoría del *camp* (un verdadero clásico que describe, antes de que se convirtiera en tema de tesis doctorales, una sensibilidad), por sus intervenciones sobre la pornografía o sobre cuestiones de teoría crítica, estética y literatura (fue una de las primeras lectoras de Sebald). La más europea de los ensayistas norteamericanos contemporáneos, Sontag prolongaba sin embargo una línea con la que a la vez discutía, la de Lionel Trilling, Clement Greenberg, Edmund Wilson, o para decir un nombre en el que quizá Sontag no habría pensado, la de Richard Morse. Sensible como pocos a la fenomenología de la cultura moderna, no se sometió a los caprichos de sus capítulos finales ni, mucho menos, a la deriva posmoderna. Todo esto se dirá de Sontag y se seguirá escribiendo sobre lo que ella escribió, muchas veces lapidaria.

Sin embargo, no es por eso que abrimos este número de *Punto de Vista* recordándola. Es su condición de intelectual la que provoca estas líneas, y de intelectual en un país como Estados Unidos donde es difícil el ejercicio de la crítica más allá de las instituciones académicas o de los *little magazines*. Sontag logró, como Noam Chomsky y como Edward Said, una dimensión pública en un país donde la esfera pública es renuente a los discursos intelectuales. Si las intervenciones de Chomsky son fundamentalmente políticas y no tocan el campo de su formación lingüística ni de los aportes a la disciplina; si Said fue du-

rante muchos años vocero oficial de los palestinos en Nueva York, las intervenciones políticas de Sontag se sostuvieron en el prestigio adquirido como crítica de la cultura contemporánea. Es decir que Sontag transfirió de un campo a otro el prestigio ganado y supo hacerlo con un equilibrio austero que le permitió mantenerse tan firme en una como en otra dimensión de escritura.

Desde el comienzo, no fue una académica, a diferencia de Chomsky y de Said, sino, para decirlo con la expresión con que se designan en el mercado, una *freelance writer* (Hannah Arendt cubriendo para el *New Yorker* el juicio de Eichmann en Jerusalem hace pensar en las potencialidades de la cultura liberal norteamericana justamente allí donde eso parece, al mismo tiempo y sin exageración, imposible). Esto la liberó de las pequeñas disputas disciplinarias de la academia, que acompañan los grandes debates como una especie de esquema organizativo parásito, donde se emplea más pasión que en las ideas puestas en juego.

También esto potencia la curiosidad de Sontag por los acontecimientos estéticos más diferentes: no está condenada a ellos profesionalmente y puede escribir sobre ellos con la soltura del ensayista. Por supuesto, Sontag figura entre los mejores ensayistas norteamericanos de las últimas décadas, en primer lugar por el estado de alerta permanente ante la actualidad, esa cualidad que le permite situarse de modo estrictamente contemporáneo al presente y no por eso sucumbir al snobismo de la novedad. También lo es por su defensa de la alta cultura, sin concesiones y sin elitismo, algo difícil de conseguir porque las concesiones y el elitismo parecen ser caminos en apariencia divergentes que ter-

minan intersectándose. Excepto en sus obras literarias (sobre las que valdría la pena discutir, como sobre las de Umberto Eco, si fuera posible), Sontag no practicó de manera convencional ninguna de las ideologías a la moda: fue una feminista sin la exasperación de la primera ola ni la blandura de la segunda; fue una crítica que tuvo como objetos de elección la vanguardia y las nuevas sensibilidades pero también se planteó ensayos de interpretación social, con base en la historia de las configuraciones simbólicas, como *La enfermedad y sus metafóras*; supo revisar las posiciones que envían, de modo indefectible, toda repetición (de fotografías, de textos significativos) a la insustancialidad.

Lo que hoy mueve estas líneas es la desaparición de una figura de intelectual: Sontag en Vietnam, en Palestina, Sontag en Sarajevo poniendo una obra de Beckett entre las ruinas: esas son las pruebas del riesgo físico al que se sometió. Pero limpiándolas de la sospecha de una aventura cualquiera de la notoriedad, están sus posiciones sobre política exterior norteamericana, nítidas, reflexivas y valerosas, que le trajeron el repudio de la derecha y las agresiones de quienes, por fin, podían decir abiertamente que esa mujer no era suficientemente norteamericana y quizá tuvieran razón: ella no pertenecía a los Estados Unidos de la iniquidad y la violencia globales.

Susan Sontag murió a fines del 2004 y había nacido en 1933, año maldito para Alemania y Occidente (“Hitler es el sujeto del siglo XX”, dijo al propósito del film de Syberberg). Las fechas señalan un arco del tiempo, en el que quedamos inscriptos y que Sontag contribuyó a descifrar.

Indivisible

Martín Plot

2



I

Los guardias nos decían: “Podríamos matarlos en cualquier momento. El mundo no sabe que ustedes están acá. Nadie sabe que ustedes están acá. Todo lo que saben es que están desaparecidos. Nosotros podríamos matarlos y nadie se enteraría”.¹

En 1979, un editorial del *Buenos Aires Herald* acertadamente pronosticaba que las violaciones a los derechos humanos de los tres años previos serían el gran tema nacional de los diez que les seguirían. Hoy, pasado un tiempo semejante desde el inicio en los Estados Unidos de una “guerra

contra el terrorismo” que se ha basado en gran parte en una política sistemática de secuestros y torturas en centros clandestinos y no clandestinos de detención en Estados Unidos, Afganistán, Irak, Guantánamo y otros lugares, lamentablemente no creo estar en condiciones de repetir el pronóstico que el *Herald* hizo para la Argentina veinticinco años atrás. La forma en la que la sociedad estadounidense parecería más bien dispuesta a no ocuparse demasiado de algo que es ya conocido por todos fue sintetizada con bastante precisión en otro editorial, esta vez del *New York Times*, en el que Bob Herbert decía: “Lo que consterna

es la manera en que la administración [Bush] ha aprovechado toda oportunidad desde el 11 de septiembre de 2001 para usar el noble lenguaje de la libertad, la democracia y el estado de derecho mientras que, en secreto, aplica políticas que son injustas y profundamente inhumanas. Es política de los Estados Unidos privar de debido proceso a los detenidos en el escandaloso campo de interrogación de Guantánamo, Cuba, donde los prisioneros, muchos de los cuales han resultado ser inocentes, son rutinariamente tratados de forma cruel y degradante. Estados Unidos está también desarrollando la condenable práctica conocida como rendición extraordinaria, por la que sospechosos de terrorismo son secuestrados y enviados, para su interrogación, a países donde se practica la tortura. Y la CIA utiliza prisiones clandestinas locales o centros de detención ubicados en otros países para los llamados detenidos de alto valor. Cualquiera puede imaginar lo que ocurre en esos lugares. Es probable que la mayoría de los americanos prefiera no enterarse de estas prácticas, que son ni más ni menos que células malignas esparciéndose por el alma nacional. La negación es, a menudo, la primera respuesta a las realidades más dolorosas. Pero muchos americanos también saben lo que ocurre cuando ignoramos

1. Testimonio de Shafiq Rasul, ex detenido en el campo de Guantánamo. Todas las traducciones de citas en inglés son mías.

la existencia de un cáncer”.² En un editorial posterior, el mismo autor, aún más desesperado por la falta de reacción ante las violaciones de derechos humanos de las que se tiene noticia frecuente, se pregunta insistentemente: “Como nación, ¿tienen los Estados Unidos una conciencia? ¿O es que todo está justificado en la América post 11 de septiembre? ¿Si la tortura y la negación de debido proceso son justificables, por qué no el asesinato? Cuando el gobierno puede simplemente hacer desaparecer gente –puede hacerlo y lo hace–, ¿cuál es la línea que nosotros, como nación, no cruzaríamos? [¿Cuántos] ciudadanos han desaparecido a manos de la administración Bush? ¿Cuántos han sido enviados, cual víctimas de una turba de linchamiento, a centros de tortura en el exterior? ¿Cuánta gente está detenida en las prisiones secretas de la CIA en otros países?”³

Las preguntas que algunos pocos tienen el coraje de formular hoy son muy similares a las que, una vez, otros pocos se hicieron en latitudes más australes. Pero, obviamente, ahora el coraje requerido es de una naturaleza por completo diferente, y los medios de comunicación donde aparecen estas preguntas son de una relevancia mucho mayor que la de aquellos pocos medios que se animaron a denunciar las violaciones a los derechos humanos en la Argentina.⁴ El coraje que se necesitaba en Argentina era el de desafiar posibles represalias que podían adoptar la forma del secuestro o el asesinato, peligros que personas como Robert Cox o James Neilson del *Buenos Aires Herald* enfrentaron durante los años de la dictadura. El coraje que se requiere hoy en los Estados Unidos es el de desafiar un *statu quo* incapaz de liberarse de la camisa de fuerza discursiva con la que, eficazmente, la administración Bush ha rodeado el espacio público norteamericano desde el 11 de septiembre de 2001. Pero las preguntas no sólo refieren a una situación discursiva en la que ni actores políticos ni medios de comunicación –a más de tres años de los primeros indicadores de cuál sería la metodología en la lucha antiterrorista–⁵ han logrado plantear seriamente una alter-

nativa a la concepción oficial. Las preguntas se refieren también a la *magnitud* concreta de la acción estatal extralegal, un aspecto que resulta imprescindible develar y que la administración ha logrado, hasta ahora exitosamente, sustraer al escrutinio público.

Más aún, la administración Bush y los diseñadores de la estrategia de desaparición, tortura y *detención indefinida*,⁶ paradójicamente pueden estar beneficiándose por la falta de una cultura de derechos en Irak en particular y en el mundo islámico en general –consideración que también puede caberle al estatuto precario de una fracción significativa de la comunidad de origen musulmán en los Estados Unidos, situación que coloca a sus miembros en una condición efectiva de *statelessness*, como diría Arendt,⁷ y por lo tanto al margen de la población con derecho a tener derechos, que es la ciudadanía norteamericana en general. Esto se relaciona además con la decisión sobre qué hacer con los prisioneros una vez agotada su utilidad para la maquinaria de interrogación, que resulta un aspecto fundamental de la situación de los detenidos en *Camp Delta* (Guantánamo), *Camp Bucca*, *Abu Ghraib* y *Camp Cropper* (Irak)⁸ y muchos otros centros de detención, debido a que Estados Unidos no cuenta con la posibilidad cierta de su exterminio, dado que lo que ocurriría tanto en la opinión pública nacional e internacional como en el plano de las relaciones diplomáticas con otros estados sería catastrófico. De todas maneras, la falta de una cultura de derechos y el carácter de *statelessness* de muchos detenidos podrían facilitar el silencioso retorno a sus hogares de un gran número de aquellos sometidos a abusos y tortura durante los últimos años. Estos ex detenidos probablemente aceptarán como natural el ejercicio indiscriminado de la violencia por parte de una fuerza de ocupación en una situación de guerra.

Un ejemplo de cómo la diferencia entre individuos con o sin experiencia en el goce de derechos puede resultar significativa a la hora de determinar el alcance potencial de la denuncia pública de atrocidades, que la actual ad-

ministración norteamericana enfrente en un futuro, es lo excepcional de la actitud adoptada por algunos de los pocos liberados del centro de detención en Guantánamo. Por un lado, a pesar de ser ya muy grande la cantidad de ciudadanos iraquíes que han pasado por centros de detención de las fuerzas de ocupación –de los cuales, según informes oficiales de las mismas fuerzas armadas estadounidenses y de la prensa independiente, más de un 80% resultan ser inocentes de toda participación, militante o de apoyo, en la insurgencia armada–, son pocas las voces de denuncia en términos de violación de derechos que se han hecho oír en Irak. La práctica estadounidense de detención indiscriminada, en barrios “difíciles”, de hombres en edad de combatir, y su posterior abuso y tortura en los centros de detención, ha profundizado de una manera decisiva la hostilidad iraquí ante la ocupación pero no ha generado un movimiento de derechos ni parecería plantearse la posibilidad de denunciar dicha política a la justicia, local o internacional. En cambio, los pocos detenidos que,

2. Bob Herbert, “Iraq, Then and Now”, *New York Times*, 21 de febrero de 2005.

3. Bob Herbert, “It’s Called Torture”, *New York Times*, 28 de febrero de 2005.

4. En una entrevista realizada en 1993, Robert Cox opinaba que, si medios como *Clarín* o *La Nación* se hubiesen hecho eco de lo que ellos denunciaban en el *Buenos Aires Herald*, la masacre no hubiese alcanzado las dimensiones que alcanzó. Ver “The Press Under the Dictatorship”, en <http://ukinet.com/media/text/coxpress.htm>.

5. Ver la orden militar del presidente Bush del 13 de noviembre de 2001: “Detention, Treatment, and Trial of Certain Non-Citizens in the War Against Terrorism”, en <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/11/20011113-27.html>.

6. Para una mirada distinta sobre el mismo fenómeno ver el interesante ensayo de Judith Butler, “Indefinite Detention” incluido en *Precarious Life*, Londres, Verso, 2004. “Explanation and Exoneration”, del mismo libro, ha sido traducido e incluido en este número de *Punto de Vista*.

7. Ver Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, New York, Harcourt, 1973; y *Eichmann in Jerusalem*, New York, Penguin, 1994.

8. Según la información más reciente, estos tres campos de detención tienen hoy unos 6.000, 3.000 y 2.000 prisioneros respectivamente. Ver Edward Wong, “American Jails in Iraq Bursting With Detainees”, *The New York Times*, 4 de marzo de 2005.

sobre todo en Guantánamo, son ciudadanos canadienses, australianos, británicos o franceses, han demostrado una actitud enteramente diferente una vez liberados.⁹ Como no son *stateless persons* y, además, habían vivido y regresaban a sociedades con una extensa historia de reconocimiento de derechos, estos ex detenidos, proporcionalmente muy escasos, no bien abandonan el campo denuncian los abusos a los que fueron sometidos y encuentran, en dichas sociedades, instituciones y prácticas capaces de procesar dichas denuncias.¹⁰ Gracias a ello, muchos de estos ex detenidos ya han iniciado causas judiciales contra el estado norteamericano, cosa que no ha ocurrido y difícilmente ocurrirá en Irak o Afganistán.

Por el momento parecería poder afirmarse que la muerte de detenidos en prisiones estadounidenses se produce casi exclusivamente en circunstancias que los interrogadores norteamericanos quieren, por lo general, evitar: durante la sesión de tortura. Los casos conocidos con certeza son pocos, pero la sospecha de un número mayor y en definitiva indeterminado de casos es unánime en las organizaciones de derechos humanos con voz en los Estados Unidos—Human Rights Watch, Amnesty International, la American Civil Liberties Union, The Center for Constitutional Rights y la Cruz Roja Internacional. Para las fuerzas armadas y de seguridad norteamericanas, el objetivo principal del secuestro, la concentración de detenidos y la tortura inmediata y prolongada es obtener información acerca de las actividades insurgentes en Irak y Afganistán y de la existencia de células terroristas en Estados Unidos u otros lugares bajo efectivo control norteamericano. De todas maneras, dado que el exterminio de los miles de detenidos que hoy están en poder de los Estados Unidos no parece ser parte de la política oficial, la cuestión era decidir qué hacer con aquellos que ya han agotado su capacidad de contribuir con información, puesto que seguramente *algunos* volverían —o se unirían como resultado de la experiencia— a la lucha y *no todos* retornarían silenciosamente a sus hogares sin denunciar públi-

camente las atrocidades sufridas. En esa encrucijada nació el sistema doctrinario que pone la detención indefinida de combatientes en relación con una guerra contra el terrorismo cuyo fin es indeterminable objetivamente.

Este aparato doctrinario es sumamente complejo, pero se pueden definir dos elementos que lo estructuran. En primer lugar, dada la visibilidad pública global que tiene la “guerra contra el terrorismo”, la posibilidad de eliminar a los detenidos incapaces de seguir proveyendo información se reduce a casos muy específicos, pero no puede ser aplicada de modo indiscriminado. Debido a esta situación la administración Bush ha creado una categoría de prisioneros *sui generis*.¹¹ Los detenidos en la guerra contra el terrorismo no son ni prisioneros de guerra ni acusados de crímenes. Si fuesen prisioneros de guerra, las convenciones de Ginebra autorizarían su detención durante la duración del conflicto pero impedirían su uso como fuente de información extraída en interrogatorios, dado que en este marco legal los prisioneros son meramente mantenidos en cautiverio para evitar que vuelvan a unirse a la lucha. Por otro lado, si los detenidos fuesen acusados de crímenes de cualquier tipo se los podría interrogar, pero habría que hacerlo en un estrado judicial y los acusados tendrían derechos y garantías jurídicos que los protegerían del arresto arbitrario y de las detenciones prolongadas indefinidamente con independencia de todo proceso judicial, además de otorgarles acceso a una defensa legal y protección contra el maltrato y la aplicación de tortura. En estas circunstancias, la administración Bush decidió crear unilateralmente la categoría de “combatiente extralegal”—categoría que tiene existencia discursiva pero que carece de toda pretensión de ingresar seriamente en el sistema jurídico local o internacional, dado que no tiene sanción parlamentaria y los jueces están, poco a poco, haciendo explícita su inexistencia jurídica. Los combatientes extralegales son detenidos en tiempos de conflicto bélico pero no son miembros formales de las fuerzas armadas de una nación o estado signatario de las convenciones de

Ginebra. Debido a esto, según la administración Bush, estos detenidos no gozan de las protecciones de las convenciones y, por lo tanto, pueden ser interrogados por sus captores. Por otro lado, como los detenidos *son* de todas maneras prisioneros producto de una guerra, pueden ser retenidos indefinidamente y no necesitan ser acusados de ningún delito en particular ni ser hallados culpables de nada —en consecuencia, no es necesario reconocerles derecho a debido proceso o permitirles ningún tipo de acceso a un asesoramiento legal o el más mínimo contacto con el mundo exterior al campo. Esta es la situación de detención indefinida en la que se encuentran los prisioneros del campo de concentración de Guantánamo y de los muchos centros de detención bajo control estadounidense esparcidos por distintos lugares de los Estados Unidos y el mundo.

El segundo elemento fundamental de este aparato doctrinario es el carácter indeterminado que tiene la “guerra contra el terrorismo”. Dado que concluirá cuando lo determine un poder ejecutivo carente de toda limitación real en tiempos de guerra —en la jurisprudencia norteamericana, el poder judicial tiende a autoexcluirse de toda intromisión en la conducción de la guerra por parte del poder ejecutivo, dedicándose sólo a revisar sus acciones una vez terminado el conflicto—,¹² los detenidos, a pesar de que la mayoría no puede ser eliminada, pueden ser mantenidos en un limbo judicial y una localización sustraída de todo contacto con el mundo exterior por el tiempo que dure la guerra. Y dado

9. Es preocupante que la situación de los pocos ex detenidos de ciudadanía norteamericana sea más parecida a la de aquellos liberados en Irak o Afganistán que a la de los liberados en Canadá o Gran Bretaña, pero es probable que ese sea un indicador importante de las tendencias en las que la sociedad se encuentra atrapada.

10. Ver Rachel Meeropol (ed.), *America's Disappeared*, New York, Center for Constitutional Rights and Human Rights Watch, 2005.

11. Ver Karen Greenberg y Joshua Dratel, *The Torture Papers*, New York, Cambridge University Press, 2005; y Mark Danner (ed.), *Torture and Truth*, New York, New York Review Books, 2004.

12. Ver Andrew Arato, “The Bush Tribunals and the Specter of Dictatorship”, *Constellations*, vol. 9, número 4, 2002.



que esta guerra no tiene un enemigo declarado sino que está basada en la prolongación indefinida de los efectos del 11 de septiembre de 2001—una acción que sigue operando como justificación de todo aquello que se le asocie legítima o ilegítimamente—, su duración está atada más a la efectividad de una formación discursiva que a los acontecimientos que ocurran en uno o muchos campos de batalla. Es a esta formación discursiva a la que me abocaré a continuación.

II

One Nation, under God, indivisible.¹³

En la semana posterior a las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, el año pasado, una encuesta de boca de urna de la CNN y *Edison Media Research* conmovió al mundo político. Aparentemente, decían los encuestadores, las elecciones no habían

sido decididas por el tema que se suponía fundamental —la guerra contra el terrorismo y la invasión a Irak, que la administración Bush presentó y presenta como marco general y frente particular de una misma gran confrontación global—, sino por algo completamente inesperado: la cuestión moral y los *value voters*. La encuesta preguntaba cuál había sido el tema decisivo en la determinación del voto y ofrecía cuatro respuestas posibles de las cuales se podía elegir sólo una. Los resultados fueron, según los encuestadores, asombrosos: un 22% decía que lo decisivo eran los “temas morales”; un 20%, “la economía”; un 19%, “el terrorismo”; y un 15%, “Irak”. Lo asombroso, por supuesto, es que una encuesta que arroja ese tipo de resultados —y que formula ese tipo de preguntas— sea tomada en serio. Para cualquier observador no atrapado en la miopía empirista de la ciencia y el periodismo político de estos tiempos es obvio que esta pregunta y sus posi-

bles respuestas simplemente otorgaban a los encuestados la opción de codificar de una forma alternativa su voto a Bush (los temas morales y el terrorismo) o a Kerry (la economía e Irak), aportando solamente el valor de forzar la desagregación temática del resultado general de las elecciones. Pero lo que ocurre es que la desagregación del proceso de agregación político, que es toda campaña electoral, no sólo viene limitada de origen por el intento de tratar de subdividir en unidades elementales lo que en realidad es una *Gestalt* general sino que también expone a ese proceso al riesgo de ser *interpretado*, y no solamente *identificado*, desagregadamente. En pocas palabras, la lectura dominante de esta encuesta puede haber ignorado lo que quizás sea su único aporte significativo, esto es, el de iluminar la *articulación* —no la separación— entre la temática de los valores morales y el temor al terrorismo. Si esto es así, es posible que la conmoción sufrida por los *establishments* político y periodístico ante la encuesta, en realidad tenga el mérito, desde un punto de vista diferente al ofrecido por encuestadores y actores políticos, de echar luz sobre una dimensión más fundamental del presente político y cultural de los Estados Unidos.

El 13 de septiembre de 2001, Pat Robertson, fundador de la *Christian Coalition* y conductor de un programa televisivo de la derecha cristiana llamado *The Club 700*, y el reverendo Jerry Falwell, pastor de la misma orientación teológico-política, analizaron en el aire los trágicos acontecimientos que acababan de ocurrir en las ciudades de Nueva York y Washington. En ese contexto, Robertson dijo: “Y nosotros que pensábamos que éramos invulnerables... Hemos insultado a Dios desde el nivel más alto del gobierno [léase Clinton] y ahora nos preguntamos ‘¿Por qué nos pasa esto?’ Bien, lo que ocurre es que Dios todopoderoso está dejando de protegernos... Pienso que estamos en la antesala del terror. No hemos ni siquiera empezado a ver lo que pueden llegar

13. [Una nación, bajo Dios, indivisible.] Jura de la bandera de los Estados Unidos.

a hacer a la población”.¹⁴ A lo que Falwell respondió: “Coincido totalmente contigo acerca de que el Señor nos ha protegido maravillosamente estos 225 años... Me temo que, como dijo ayer Donald Rumsfeld, el Secretario de Defensa, esto es sólo el comienzo. Y con las armas biológicas disponibles para estos monstruos y si, en efecto, Dios continúa retirándonos su protección, esto quizás permita a los enemigos de América darnos lo que probablemente nos merecemos... Y la *American Civil Liberties Union* tiene gran parte de la culpa... [Y] los abortistas también tienen que ser responsabilizados por esto, porque Dios no puede ser desafiado... Realmente pienso que los paganos, y los abortistas, y las feministas, y los gays y las lesbianas que están tratando activamente de crear un estilo de vida alternativo... [a ellos] yo les apunto a la cara y les digo: ‘Ustedes ayudaron a que esto sucediera’. [Pat] has notado que ayer la ACLU y todos los que odian a Cristo... fueron totalmente rechazados por demócratas y republicanos en el congreso cuando [los representantes] salieron a las escalinatas y en un rezo llamaron a Dios y cantaron ‘God Bless America’ y dijeron ‘que la ACLU sea colgada’. En otras palabras, cuando la nación es puesta de rodillas, la única cosa normal y natural y espiritual que hay que hacer es lo que deberíamos hacer todo el tiempo –acudir a Dios”.¹⁵

Me resulta comprensible que estas apocalípticas y desencajadas manifestaciones de odio e intolerancia cultural hayan sido descartadas en su momento por muchos intérpretes como marginales y poco representativas.¹⁶ De todas maneras no es cierto que la forma y el contenido sustancial de estas expresiones no formen parte de una dimensión históricamente significativa, y sin dudas en ascenso, de la autopercepción de la sociedad norteamericana. Andrew Murphy, por ejemplo, en un sutil trabajo sobre la relación entre los relatos de declinación moral y el castigo divino en los Estados Unidos, ilumina este punto.¹⁷ Afirma que “las premisas implícitas [en este tipo de interpretación del 11 de septiembre] están mucho más profundamente

entremezcladas con la noción de los Estados Unidos como ‘pueblo elegido’ y ‘una nación bajo Dios’ –y por lo tanto son más fundamentalmente e incómodamente americanas– de lo que muchos críticos quisieran admitir”.¹⁸ Más aún, una revisión detallada de las principales características de las declaraciones públicas y las decisiones políticas más significativas de la administración Bush muestra que, lejos de ser marginal, este tipo de interpretación fue más bien estructurante de las representaciones dominantes del momento crucial que Estados Unidos estaría viviendo en el período abierto por los atentados terroristas del 11 de septiembre. La principal fuerza detrás de la furia y la coherencia con las que la derecha religiosa se ha convertido en el principal agente configurador de las políticas interiores de la administración –principalmente la ofensiva contra el aborto, la reforma constitucional para ilegalizar los matrimonios homosexuales, el desvío de recursos de servicios públicos hacia instituciones religiosas, el acoso permanente a la separación entre la iglesia y el estado, y la prohibición de la investigación científica con células embrionarias–,¹⁹ y la disciplina con la que estos mismos sectores, hasta no hace mucho tiempo profundamente antisemitas, se volvieron abanderados de la alianza del equipo de gobierno con el partido Likud en Israel con el propósito de “esparcir por la faz de la tierra la libertad que el todopoderoso regaló a la humanidad”,²⁰ son aspectos de la misma constelación de sentidos abiertos por el 11 de septiembre, de la que los comentarios de Robertson y Falwell son una expresión constitutiva.

Luego del 11 de septiembre la izquierda ideológica de los Estados Unidos, por lo general ignorada, logró cierta notoriedad al formular públicamente una pregunta que pocos se animaban a hacer: ¿por qué ha pasado esto? ¿por qué nos odian? El problema es que, para la izquierda, se trataba básicamente de una pregunta retórica cuya respuesta resultaba evidente: nos odian porque somos imperialistas y las acciones del 11 de septiembre son representativas del odio que sienten por nosotros los pueblos oprimi-

dos. El problema es que para la sociedad norteamericana, fuertemente impactada por la atrocidad de un atentado terrorista que había mostrado su horror ante los ojos de todos, no era una pregunta retórica sino real, y su respuesta una cuestión de vida o muerte. Más aún, el problema es que las preguntas retóricas suelen convencer a quienes las formulan de que sus respuestas son conocidas de antemano –la característica fundamental de la ideología, también según nos enseñó Arendt– y, por lo tanto, la izquierda cometió el error de sustraerse al debate real que debía darse ante la necesidad de desarrollar la política de estado que, sin duda, respondería a un acontecimiento de esa envergadura. Y, como ya todos sabemos, la respuesta que se materializó en políticas concretas no fue la que la izquierda tenía en mente. La respuesta puede leerse con claridad en el conjunto de políticas internas e internacionales de la administración Bush, entre las cuales están, obviamente, las sistemáticas violaciones a los derechos perpetradas en nombre de la *prioridad absoluta* de la seguridad nacional por sobre cualquier consideración legal o humana.²¹

14. Pat Robertson y Jerry Falwell, en *The Club 700*, 13 de septiembre de 2001.

15. Op. cit.

16. Incluso, en parte, por mí. Ver “Provincianismo, ideología y simpatía por la revolución”, *La ciudad futura*, número 50, 2001.

17. Andrew Murphy, “Three American Jeremiahs: Moral Decline and Divine Punishment in American Thought from New England to 9/11 and Beyond”, trabajo presentado como eje de discusión de la mesa redonda central del congreso. *Segundo Congreso Anual de la Association for Political Theory*, Colorado, octubre de 2004.

18. Op. cit.

19. No tengo espacio para desarrollarlo en este artículo, pero estas políticas interiores de la administración Bush se caracterizan por el reemplazo sistemático de los mecanismos de decisión democráticos por otros inspirados, alternativamente, en la invisibilidad de la voluntad de Dios o en la invisibilidad de la mano del mercado.

20. Así suele referirse Bush a los principios que inspiran su política exterior.

21. Ver Ronald Dworkin, “Terror and the Attack on Civil Liberties”, *The New York Review of Books*, vol. 50, número 17, 2003; y “What the Court Really Said”, *The New York Review of Books*, volumen 51, número 13, 2004.

A pesar del pesimismo expresado en el párrafo inicial de este trabajo, la interpretación futura del sentido de estas políticas todavía no puede predecirse. Los que no olvidamos que los acontecimientos no cambian sólo el futuro sino que, fundamentalmente, resignifican el pasado, sabemos que la forma en que la sociedad norteamericana se relacionará con los sentidos y prácticas abiertos por el 11 de septiembre será en última instancia determinada por factores que aún no conocemos, que serán a su vez el resultado de hechos que aún no han ocurrido –factores tales, por ejemplo, como la actitud del gobierno que herede el proceso político en curso en Irak, hoy ya relativamente autonomizado de las decisiones de Washington, o hechos tales como una posible corrida global contra el dólar, horizonte hoy temido por muchos en el mundo financiero. La experiencia de la dictadura argentina nos indica que el mero conocimiento de violaciones a los derechos humanos puede no ser suficiente para que un gobierno sea forzado a sufrir las consecuencias de haber actuado como una organización criminal, sino que a veces una crisis de legitimidad de otro origen abre las puertas de la resignificación retrospectiva de las acciones extralegales del estado.

Pero volviendo al relato del pueblo elegido conmovido por los ataques terroristas, Dios ha retirado su protección ni más ni menos que por la degradación moral interna y la pasividad militar externa que han caracterizado a los Estados Unidos en las últimas décadas (es decir, desde la década del 60) y particularmente durante los últimos años (es decir, durante los años de la administración Clinton). Dado este diagnóstico, la respuesta debe ser simétrica y la nación debe abocarse a su purificación moral interna y a la recuperación externa del protagonismo perdido en la misión reden-

tora de Dios. Esta visión de los acontecimientos, que de ninguna manera es compartida por todos pero que sí es consustancial al discurso de la administración Bush, logra con cierto éxito presentar el corazón nacional como Uno y la identidad norteamericana –o al menos el origen mítico de la nación, un origen que debe ser recuperado o, como muchos acertadamente temen, está siendo reinventado– como pura y destinada a imponer el deseo divino. Dos ejemplos de la dificultad que tienen los representantes políticos para ofrecer una interpretación alternativa de la situación presente, dificultad que experimentan incluso aquellos que están en profundo desacuerdo con la formulación explícita de esta posición, pueden verse en las únicas dos votaciones virtualmente unánimes que protagonizó el Congreso en el período histórico abierto por el 11 de septiembre de 2001. El 12 de octubre de ese mismo año, el Senado aprobó, por 96 votos contra 1, la famosa *USA Patriot Act*, cuyo nombre surge de la sigla *Uniting and Strengthening America by Providing Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorist Acts* (Uniendo y fortaleciendo América proporcionando las herramientas apropiadas requeridas para interceptar y obstruir actos terroristas), cuyo contenido libera al poder ejecutivo de casi cualquier limitación legal en su lucha contra el terrorismo. Por otro lado, un año después, el 8 de octubre de 2002, luego de que una corte federal de apelaciones declarara la inconstitucionalidad de la frase “One Na-

tion, under God, indivisible” –incluida, en 1954, en la jura oficial de la bandera para oponerse, de modo explícito, a la concepción atea del bloque enemigo–, la Cámara de Representantes se autoconvocó con la urgencia que demanda una nación amenazada en su existencia y votó 401 contra 5 una declaración en defensa de la misión unificadora de la mirada de Dios –acción que fue emulada de inmediato por el Senado, con una votación de 99 a 0.²²

¿Cómo es posible que los representantes de una sociedad política y culturalmente tan dividida como la estadounidense coincidan de modo casi unánime sólo en estos dos temas, tomar medidas excepcionales como reacción frente al terrorismo y defender la identidad de pueblo elegido? Las razones son complejas y en parte he tratado de ocuparme de ellas en otro contexto.²³ Aquí sólo quiero agregar que, en la medida en que la constelación de sentidos operante desde el 11 de septiembre mantenga su productividad –y ello dependerá, como dije, de acontecimientos y acciones que aún no han tenido lugar–, ni la opinión pública norteamericana demandará la investigación y sanción de las violaciones a los derechos humanos ordenadas por esta administración, ni los actores sociales y políticos obsesionados por la purificación moral cesarán de obtener victorias. En definitiva, *la parte* de la nación que votó motivada por “temas morales” y “terrorismo” seguirá acercándose peligrosamente a su objetivo de identificación con *el todo*.

22. Mientras escribo este artículo, la Corte Suprema de Justicia trata otro caso semejante, esta vez vinculado con la posibilidad de instalar los diez mandamientos en edificios públicos de los Estados Unidos.

23. Ver Martín Plot, “Political Action and Speech in Election 2000”, *Constellations*, vol. 8, número 3, 2001; y *El kitsch político*, Buenos Aires, Prometeo, 2003.



Explicación y exculpación

Judith Butler

8



Desde el 11 de septiembre, asistimos a un auge del anti-intelectualismo y, al mismo tiempo, a una creciente aceptación de la censura en los medios. Podría significar que la población de Estados Unidos apoya esas tendencias, pero también podría significar que los medios funcionan como “voces públicas”, a relativa distancia de sus audiencias, trayendo la “voz” del gobierno, del que están próximos a causa de la unión o la identificación con esa misma voz. Dejando de lado, por el momento, el modo en que los medios actúan sobre el público y la pregunta sobre si han tomado a su cargo la tarea de estructurar el sentimiento y la

fidelidad colectivas, parece crucial señalar que una relación crítica con el gobierno ha sido severa, si no totalmente, suspendida, y que la “crítica”, incluso la independencia de los medios, está comprometida de manera inédita.

Aunque en los últimos tiempos se ha informado sobre abusos en el trato recibido por prisioneros y sobre “errores” de guerra, ni la justificación ni la causa de la guerra definieron el foco de la atención pública. Sólo hace poco (en el otoño de 2003), comenzaron a examinarse las razones de una guerra preventiva contra Irak. De modo invariable, pensar intensamente en es-

tas causas suscitó temores de que, si se señalaba un conjunto de causas, se habría encontrado también un conjunto de excusas. Este argumento fue esgrimido por Michael Walzer, un defensor de la “guerra justa”, y funciona como censura implícita en las páginas de opinión de los diarios de todo el país. Del mismo modo, el vicepresidente Richard Cheney y Edward Rothstein del *New York Times*, entre otros, declararon que había llegado el momento de reafirmar no sólo los valores americanos sino los valores fundamentales y absolutos. Las posiciones intelectuales consideradas “relativistas” o “post” son juzgadas cómplices del terrorismo o un “eslabón débil” en la lucha contra éste. Difundir perspectivas críticas contrarias a la guerra se ha vuelto difícil, no sólo porque el *mainstream* de los medios no las publica (la mayoría aparece en la prensa alternativa o en internet), sino porque conlleva el riesgo de la histeria y la censura. En un sentido fuerte, el binarismo de Bush, que implica que sólo dos posiciones bien definidas son posibles —“Se está con nosotros o con los terroristas”— torna imposible una posición que refute ambas alternativas y examine los términos de su contraposición. Además, este binarismo nos restituye a la anacrónica división entre “Oriente” y “Occidente” que, en su resbalosa metonimia, retoma la odiosa distinción entre civilización (la nuestra) y barbarie (codificada hoy como “Islam”). En el comienzo del conflicto, oponerse a la guerra significó,

para algunos, simpatizar con el terrorismo o justificarlo. Ha llegado el momento de ampliar un campo de discusión intelectual donde puedan escucharse diferenciaciones más responsables, contarse historias complejas y señalar responsabilidades independientes de los gritos de venganza. Debería ser un campo en el cual una perspectiva de cooperación global a largo plazo se convierta en guía de la reflexión y la crítica.

La respuesta desde la izquierda a la guerra en Afganistán enfrentó graves problemas, en parte porque las explicaciones que se dio a la pregunta “¿Por qué nos odian tanto?” fueron interpretadas como otras tantas exculpaciones de los actos de terrorismo. Pero esto no es inevitable. Sin embargo, es evidente que las tendencias moralistas y anti-intelectuales se unieron a la desconfianza respecto de la izquierda, al mismo tiempo que nuestra capacidad para reflexionar sobre las causas del conflicto global fue considerada inadmisibles. El grito de “No hay excusas para lo sucedido el 11 de septiembre” bloquea cualquier discusión seria sobre la política exterior norteamericana, que ha contribuido a producir un mundo donde tales actos de terrorismo son posibles. Esto es evidente de modo dramático en la suspensión de los intentos de ofrecer una información equilibrada del conflicto internacional y el rechazo del *mainstream* periodístico a publicar críticas importantes de la empresa militar estadounidense como las realizadas por Arundhati Roy¹ y Noam Chomsky, por ejemplo. Esto sucede en paralelo con una suspensión sin precedentes de las libertades civiles de los inmigrantes ilegales y de los sospechosos de terrorismo, y el empleo de la bandera como ambiguo signo de solidaridad con los muertos del 11 de septiembre y la actual guerra, como si el duelo por unos se tradujera, de un solo golpe simbólico, en un apoyo a la intervención militar en Irak. La burla pública de que son objeto los movimientos pacifistas y la caracterización de cualquier movilización anti-bélica como anacrónica o nostálgica producen un consenso que marginaliza el sentimiento y el análisis anti-bélicos poniendo

fuertemente en cuestión el valor del disenso como dimensión fundamental de una cultura democrática.

La articulación de esta hegemonía tiene lugar en parte a través de un consenso sobre el significado de algunos términos, cómo deben ser usados y qué líneas de solidaridad se dibujan implícitamente a través de ese uso. Reservamos la expresión “actos de terrorismo” para acontecimientos tales como los del 11 de septiembre, distinguiendo esos actos de violencia de aquellos que pueden justificarse por razones de política exterior o una declaración de guerra. Por otro lado, esos actos terroristas fueron representados como “declaraciones de guerra” por el gobierno de Bush, que, en consecuencia, justificó su repuesta militar como legítima defensa. Entre tanto, persiste y se acrecienta la ambigüedad del uso mismo del término “terrorista”, explotado por varios de los poderes en guerra. El término “terrorista” es usado, por ejemplo, por Israel para describir cualquiera de los actos de los palestinos, excluyendo, por cierto, sus propias prácticas de la violencia de estado. También lo usa Putin para referirse a la lucha chechena por la independencia, al tiempo que realiza actos de violencia contra esa provincia, justificándolos como defensa nacional. Estados Unidos, al emplear el término, se coloca de modo exclusivo en el lugar de víctima de la violencia a partir del innegable acto terrorista sufrido el 11 de septiembre. Pero una cosa es haber sido víctima de la violencia y otra bien distinta usar ese hecho para sostener un razonamiento por el cual la violencia sufrida legítima una agresión ilimitada contra blancos que pueden estar o no relacionados con sus orígenes.

Esta forma de presentar y entender la violencia se acopla a la experiencia y contribuye a obstruir cierto tipo de preguntas, cierto tipo de indagaciones históricas, funcionando como justificación moral de la venganza. Es necesario prestar atención a esta forma del razonamiento ya que decide, de manera impositiva, *qué podemos escuchar*, qué perspectiva va a funcionar como explicación o como excusa, y si podemos atender a su diferencia y respetarla.

Existe también una dimensión narrativa de este esquema explicativo. En Estados Unidos, se comienza la historia invocando una narración en primera persona, cuyo punto de vista define el relato de lo sucedido el 11 de septiembre. Es esa fecha y la inesperada y terrible experiencia de violencia la que da impulso al relato. Si alguien trata de comenzar la historia antes, quedan sólo pocas opciones narrativas. Podría narrarse, por ejemplo, cómo era la familia de Mohammed Atta, cuáles bromas le hacían en su infancia, dónde se reunía mientras estuvo en Hamburgo y qué lo condujo, psicológicamente, al momento en que piloteó el avión que chocó contra el World Trade Center. O también, el modo en que Bin Laden rompió con su familia y se mueve impulsado por la ira. Este tipo de historias son interesantes hasta un cierto punto, porque sugieren que existe algo así como una patología personal. Parecen plausibles en parte porque sitúan la acción en términos de un sujeto, algo comprensible, algo que se acuerda con nuestra idea de responsabilidad personal o con la teoría del liderazgo carismático.

Son historias más sencillas que las de una red de individuos dispersos por el mundo, que se han conjurado para implementar ciertos actos. Si hay una red, debería haber un líder, un sujeto que fuera, en última instancia, el responsable. Quizás podríamos escuchar, aunque de modo limitado, cómo Al-Qaeda usa la doctrina islámica y, para sostener una perspectiva liberal, concluir que no representa el Islam y que la mayoría de los musulmanes no exculpa sus actos. Al-Qaeda puede ser “el sujeto”, pero deberíamos preguntarnos por su origen. Si aislamos a los individuos, nos eximimos de la necesidad de buscar una explicación más amplia. Perplejos porque no se escucha un repudio más fuerte por parte de los líderes musulmanes (aunque muchas organizaciones han expresado su condena), no podemos entender porqué podría ser difícil que los dirigentes del mundo islámico se unan públicamente a Estados Unidos aunque

1. *The Guardian*, septiembre 29, 2001.

condenen claramente los actos de violencia.

10 Nuestros propios actos de violencia no son informados gráficamente por la prensa. Y pasan a ser sólo actos de justificada autodefensa, en una causa noble como lo es la extirpación del terrorismo. Durante la guerra de Afganistán, se informó que la Alianza del Norte podría haber destruido una aldea: ¿El hecho debía ser investigado y juzgado como crimen de guerra? Cuando un chico que se desangra o un cadáver afgano aparece en la prensa, no se lo presenta como parte del horror de la guerra, sino como crítica de la capacidad militar para arrojar sus bombas como es debido. Nos castigamos por no apuntar mejor, como si la finalidad fuera la puntería. No tomamos en cuenta, como hechos que caen bajo nuestra responsabilidad, los signos de una vida destruida o de aldeas que han perdido parte de sus habitantes. Nuestros propios actos nunca son juzgados como terroristas. Y no se hace la historia de los hechos relevantes para la comprensión de acontecimientos terribles. No existe una historia relevante de los acontecimientos que precedieron el 11 de septiembre, dado que si se comenzara a contar la historia de modo diferente, si nos preguntáramos cómo llegaron las cosas a ese punto, surgiría un interrogante sobre la acción que, sin duda, nos enfrenta con la posibilidad del error moral. Para condenar algunos actos de modo inexcusable, para sostener la actual estructura afectiva (de victimización, por un lado, y de justificación de nuestra causa, por el otro) la historia debe comenzar con la experiencia de nuestro propio sufrimiento.

Debemos sostener la perspectiva en primera persona y evitar los relatos que suponen un descentramiento del “yo” en el espacio internacional público. Tal descentramiento es experimentado como parte de la herida sufrida, y ello hace que sea difícil ocupar esa posición. Tal descentramiento es lo que buscamos rectificar por medio de un re-centramiento. Para compensar la enorme herida narcisística que se abrió con el develamiento público de nuestra vulnerabilidad física, emerge una forma narrativa. De acuer-

do con ella, nuestra respuesta fue no entrar en coaliciones internacionales donde deberíamos trabajar según un modelo de construcción de consenso institucional. Relegamos las Naciones Unidas como si fueran un órgano deliberativo de segunda clase e insistimos en el unilateralismo norteamericano. En consecuencia preguntamos: “¿Quién está con nosotros? ¿Quién está contra nosotros?” Como resultado, al develamiento de una vulnerabilidad respondemos con la afirmación del “liderazgo” norteamericano, mostrando una vez más el desprecio que sentimos respecto de las coaliciones internacionales que no sean construidas y dirigidas por nosotros, como confirmación de nuestra supremacía, que tiene implicaciones de largo plazo sobre la forma y perspectiva de una futura cooperación global.

Quizá la pregunta sea inaudible, pero, como sea, me gustaría plantearla: ¿es posible encontrar otro sentido y otras posibilidades en el descentramiento de la primera persona dentro de un esquema global? No digo que la historia del ataque que comienza con el 11 de septiembre no deba narrarse. Tal relato debe tener lugar, pese al trauma que debilita la capacidad narrativa. Pero si deseamos entendernos como actores globales, que se mueven en un campo establecido por su historia, un campo donde tienen lugar otras acciones, es preciso superar la perspectiva narrativa del unilateralismo norteamericano y sus estructuras defensivas para reconocer que nuestras vidas están profundamente implicadas en las vidas de otros. Mis amigos de la izquierda bromean acerca de haber superado su condescendencia primermundista. Es verdad. Pero ¿no estamos tratando de restablecerla para cicatrizar nuestra herida? ¿Permitiremos que la condescendencia primermundista nos impida construir una política diferente?

Creo que podríamos alcanzar un orden distinto de responsabilidad si nos abrimos a explicaciones, poco conocidas en Estados Unidos, que nos ayuden a plantearnos porqué el mundo alcanzó el estado actual. Nuestra comprensión de las formas adquiridas por el poder global puede enriquecerse si

somos capaces de narrarnos no sólo desde el punto de vista de la primera persona sino también desde la posición de la tercera, o aceptar un relato en segunda. Sin embargo, en vez de abrimos a un descentramiento importante del primermundismo, descartamos todo esfuerzo explicativo, como si explicar los hechos implicara otorgarles racionalidad o nos comprometiera en una identificación con el opresor, como si la comprensión tuviera como consecuencia inevitable un esquema justificatorio. Nuestro miedo a comprender un punto de vista traiciona un temor más profundo, el de quedar capturados en esa perspectiva y contagiarnos con una modalidad de pensamiento moralmente peligrosa, que atribuimos al enemigo. ¿De dónde vienen estas creencias? Según Bush fuimos a la guerra para extirpar las raíces del terror, pero ¿creemos realmente que, si encontramos a los responsables de los ataques del 11 de septiembre, alcanzaremos esas raíces? ¿Tomamos acaso en cuenta que la invasión de una nación soberana, mayoritariamente musulmana, el apoyo al régimen militar de Pakistán que suprime activa y violentamente las libertades, la destrucción de vidas y aldeas, hogares y hospitales, acrecentará un sentimiento antinorteamericano inflexible al par que promoverá su organización política? Desde una perspectiva estratégica, ¿nos interesa o no perfeccionar la violencia? ¿No estamos éticamente obligados a detenerla, teniendo en cuenta nuestro rol en que ella se haya difundido? ¿No debemos cultivar y fomentar una cultura política global diferente?

Parte del problema es que los liberales se alinearon en silencio tras el esfuerzo bélico, y suministraron parte de los argumentos que impiden considerar la violencia ejercida por Estados Unidos como terrorista. No fueron sólo los republicanos conservadores quienes se negaron a hablar de “causas”. La izquierda liberal que defendió la “guerra justa” tampoco quiso escuchar a quienes denominó “excuseniks”. Este neologismo, que rehabilita la retórica de la guerra fría respecto de la URSS, sugiere que quienes quieren comprender cómo y porqué el

mapa global llegó a esta coyuntura, preguntándose de qué modo Estados Unidos contribuyó a ese mapa, son cómplices del enemigo tanto por el estilo de sus preguntas como por su contenido. Sin embargo, indagar el modo en que algunas acciones políticas y sociales tuvieron lugar (por ejemplo los ataques terroristas del 11 de septiembre) y tratar de encontrar un conjunto de causas no implica una parálisis de nuestra capacidad para realizar juicios éticos.

Sin duda, algunos análisis hechos en la izquierda afirman simplemente que Estados Unidos ha cosechado su siembra. Se trata, también en este caso, de una explicación cerrada, sostenida en la prioridad y la omnipotencia norteamericanas. Otras explicaciones indican que los hechos se originan en un sujeto único, que no es lo que parece ser, que Estados Unidos ocupa la posición de ese sujeto y que no existen otros o, si existen, sus acciones se subordinan a las norteamericanas. En otras palabras, una paranoia política nutrida en fantasías omnipotentes se pone de manifiesto en las explicaciones más extremas del 11 de septiembre, que afirman que los ataques fueron diseñados por la CIA o la Mossad. Aunque Ben Laden fue un aprendiz de la CIA y Estados Unidos apoyó a los talibanes desde los noventa, cuando se los consideraba estratégicamente útiles, esos lazos no son explicaciones causales, aunque formen parte de un esquema explicativo. No significan que Estados Unidos está detrás de sus actos, pero son obvias las razones por las que la relación es objeto de una reducción causal, que fortalece la paranoia porque se cree haber captado una parte significativa del cuadro.

Lo que generalmente se escucha cuando se expresan opiniones de este tipo es que Estados Unidos es el agente culpable, o el autor de los hechos y, en consecuencia, único responsable del desenlace a nivel global. Este tipo de razonamiento es inaceptable tanto para el periodismo como para la opinión pública porque culpa a la víctima. Pero no es éste el único modo de atender este punto de vista, ni es tampoco la única forma que asume. Precisar es-

te aspecto, y difundirlo, es crucial para cualquier esfuerzo de la izquierda por ofrecer un punto de vista antibélico en el interior del discurso contemporáneo.

Si creemos que pensar de manera radical acerca de la emergencia de la actual situación implica exculpar a quienes cometieron actos de violencia, congelaremos nuestras ideas en nombre de una presunta moral. Si paralizamos de este modo el pensamiento, en verdad nuestra respuesta moral será fallida pero por otras razones: no podremos hacernos responsables colectivamente de una comprensión profunda de la historia que nos ha condu-



cido a esta coyuntura. Por lo tanto, quedaremos privados de los recursos críticos e históricos necesarios para imaginar y actuar otro futuro, en el que el mundo se mueva más allá del círculo de la venganza.

Cuando Arroyo, presidente de Filipinas, el 29 de octubre de 2001, señaló que “la mejor tierra de crianza para el terrorismo es la pobreza”; o cuando Arundhati Roy señala que Ben Laden fue “esculpido de la costilla de un mundo desolado a causa de la política norteamericana”, enfrentamos algo menos que una explicación causal estricta. Una “tierra de crianza” no da necesariamente lo que se espera de ella, pero puede hacerlo. Una “costilla” que emerge de un mundo devastado por la política norteamericana proviene, por extraña alquimia, de huesos que serían los de los muertos, como si sus esqueletos volvieran a la vida. Esta alquimia no es la de Dios cuando forma a Eva de la costilla de Adán, como vida que genera vida, sino que debe entenderse como una figuración de la muerte que genera muerte. No es una explicación causal sino una imagen. En efecto, ambas afirmaciones recurren a figuras para referirse a una generación que precede y excede un esquema causal. Ambas señalan una condición, no una cau-

sa. Esa condición del terrorismo puede ser necesaria o suficiente. Si es necesaria, se trata de un estado de las cosas sin cuya presencia el terrorismo no puede manifestarse, un estado que el terrorismo necesita de modo absoluto. Si se trata de una condición suficiente, su presencia basta para que ocurran actos terroristas. Las condiciones no “actúan” como actúan los agentes individuales; pero ningún agente individual puede actuar sin determinadas condiciones que están presupuestas en lo que hacemos, aunque es un error considerarlas como si operaran en nuestro lugar. Así, deberíamos reconocer que el imperialismo

norteamericano es una condición necesaria de los ataques a Estados Unidos, que serían imposibles fuera del horizonte del imperialismo. Comprender el modo en que el imperialismo norteamericano está presente en este punto, obliga a entender no sólo cómo lo experimentan aquellos que se consideran sus víctimas, sino también que es parte de su propia formación en tanto sujetos.

Acá podría comenzar una explicación diferente. A ella parece apuntar Marie Kaldor cuando, en *The Nation*, afirma que “en muchas áreas donde transcurren guerras y donde las redes extremistas incorporan nuevos reclutas que se suman a grupos criminales o paramilitares, éstos son literalmente la única oportunidad ofrecida a los desempleados jóvenes que carecen de toda educación formal”.² ¿Cómo influyó sobre la imagen que los musulmanes tienen de Estados Unidos la matanza de alrededor de 200.000 ciudadanos iraquíes, incluyendo miles de niños, y la subsecuente hambruna de poblaciones musulmanas, que Concern (una organización consagrada al auxilio alimentario) considera que pudo alcanzar los seis millones hacia fines del

2. Mary Kaldor, *The Nation*, noviembre 1, 2001, p. 16.

2004? ¿La vida de un musulmán es tan obviamente valiosa como la de un ciudadano del primer mundo? ¿La prensa y las políticas norteamericanas dan el trato de ser humano a los palestinos? Esos cientos de miles de vidas musulmanas ¿recibirán alguna vez el equivalente de los largos obituarios del *New York Times*, que humanizan —con estrategias nacionalistas y recursos que remiten al espacio familiar— a los norteamericanos que sufrieron muerte violenta? ¿Nuestra capacidad de duelo global está obturada precisamente porque no concebimos las vidas musulmanas y árabes como *vidas*?

12 Las declaraciones del príncipe saudita Alwaleed bin Talal, a su llegada a Nueva York, el 11 de octubre de 2001, provocaron que el alcalde Rudolph Giuliani rozara la cuestión de la aceptación del discurso crítico. El príncipe llegaba con un cheque de diez millones de dólares como contribución para las víctimas del World Trade Center; expresó sus condolencias y su condena al terrorismo. Pero al mismo tiempo que manifestaba su horror y condena moral ante los ataques, pedía que “Estados Unidos tome una posición más equilibrada respecto de la causa palestina”. Giuliani rechazó el cheque (según lo informa Forbes.com). Alwaleed había dicho: “Nuestros hermanos palestinos siguen siendo asesinados por Israel, mientras el mundo pone la otra mejilla”. En una conferencia de prensa, Giuliani respondió: “Esos dichos no sólo son falsos, sino que forman parte del problema. No existe equivalente moral del ataque que hemos sufrido. Ni tiene ninguna justificación... Los que lo hicieron han perdido todo derecho a la justificación, por su asesinato de cuatro o cinco mil inocentes. Sugerir que existe una justificación sólo abre el camino para que hechos de esta índole se repitan”.³

En un programa de televisión, Giuliani anunció que las declaraciones de Alwaleed estaban “completamente equivocadas”. En mi opinión, era imposible que ambas perspectivas fueran escuchadas al mismo tiempo porque el marco que permite escuchar presupone que una de ellas desestima por completo a la otra, de modo que la expresión de dolor y el ofrecimiento

de ayuda parecen insinceros. Lo que se escucha es que la ausencia de una consideración equilibrada de la causa palestina por parte de Estados Unidos provee una justificación a los ataques. Alwaleed había hablado con claridad y siguió siendo muy explícito cuando declaró en el *New York Times* que no consideraba que el fracaso político norteamericano respecto de la causa palestina pudiera esgrimirse como una justificación de los ataques. Pero también había dicho que las relaciones árabe-norteamericanas mejorarían si Estados Unidos lograba adoptar una perspectiva más equilibrada. Incluso el gobierno de Bush, a su manera, confirma esta opinión cuando considera la posibilidad de un estado palestino. Pero en el caso de la visita del príncipe saudita los dos puntos de vista no pudieron ser escuchados conjuntamente y eso también tiene que ver con la palabra “masacre” utilizada en el contexto israelí-palestino.

Como “terrorista”, “masacre” es una palabra que, en el marco de la semántica hegemónica, se reserva sólo para actos violentos no justificados contra naciones del primer mundo. Cuando otros usan esa palabra, Giuliani la atribuye a un discurso justificatorio. Afirma que las declaraciones están “completamente equivocadas” no porque ignore que ha habido muertes del lado palestino ni dude de que los israelíes son responsables de ellas, sino porque llamar a esas muertes “masacre” supondría una equivalencia con las muertes del World Trade Center. Pareciera que no debemos decir que ambos grupos han sido masacrados porque ello implicaría una “equivalencia moral”, donde la muerte de un grupo sería tan condenable como la del otro y ambas darían derecho a la auto-defensa.

Aunque poco más tarde el príncipe disminuyó su credibilidad demostrando prejuicios antisemitas al señalar que existían “presiones judías” que habían impulsado a Giuliani a rechazar el cheque, de todos modos ya se habían pronunciado palabras que tienen su propio sustento. ¿Por qué no son igualmente horribles las muertes israelíes y las palestinas? ¿Hasta qué punto el rechazo a identificar las muer-

tes palestinas con una masacre no fomenta la cólera de aquellos árabes que buscan un reconocimiento legítimo y una solución para un estado prolongado de violencia? No es necesario practicar el odioso método de cuantificar y comparar opresiones para comprender lo que el príncipe saudita quiso decir: precisamente que Estados Unidos debe pensar de qué modo sus compromisos y prácticas políticas colaboran en la creación de un mundo dominado por la furia y la violencia. Este punto de vista no presupone que los actos de violencia del 11 de septiembre fueran una “falta” de Estados Unidos, ni exculpa a quienes los perpetraron. Lo que dijo el príncipe podía interpretarse como una afirmación del carácter inequívocamente errado de esos actos, y también de que Estados Unidos podría intervenir de manera más productiva en la política global para sentar condiciones en cuyo marco las respuestas terroristas a su dominio sean menos probables. Esto no equivale a sostener que Estados Unidos es el único responsable de la violencia que se le infligió, pero sí requiere que el país asuma una responsabilidad en la producción de condiciones globales más igualitarias, que aseguren la soberanía y la equitativa redistribución de los recursos materiales.

Del mismo modo, el *New York Times* considera que la crítica de Arundhati Roy al imperialismo es antinorteamericana, dando por sentado que cualquier revisión de la política exterior o de la guerra es, en principio, antinorteamericana e, incluso, cómplice del enemigo.⁴ Esto equivale a la supresión del disenso y al rechazo nacionalista a considerar los argumentos críticos desarrollados en otras partes del mundo. Está claro que Roy condena a Ben Laden, pero al mismo tiempo se pregunta cómo se configuró. La condena de la violencia y la pregunta sobre su emergencia son temas distintos, pero deben ser examinados en conjunto, contrapuestos, reconciliados en el marco de un análisis más amplio. Los límites impuestos al discurso, sin

3. Forbes.com, octubre 11, 2001.

4. *New York Times*, noviembre 2, 2001.

embargo, vuelven inaudible todo razonamiento que maneje esos dos niveles: se lo rechaza por contradictorio o insincero y Roy misma recibe el tratamiento de una diva, una especie de figura de culto, más que el de alguien a quien se escucha como crítica política que sostiene una amplia perspectiva moral.

En términos de Roy, hay una forma de entender a Ben Laden como salido de la costilla del imperialismo norteamericano, aunque a su emergencia confluyan otras fuentes. Ello no implica que el imperialismo norteamericano sea el único responsable de sus acciones o de las de su red. Para plantear las cosas desde esta perspectiva es necesario distinguir, provisionalmente, entre responsabilidades individuales y colectivas. Luego situar las responsabilidades individuales en el marco de las condiciones colectivas. Los que cometen actos de violencia son responsables; no se trata de hombres engañados o de mecanismos de una fuerza social impersonal. Por otra parte, estos individuos han sido conformados, y nos equivocáramos si redujéramos sus acciones a actos de voluntad autogenerados o a síntomas de una patología individual o de algún “Mal”. Tanto el discurso del individualismo como el del moralismo (entendidos como el momento en el cual la moral se agota en actos públicos de denuncia) presuponen que el individuo es el primer eslabón en una cadena causal que le da sentido a su imputabilidad. Pero si tomamos los actos individuales autogenerados como punto de partida del razonamiento moral obstruimos la posibilidad de interrogar en qué mundo se originan esos individuos. ¿Cuál es el proceso de “emergencia”? ¿Qué condiciones sociales contribuyen a las vías a lo largo de las que se realizan las opciones y las reflexiones? ¿Dónde y cómo pueden contradecirse esas condiciones? ¿Por qué la violencia radical es una opción, la única opción viable para algunos? ¿A qué ofensas responden? ¿Con qué recursos?

Plantearse estas preguntas no equivale a vaciar al individuo de toda responsabilidad y otorgársela sólo a sus condiciones. Se trata más bien de re-

pensar la relación entre condiciones y actos. Nuestros actos no se autogeneran, están condicionados. Actuamos al mismo tiempo que actúan sobre nosotros, y la “responsabilidad” reside en la sutura de estos dos niveles. ¿Qué puedo hacer con las condiciones que me constituyeron? ¿Cómo puedo cambiarlas? El hecho de que se actúe sobre nosotros no se sigue sin solución de continuidad con nuestra acción, y por ello las fuerzas que actúan sobre nosotros no son finalmente responsables de nuestras acciones. De cierto modo paradójico, nuestra responsabilidad aumenta una vez que hemos sido víctimas de la violencia de otros. Se ha actuado sobre nosotros, violentamente, y al parecer nuestra propia capacidad para establecer el rumbo propio ha quedado debilitada. Sólo después de sufrir esa violencia estamos obligados, éticamente, a preguntarnos cómo responderemos al daño. ¿Qué papel asumiremos en la cadena histórica de violencias, en quién nos convertiremos cuando respondamos y, al hacerlo, estaremos atizando u obstaculizando la violencia en razón precisamente de nuestra respuesta? Responder a la violencia con violencia podría parecer “justificable”, pero no es una solución responsable. Del mismo modo, la denuncia moralista ofrece gratificaciones inmediatas, y purifica al denunciante alejándolo verbalmente de la culpa. Pero no presupone automáticamente hacerse cargo del suceso ni participar en la transformación del mundo que lo ha hecho posible.

Nos planteamos estas cuestiones no para exculpar a quienes cometen actos de violencia, sino para asumir una responsabilidad diferente en función de condiciones globales de justicia. En consecuencia, parece atinado, después del 11 de septiembre, seguir dos cursos de acción al mismo tiempo: encontrar a quienes planearon e implementaron la violencia y considerarlos imputables de acuerdo con los estándares de los crímenes de guerra y las cortes internacionales, independientemente de nuestro escepticismo frente a esas instituciones (ya que el escepticismo es un buen suelo para sostener reformas o construir nuevas leyes y nuevas instituciones). Al seguir, en

cambio, un camino militar, Estados Unidos despliega su propia violencia, fecundando la tierra para nuevas olas de jóvenes musulmanes terroristas. Tal resolución es pobre tanto estratégica como moralmente. Cuando pasó por alto su propia imagen de enemigo odiado por muchos en la región, Estados Unidos respondió a la violencia consolidando su reputación como poder militar que no siente respeto por la vida fuera del primer mundo. Recordar la lección de Esquilo y rechazar el ciclo de la venganza en nombre de la justicia significa no sólo buscar medios legales para compensar el daño sufrido, sino tomar conciencia de que el mundo se ha conformado de este modo e intentar conducirlo en una dirección no violenta.

Nuestra responsabilidad colectiva no sólo como nación sino como parte de la comunidad internacional, sostenida en un compromiso de cooperación no violenta e igualitaria, requiere que nos preguntemos cómo surgieron las condiciones presentes y tratemos de crear condiciones sociales y políticas sostenibles. Esto significa, en parte, escuchar más de lo que hemos sido capaces de escuchar. Y abrirse a la narración que descentra nuestra supremacía, tanto en sus formas de izquierda como de derecha. ¿Podemos aceptar que estos hechos tuvieron antecedentes y que es urgente aprender de esos antecedentes al mismo tiempo que intentamos impedir que operen sobre el presente, al mismo tiempo que insistimos en que esos antecedentes no “justifican” los recientes hechos de violencia? Los hechos no son comprensibles sin esa historia, pero eso no significa que la comprensión histórica proporcione una justificación moral a los hechos mismos. Sólo entonces estaremos en condiciones de llegar a las “raíces” de la violencia, descubrir otra visión del futuro, distinta de la que perpetúa la violencia aunque crea refutarla, y nombrar las causas que nos impiden pensar y actuar radicalmente y bien en términos de opciones globales.

Traducción de B.S. El original es el primer capítulo de: Judith Butler, *Prearious Life*, Londres, Verso, 2004.



Género o estilo: cámara excéntrica y montaje discontinuo

Raúl Beceyro: El cine documental no es un género, porque no se encuentran en él ni el esquema básico repetitivo, ni las particularidades que caracterizan un cierto número de films, los diferencian de todos los otros y los colocan aparte. *La lucha*, de Michel Brault, Marcel Carrière, Claude Fournier y Claude Jutra, y *Shoah*, de Lanzmann, se diferencian entre sí tanto como *La noche* y *El sacrificio*, mientras que el documental *Moon over Broadway* de D. A. Pennebaker se parece en muchas cosas al film de ficción *Opening night* de John Cassavetes. Uno suponía, viendo *Opening night*, que era la arbitrariedad de la ficción la que impedía recomponer sin dificultad esa obra de teatro cuyos fragmentos el film mostraba. Pero sucede lo mismo con la obra "real" de *Moon over Broadway*, donde también resulta difícil reconstruir la obra sobre la cual trabajó Pennebaker. Hay tanta diferencia entre documentales como entre films de ficción. También debería hablarse de la "marca documental" en un cine que no es simplemente cine de registro o cine documental: en algunas películas de Kiarostami, por ejemplo, hay una mezcla extraña de materiales documentales, hechos cuya materialidad pertenece al campo de lo real, como un terremoto por ejemplo, elaborados luego dentro de una sofisticada construcción narrativa.

Lo que sí podría ser objeto de de-

Durante todo el año 2004, un grupo de críticos, directores e intelectuales se encontraron periódicamente en las oficinas de Punto de Vista, para discutir sobre el cine documental y lo documental en el cine. En el centro de la experiencia estaba reunir, en la misma discusión, participantes de formación cinematográfica, literaria, artística e histórica. Se acordó un corpus de films, algunos argentinos recientes, algunos clásicos del género y otros que suscitaban la cuestión de lo documental en historias ficcionales. Ese fue el soporte inicial de las reuniones, que fueron encontrando, a veces por caminos no sospechados, los ejes que se extendieron a lo largo de ese año de acuerdos y nítidas polémicas, a las que se sumó la discusión con Emilio Bernini, director de *Kilómetro 111*, de su vasto ensayo sobre lo documental en el cine argentino reciente. La desgrabación de esas reuniones probó ser un material muy extenso, que Beatriz Sarlo sintetizó y editó. Punto de Vista lo presenta ahora en dos partes. La primera, en este número, abarca tópicos formales y estéticos generales. La segunda, que se publicará en el próximo número, focaliza sobre la primera persona en el relato filmico y lo que ella significa para las tendencias actuales del documental. Participaron de las reuniones (aunque no todas sus intervenciones hayan quedado en la presente versión, ni todos hayan estado en todos los encuentros): Raúl Beceyro, Emilio Bernini, Rafael Filippelli, Hernán Hevia, Raúl Illescas, Martín Kohan, Alejo Moguillansky, Jorge Myers, David Oubiña, Santiago Palavecino, Beatriz Sarlo, Silvia Schwarzböck y Graciela Silvestri.

finición es el “estilo documental”, la serie de procedimientos narrativos que curiosamente no son mostrados de la manera más evidente por los mejores documentales, sino por las películas de ficción que simulan ser documentales.

Todo el noticiero de *El ciudadano* es un falso documental, y el extremo de esto se evidencia en el plano donde vemos a Kane con Hitler, al “verdadero” Kane con el “falso” Hitler, aunque todo indique que sea también verdadero. En la parte final del noticiero vemos tres tomas distintas (una a doble corte) con Kane en silla de ruedas en el parque de Xanadú; aquí se advierten los rasgos centrales del estilo documental: la *cámara excéntrica* y el *montaje discontinuo*, que se imponen porque responden a una dificultad de carácter material. La cámara “documental” ocupa un lugar marginal, filma desde “donde puede”, del otro lado de las rejas. Es excéntrica no porque lo haya decidido libremente, sino porque está obligada a serlo. El montaje discontinuo presenta bloques separados que desarrollan de manera brusca una ilación, que consiste simplemente en la yuxtaposición de diferentes momentos. Es por eso que, en principio, sería raro ver en un documental un plano bien frontal, a la altura del personaje, y también sería raro un empalme en movimiento.

Ante sus limitaciones materiales el documental tiene dos posibilidades: o bien se resigna y adopta el carácter rugoso y aproximativo de la ortodoxia del estilo documental, o bien procura borrar sus huellas y busca lo imposible: el estilo del film de ficción. Chris Hegedus, una de las realizadoras del extraordinario documental *Startup.com* decía: “buscábamos el estilo del film de ficción”. Me parece que, de una manera general, la cámara excéntrica debería dejar insatisfecho al cineasta, salvo que quiera destacar algún rasgo de la materialidad de la filmación documental: por ejemplo, filmar desde afuera, a través de ventanas o agujeros, un lugar al cual no se tiene acceso. Si a un cineasta le alcanza con ese lugar, y con las posibilidades que le ofrece, entonces no hay ningún problema. Pero si no le alcanza ese mar-

gen, tratará de luchar contra la excentricidad. Buscará una posición central, y además buscará, si también está insatisfecho con el montaje discontinuo, formas de empalmar las tomas de manera continua (entradas y salidas, empalmes en movimiento, acercamiento o alejamiento en el eje sobre la misma acción). La utilización de varias cámaras puede resolver algunas cuestiones relacionadas con el montaje discontinuo. Cuando, en *La lucha*, uno de los contendientes es arrojado fuera del ring, la cámara que está abajo puede seguir la acción de manera continua. Pero el uso de varias cámaras no resuelve el problema de la cámara excéntrica: dos cámaras marginales no hacen nunca una cámara central.

Ahora bien, es mucho más fácil imitar el estilo documental, fingir el descontrol en una situación donde todo está controlado, que a la inversa, porque, en una situación donde las cosas no están controladas y suceden según su propia lógica, se trata precisamente de evitar el descontrol. El falso documental, que finge el descontrol, cuando en realidad todo está controlado, amontona, de manera deliberada, rasgos del estilo documental: no sólo la cámara excéntrica, sino también tomas desenfocadas, cortes de sonido, etc. El film documental que simula el estilo del film de ficción, en realidad no simula nada, simplemente busca (alcanzándolo o no) el control que supone el estilo del film de ficción, y si lo logra, tendremos un plano “como en la ficción”, controlado, deliberado, y tendremos también un montaje que consigue la continuidad, la fluidez en la unión de las tomas. Depardon se refirió a otras formas de ese control. Antes, afirmó, si alguien se paraba y empezaba a caminar, él filmaba siguiendo ese movimiento; ahora, prefiere dejar la cámara fija y que la persona salga de cuadro. Así está fingiendo un control.

Rafael Filippelli: Beceyro caracterizó el estilo documental por la cámara excéntrica y el montaje discontinuo. Sin embargo, Otar Ioselliani, en *Pequeño monasterio en Toscana*, no muestra planos que hayan resultado de una cámara invariablemente excéntrica ni se

somete al montaje discontinuo. Y si en la película de Pedro Costa sobre Jean-Marie Straub y Danielle Huillet, la cámara está puesta en el único lugar que puede ocupar dentro de una moviola, también pasan cosas que prueban que no se ha filmado simplemente lo que se ha podido. En un momento, Straub se para y cierra la puerta tapando la única luz que ilumina la escena, que llega desde el pasillo; enseguida se da cuenta, camina hacia la puerta y la abre, colocándose en el vano, silueteado; su acción va en el sentido de que la película no se vea obligada a registrar cualquier cosa. Asimismo, cuando Depardon decide dejar de seguir al personaje y mantener el plano vacío, lo hace también porque, si el personaje volviera a entrar, el plano se completaría mucho mejor, aunque no sé si ese completamiento sería propio de la ficción o del documental. La directora de *Startup.com*, confiesa “buscamos el estilo del film de ficción”. Ahora bien: ¿por qué el documental tendría que buscar en la ficción? ¿por qué hay films que tratan de parecerse a la ficción? ¿por qué no se sigue recusando la ficción?

Raúl Beceyro: Equivaldría a convertir una imposibilidad en una profesión de fe. El documental quiere visitar el vasto paisaje del cine. Ioselliani, en *Pequeño monasterio en Toscana*, lo hace a través de diversos procedimientos. Pensemos en los planos fijos cenitales de la comida, donde no se sigue el acontecimiento, sino que se marcan entradas y salidas; sin embargo, en esa secuencia se produce un imprevisto, cuando uno de los monjes se atraganta; allí, si el director se hubiera atendido a los procedimientos del cine de ficción, debería haber dado la orden “Corten”. Pero no sólo siguió filmando sino que conservó esa toma en el film terminado. En esa escena tenemos el extremo control del encuadre y la intromisión de lo incontrolable.

David Oubiña: Tengo la impresión de que Beceyro define el género por sus carencias y, en consecuencia, el mérito del documental sería que no se note que la cámara está al costado ni que recurre al montaje discontinuo para

salvar aquellos momentos donde la acción no se pudo registrar o no se registró bien. Pensaba en el documental de Pedro Costa sobre los Straub donde la cámara no acepta de manera resignada ese lugar atrás o de costado; y todo el control está en el montaje, en la elección de lo que va a la película. O las películas de Benning, que consisten en planos fijos de paisaje, de dos minutos y medio; y el último plano de *The Valley Centro*, también de Benning, donde prácticamente no hay presencia humana, muestra una discusión de una pareja que viene caminando desde atrás de cámara; se pelean y el hombre cruza una y otra vez la calle mientras discute con la mujer. Imposible saber si se trata de un plano preparado pero, en cualquier caso, queda muy claro que se lo eligió para el final. El control está en el lugar que se asigna a los materiales y qué se decide tomar de ellos. Menciono estos ejemplos para compensar un énfasis excesivo sobre aquello de lo que el documental carece.

Raúl Beceyro: Creo que el lugar excentrico de la cámara trae algunos problemas y, al parecer, algunos cineastas trabajan para lograr una posición más central y evitar esos rasgos característicos del documental que quedan tan en evidencia en los falsos documentales. *El vendedor de Biblias*, de Albert y David Maysles y Charlotte Zwerin, tiene las características del film de ficción; hasta donde le es posible desarrolla una historia como de ficción. En *Startup.com*, la más larga secuencia de montaje continuo es una conversación telefónica: dos socios de una empresa rompen su relación; la búsqueda de ficción comienza con la decisión de que la filmación siga, naturalmente por separado, a cada uno de los socios que, poco después, se llaman por teléfono. Se registra la llamada en ambos lugares y, en consecuencia, tenemos el plano y el contraplano de la conversación. Hay antecedentes. Pienso en un documental de Leacock sobre la segregación racial en Alabama, cuando Kennedy era presidente y había llevado el programa de integración racial a las escuelas. Esta película, treinta años antes de *Star-*

tup.com, también logró el milagro del plano y contraplano, uno en Washington, donde estaba el ministro de justicia, y el otro en Alabama, desde donde se comunicaba por teléfono el gobernador racista.

David Oubiña: Pero, aparte de los casos que cita Beceyro, me pregunto si es lo mismo que la toma se haya repetido o que haya sido filmada simultáneamente con dos cámaras, o que dos cámaras hayan estado simultáneamente en diferentes lugares. En la mayoría de los documentales, el hecho de que el montaje sea discontinuo revela que se está en presencia de un acontecimiento real, que no hay una construcción en el sentido del cine de ficción. Con “real” no quiero decir que sea más verdadero o más objetivo, sino que, en el caso del documental, un evento real podría advertirse como falseado o construido justamente si hay un empalme en continuidad. La discontinuidad sería la garantía de que algo ha sucedido y que ha sucedido tal y como ha sido mirado por alguien; por eso la idea de la excentricidad de la cámara es importante, por lo menos para cierto tipo de documental; es la garantía de que alguien mira. En las películas realistas de ficción, nunca se tiene la sensación de que lo que sucede está siendo mirado por alguien. Lo más artificioso del cine es lo que ha pasado a considerarse una marca del realismo. Como si se pensara: nadie está mirando este acontecimiento porque nadie podría ocupar todos estos lugares al mismo tiempo. Mientras que una cámara afectada por la excentricidad o por la discontinuidad revela que lo que sucedió fue mirado por alguien. En las películas de ficción realista es indispensable el efecto de que lo que se muestra no es mirado por nadie, cuando en verdad resulta de un conjunto de operaciones; en cambio, el documental (al que tiende a atribuirse la objetividad del registro) pone en escena justamente una mirada. El documental sería el encuentro de un evento y una mirada: esto sucedió y alguien lo miró. Aunque exista la posibilidad de un documental falseado, donde la acción se hubiera repetido varias veces para que pudiera ser

filmada o para lograr el empalme en continuidad, como en la escena de la zambullida en *La lucha*.

Jorge Myers: Iría más lejos. Yo creo que el efecto de realidad tiene que ver con la intención con que se trabajan los materiales. Imaginemos la filmación de una película de ficción y la filmación de esa filmación por otra cámara, como en los *making of*, pero que filme lo que está filmando la cámara de la película de ficción. Ante un caso semejante, sería apropiada la pregunta de Geertz, que en realidad no es suya, sino de Gilbert Ryle: ¿cuándo un guiño es un guiño, y no otra cosa? Sólo se puede hallar una respuesta si se conoce la intención que está detrás del gesto. Si se quiere definir con rigor en qué consiste la especificidad del documental hay que tomar la relación entre los medios y los materiales, como decía David, y no quedar fijado en los materiales que supuestamente garantizan la realidad o la objetividad. Es más importante la intención con la que se trabaja el material, porque éste puede ser el mismo para una película de ficción y un documental. Hay momentos de *El vendedor de biblias* en que uno se siente inclinado a pensar: podría ser una película de Cassavetes, por ejemplo *Husbands*.

Santiago Palavecino: Está, por un lado, el estatuto de la imagen cinematográfica, y la discusión sobre si es más o menos significativa en tanto comporte un plus de supuesta realidad, ya que la realidad ha sido una suerte de bien deseado, por lo menos por cierta ideología modernista del cine. Están los modos de construcción realista y sus variantes en narraciones que presentan prioritariamente una subjetividad o no lo hacen; los modos de los sucesivos encuentros de realidad que comienzan después de la segunda guerra, pero también antes. Y subsisten dos problemas: cómo un acontecimiento pertenecería inequívocamente al orden de lo real (cosa que, por supuesto, en la imagen nunca está garantizado) y de qué modo un cineasta va al encuentro de aquello real. Esto, en los últimos años se ha complicado. Todos

estamos un poco cansados de la fórmula sobre lo “indiscernible” entre documental y ficción. Pero deberíamos ser capaces de explicar porqué la incorporación de lo real ha sido tan deseada, convirtiendo al cine documental en una suerte de sombra, subterránea pero no por eso menos codiciada.

Rafael Filippelli: Estoy de acuerdo. Cuando hoy presentan sus películas, los directores no dicen: “He hecho un documental”, sino “He filmado una película”, reservándose el derecho de no recusar ni el documental ni la ficción. Un documental clásico implicaba una forma de recusación de la ficción. Hoy se dice trabajar entre el ensayo y la ficción, no entre el documental y la ficción. Cambió el par de opuestos. Y tanto no hay una diferenciación que, cuando los cronistas premian el cine argentino, eligen como mejor documental *Los rubios* y también premian como mejor actriz a la que trabaja en esa película. Los cronistas creen que es posible que una película sea el mejor documental y que, al mismo tiempo, tenga adentro a la mejor actriz.

Jorge Myers: Eso plantea otra vez el problema del estatuto del registro: ¿cuál es el estatuto del registro? Hay cámara excéntrica y montaje discontinuo porque la voluntad de captar lo que está ocurriendo en la realidad impone ciertas desventajas.

Sonido, tiempo, imagen

Hernán Hevia: En algunas ocasiones, Depardon suple la pérdida de la movilidad de la cámara con la movilidad del sonido. A medida que avanza su obra, el eje de cámara se vuelve más fijo, pero el micrófono comienza a desentenderse de un plano que, quizás por su fijeza, ha dicho lo que tenía que decir; la movilidad del sonido contradice la fijeza visual. En *New York*, Depardon sonoriza el plano de una esquina de la ciudad, que no tiene sonido documental. En *Afrique, comment ça va avec la douleur?* muchos de los planos describen 360 grados: sólo no se nos muestra a Depardon mismo, que está en el medio, y que, en paralelo, a

través de su voz, enuncia una suerte de diario. Lo que me parece interesante es una relación que no está en general en la ficción. Algo así como si el documental tuviera siempre la utopía de filmar todo el tiempo, no perderse nada de lo que está sucediendo. La otra diferencia, me parece, es que en la ficción existe el fuera de campo y, después, el fuera de cuadro. En el documental, el fuera de cuadro y el fuera de campo se superponen; en la ficción jamás. El documental está sometido a la tentación de que cualquier cosa que aparezca o suceda sea, en definitiva, lo que buscaba registrar.

Beatriz Sarlo: Me gustaría plantear la perspectiva de la línea de tiempo. Algunos documentales trabajan la línea de tiempo como las películas de ficción, en una sucesión que es argumental y narrativa. Esa línea narrativa puede resolverse con materiales que le imponen límites y ausencias, pero el film, en su conjunto, quiere contar. Un ejemplo sería la película de Sergio Wolf (codirigida con Lorena Muñoz) sobre Ada Falcón, *Yo no sé qué me han hecho tus ojos*, que sigue el modelo narrativo del policial. Empieza cuando Aníbal Ford le informa de la existencia de Ada Falcón, que Wolf no conocía o casi no conocía, y avan-



za en la construcción primero de la relación de Wolf con las imágenes y sonidos de esa desconocida hasta que ella se convierte en una suerte de obsesión, que sale a buscar y finalmente encuentra. Con los mismos materiales el film hubiera podido ser otra cosa: una descripción, un retrato. En cambio, una película como *Shoah* no tiene esa línea de tiempo. Trabaja, a lo largo de ocho horas, sobre la acumulación; los testimonios no presentan una progresión temporal relevante. *Shoah* no propone una narración en términos temporales, sino la construcción de ese objeto que es la máquina de los campos de concentración y los problemas técnicos que presentó la gestión de la muerte. La película construye su objeto no a la manera narrativa, aunque se escuchen micronarraciones, sino a la manera ensayística y monográfica. Los films “normales”, tanto del mercado como relativamente independientes, excepto los experimentales y los que exploran la estética video, desarrollan una línea de tiempo, aunque sea intrincada. El cine, en general, narra, excepto un grupo de documentales que se apartan de la línea de tiempo (por ejemplo, los films de Benning o de Emigholz). En el documental sobre su obra, con cierto optimismo cándido, Benning dice que el cine se ocupó hasta ahora de solucionar los problemas de la narración y que él lo toma allí donde fue abandonado, en lo que concierne a cuestiones de representación y de imagen que no incluyen necesariamente transformaciones de personajes o sucesos en el tiempo.

La línea de tiempo, línea de la diégesis, no diferencia el documental del cine de ficción, sino las películas que narran de las que no tienen la narración como motor fundamental, películas que transcurren en el tiempo pero que el objeto que construyen no está sostenido narrativamente; cada faceta de ese objeto transcurre en un tiempo, que se ensambla con otras facetas-tiempo, para alcanzar un concepto o una figura, en vez de una narración.

Graciela Silvestri: Desde la perspectiva planteada por Beatriz (películas que construyen un objeto y películas

que narran), encuentro relaciones mucho más estrechas entre *La lucha* y las representaciones de la pintura, que entre éstas y la narración de *El vendedor de biblias*. Las imágenes de la pintura no son argumentativas, sino ambiguas; crean una especie de piso cultural, no siempre del todo consciente, pero muy sólido. Cuando se discutió sobre la cámara excéntrica, creí entender que esa excentricidad es tanto formal como sustancial. Y eso tiene analogías con lo que sucedía en el realismo del siglo XIX. Lo primero que cambia con el realismo es el tipo de tema, entran los temas bastos, vulgares, crueles, cotidianos. La cámara excéntrica daría lugar a un desencuadre con respecto al encuadre de una imagen clásica. Un ejemplo de realismo, que suele colocarse en otra tradición plástica, es el *Bar en Folies Bergères*, de Manet. Es documental; aparecen cosas que no debieran aparecer si el cuadro se hiciera cargo, de manera clásica, de la figura de la mujer plantada en el centro del rectángulo; su centralidad está perturbada por otras figuras, las que se ven en el espejo; si bien la mujer está en primer plano, todas las demás figuras también tienen dimensiones de primer plano, todas comparten el mismo tratamiento plástico. No hay centralidad, a pesar de que la composición tiene una figura en su centro. En los realistas norteamericanos siempre aparecen objetos que interceptan la mirada, como si el pintor no hubiera podido evitarlo, aunque en el caso de la escuela norteamericana podría suponerse un sistema de préstamos con el cine. Pienso en una serie de cuadros de la tradición realista. Cuando Courbet pintó sus luchadores, su programa era la vida y el movimiento, el verismo de la representación, que se perciban las vérices en las piernas de los hombres trabados en la lucha. Sin embargo, en la nitidez del dibujo de estas vérices confluyen dos tradiciones: la culta, porque el dibujo de las vérices evoca el dibujo de la musculatura en la representación clásica; y la popular, las estampas de lucha sin perspectiva, sin fondo, sin gradación, sin planos sucesivos que vayan guiando la mirada. Además, Courbet eligió pintar en gran

formato un tema que pertenece al mundo bajo y al que le correspondía, por lo tanto, el pequeño formato o el grabado. En *Luchadores*, un cuadro de G. Luks, pintado en Estados Unidos a principios del siglo XX, lo que se evidencia es cierta imprecisión de la mirada, algo rugoso, no límpido, y esas cualidades podrían remitir al documental. Encontramos muchas escenas de boxeo o de espectáculos de masas en la pintura norteamericana (G. Bellows, *Velada para hombres en Sharkey's*, 1907 y *Dempsey y Firpo*, 1924), un tema “bajo” que coincide en el tiempo con la representación de interiores urbanos, de pequeñas ciudades y su gente. Este realismo se intensifica después del crack de 1929. Hay una línea que culmina, también en literatura, en los años treinta norteamericanos, una línea que no desaparece del todo y que creo que se podría cruzar con el documental.

Otro tema para pensar es el de la geometría en el cuadro, que implica el control en la disposición de los elementos y una construcción proporcional del espacio. En *Vendedor de fósforos*, de Otto Dix (1920), los personajes se están retirando y son captados desde un lugar insólito, desde abajo, como si estuvieran siendo expulsados del plano. Como en el montaje discontinuo, muchos cuadros muestran cosas que, aparentemente, no tienen relación entre sí. La ausencia de relación entre los elementos proviene de una idea de realidad, tendencia que es muy evidente en el grabado más que en la pintura, aunque el cubismo buscó esos mismos efectos de dislocación.

El impacto de la cultura visual es tan profundo, que no llegamos ni siquiera a preguntarnos sobre el sistema de préstamos. La pintura produce una educación del ojo.

Rafael Filippelli: La pintura incide de modos diferentes; hay cineastas completamente convencidos, no importa cuál sea su cultura plástica, de que las imágenes del cine vienen del cine; otros que entablan, como Godard, diferentes relaciones según los períodos; y finalmente los que, como Antonioni, tienen la composición plástica como referencia.

Graciela Silvestri: En *El desierto rojo*, cuando los personajes van caminando por una calle hacia el lugar donde Monica Vitti quiere poner su negocio, ¿por qué es difícil pensar que se trata de un documental? Porque las imágenes están muy trabajadas desde el punto de vista de la ponderación proporcional, como si las mirara un arquitecto refinado. Cualquiera de esas imágenes pone en evidencia un cuidadoso principio de composición del que podría pensarse que atenta contra la verosimilitud de un registro directo de lo real. Este rasgo, esta cualidad si se quiere, no se encuentra en las imágenes de los sesenta de Godard. Lo que quiero decir es que hay convenciones que el público relativamente culto conoce y que le indican que ciertas imágenes pertenecen a un registro y no a otro.

David Oubiña: De esa escena de *El desierto rojo*, tampoco yo puedo pensar que es documental. Aunque podría haber una escena similar en un documental, estaría presentada de otro modo. En una película de ficción, hay algo que es del orden de la previsión. En cambio, hay algo en el documental que tiene que ver con el deseo de captura.

Santiago Palavecino: A propósito de esa misma escena de *El desierto rojo*: no pensamos que es documental sobre todo porque ya hemos visto veinte minutos de un film de ficción. Por eso el problema de la duración y del montaje tampoco me parece indiferente. Volvería a la cuestión que planteó David al principio: la relación de una mirada con sus materiales y qué estatuto les propone o les adjudica, no necesariamente el estatuto que tienen como parte del mundo exterior al film.

Beatriz Sarlo: Me gustaría señalar otra diferencia. El plano final de *Bajo los olivos*, de Kiarostami (que describió David en un artículo de *Punto de Vista*), no podría ser tomado como documental, porque un documental no puede tener un plano de ese extremo adelgazamiento semántico-informativo; tanto por su duración como por su óptica no parece propio del documental,

es demasiado abstracto y se niega a proporcionar un grado de información mínima sobre lo que está sucediendo. En cambio, la cámara excéntrica del documental busca la información, del modo que sea posible, en lugar de empeñarse, casi, en no ver. Si ese plano hubiera sido breve, quizás no se podría decir esto, pero la extrema duración indica la decisión de Kiarostami de editar un plano lejanísimo, larguísimo y de bajo contenido semántico. Con esto quizás esté reintroduciendo el problema del tiempo.

Santiago Palavecino: ¿Dirías, entonces, que la in-significación no pertenecería al documental?

David Oubiña: La insignificancia se podría leer como el efecto de lo real al que se refiere Barthes. Quizás lo que parece in-significante dé pistas de fuerte significación.

Subjetivo y objetivo

Rafael Filippelli: El tema de la realidad ha entrado y salido de esta discusión. El cine trató desde muy temprano y a lo largo de toda su historia de encontrar formas, y a veces fórmulas, que le permitieran mantener una relación lo más estrecha posible con la realidad que, por otra parte, quiéralo o no, lo sobredetermina por el carácter analógico de la mayoría de las imágenes. El documental surge también como una recusación de la ficción, como un modo hipotéticamente más efectivo de hacerse cargo “directamente” de la realidad.

Pero no me parece que el problema deba ser planteado en términos de mayor o menor realidad, sino en qué es lo subjetivo y qué lo objetivo en las condiciones del relato cinematográfico. Obviamente, en esta cuestión el “lugar” de la cámara es decisivo. A partir de una convención, se llama “toma objetiva” a lo que ve la cámara y “toma subjetiva” a lo que ve un personaje. Esta misma convención indica que la cámara vea al personaje y que el personaje a veces vea y a veces sea visto. Además, la cámara puede mostrar casi simultáneamente al personaje

visto y aquello que el personaje ve. A partir de estas relaciones de imágenes, la puesta en escena cinematográfica consolidó, de Griffith hasta hoy, las condiciones de veracidad de todo relato. Este sistema narrativo (al que yo llamo “cine realmente existente”) tendió a homogeneizar la sintaxis del cine, obstaculizando posibilidades expresivas diferentes.

Sin embargo, otra forma de relato pone en cuestión la distinción entre lo subjetivo y lo objetivo, y también su identificación. *El ciudadano* es la primera película que explora temáticamente esta posibilidad, porque Welles tiende a desvanecer la distinción entre los dos tipos de imágenes que han visto los testigos interrogados para alcanzar alguna certeza sobre la identidad de Kane que, finalmente, no se logra. También Pasolini, no siempre como director pero sí como teórico, avanza en la misma dirección que Welles. En lo que él llamaba “cine de poesía”, en oposición al “cine de prosa”, se esfuma la diferencia entre lo que ve subjetivamente el personaje y lo que ve objetivamente la cámara, ya que la cámara adquiere una perspectiva interior, una relación mimética con la manera de ver del personaje. El ejemplo que propone Pasolini es *El desierto rojo* y el personaje representado por Monica Vitti. Allí se superan los dos elementos del relato tradicional: Pasolini llama “subjetiva indirecta libre” a la que trasciende el relato indirecto objetivo desde el punto de vista de la cámara y el relato directo subjetivo desde el punto de vista del personaje. Ambos tipos de imagen se contaminan. En Antonioni, la distinción entre subjetivo y objetivo pierde relevancia en la misma medida en que la descripción visual no sólo adquiere la misma importancia que la narración sino que, por momentos, la reemplaza.

El cine de Godard también afecta los fundamentos de un relato basado en la alternancia de lo subjetivo y lo objetivo. Las relaciones entre los planos de Godard muestran que las diferencias entre lo subjetivo y lo objetivo no tienen más que un valor provisional y relativo. Se trata de una frontera móvil. Lo más subjetivo se vuelve perfectamente objetivo cuando

una realidad resulta de la fuerza de la descripción visual, como, por ejemplo, en la escena del lavadero de autos en *Dos o tres cosas que yo sé de ella*. Y en *Masculino femenino*, la entrevista “ficticia” de los personajes y la entrevista “real” de los actores se mezclan de tal modo que parecen hablarse los unos a los otros y hablarse a sí mismos, mientras le hablan al cineasta. También se podrían plantear estas mismas cuestiones en Cassavetes y en Jean Rouch.

En cualquier caso, lo que los ejemplos muestran es que, cuando cierto tipo de relato deja de remitirse a un ideal que había constituido su propia

cen sobre el género de algunas películas que es “indecidible”. No parece casual que mencionen también el término “ensayo”. En ese término se puede rastrear la primera persona en la enunciación de muchos ¿documentales? que se filman actualmente.

Silvia Schwarzböck: Al final de lo que expuso Rafael, aparece el que quizás sea el verdadero problema: tanto para la ficción como para el documental el modelo de verdad es el de la ficción. Los hechos, en tanto filmados, nunca son reales o irreales, sino verosímiles o inverosímiles. Habría que pensar, entonces, si hay otro modelo de verdad,

tema narrativo probablemente no pueda diferenciarlo del sistema narrativo de un relato histórico: una batalla contada en una novela y contada por un historiador pueden no presentar diferencias en el orden de la narración. En ese caso me parece que correspondería también lo que Rafael señalaba para el cine, dejando de lado la cuestión del carácter ficcional.

Rafael Filippelli: Por eso discuto la premisa de que lo que diferencia al documental sea la cámara excéntrica y el montaje discontinuo que, en algunos casos, caracterizan a un film documental, pero no en otros. Como paradigma no funciona.

David Oubiña: También se podría pensar que en un documental no hay repetición. El hecho es irreplicable. Cuando, en un documental, alguien le hace hacer algo a su personaje, utiliza recursos de la ficción. Un documental sería aquella película donde lo que se filma sucede una vez y la cámara está allí observando lo que puede, sea o no excéntrica. En un documental sobre un partido de fútbol se podría colocar la cámara en varios lugares, y por lo tanto no habría excentricidad. Pero lo que esa cámara capta sucede una vez y sólo una. Dejo de lado la palabra excéntrica y digo simplemente: en un documental se ve lo que se puede ver; en una ficción, el control puede ser mayor o menor pero siempre existe la posibilidad de repetir, aun cuando todo sea improvisado.

Graciela Silvestri: Creo que hubo algo así como tres enfoques, que van cambiando pero que parecen igualmente indispensables. El enfoque de Raúl es formal-técnico; el de Rafael es formal, pero en un sentido más amplio, se trata de los problemas del cine y en todo caso de la relación del ojo que ve y de lo visto. Estas dos posiciones obligan a moverse hacia una tercera que es, como planteaba Silvia, el argumento de una explicación. Se trata, entonces, de retórica y, si bien es cierto que sus procedimientos no establecen una verdad, también hay que recordar que la retórica se usaba para probar judicialmente algo, que

verosimilitud, se convierte en lo que Deleuze llama “una simulación de relato”, donde las imágenes objetivas y las subjetivas pierden su cualidad diferencial.

Ningún tipo de cine documental es ajeno a esta situación, se trate de una película sobre un escritor o sobre una tribu, de un documental a la Flaherty o a la Grierson. Este cine, por un lado recusaba la ficción y exploraba nuevos caminos, por el otro, conservaba y sublimaba un ideal de verdad que dependía de la sintaxis propia de la ficción cinematográfica: lo que ve la cámara y lo que ve el personaje, el antagonismo posible y la resolución necesaria. Se abandonaba la ficción para captar o descubrir una realidad y, al mismo tiempo, se conservaba un modelo de verdad que dependía de la ficción. Si esto es cierto, el problema no consiste sólo en pensar las diferencias entre ficción y documental sino en imaginar un tipo de relato que los afecte a ambos. El sonido juega, en este punto, un papel importante, por motivos a los que se refirió Hevia a propósito de Depardon y por las posibilidades que se abren cuando el sonido y la imagen se independizan.

Tal vez, a estas cuestiones quieran referirse cineastas y críticos cuando di-

que no sea ése. Rafael mencionó dos categorías: la descripción y la narración. Yo agregaría una tercera: la explicación que, al reordenar expositivamente los hechos, rompe con la temporalidad lineal: el orden lógico (verdadero) no coincide con el orden temporal (aparente). La idea de que las cosas suceden en un orden, pero se explican en otro, desmiente los supuestos más ingenuos de cualquier forma de realismo. Pero no por eso la explicación deja de responder a un criterio de verosimilitud. La explicación es también un modelo de verdad enteramente ficcional. Se me ocurre, a partir de esto, que las categorías correctas para seguir adelante son precisamente las que sugería Rafael: subjetivo/objetivo. Si se parte de distinguir entre planos objetivos y subjetivos, y se desarrolla la relación entre ambos con un sentido histórico-dialéctico, se enfrenta el problema de si la distinción entre lo subjetivo y lo objetivo finalmente se pierde, o si en realidad se supera bajo la forma del ensayo. Y ahí se vuelve necesario plantear la cuestión de la primera persona.

Martín Kohan: Supongamos que yo tomo una novela como narración, no como ficción. Tomándola como un sis-



puede no ser la Verdad pero que tiene que ver con la realidad y no con la ficción.

La realidad, la narración

Silvia Schwarzböck: Estaba pensando en *La manzana* de Makhmalbaf. ¿Qué es lo que haría aceptable una explicación de lo que muestra el film? Se supone que es un caso real, no sólo porque la película lo dice, sino porque en un momento se muestra un periódico donde aparecen las dos chicas y son las mismas que vemos actuando en la película. Como pasó por los medios, como fue un caso público, podemos pensar que para cualquier iraní es como si acá se filmara el caso que ocupó la semana pasada a la televisión. Podría decirse que para que algo sea retóricamente convincente es preciso que responda a ciertos niveles de aceptación comunitaria de la verdad. Un discurso es verdadero o falso para quien tiene las herramientas propias de una cultura para discernirlo. Para alguien que siguió el caso a través de los medios, o para una periodista que lo investigó, la película puede alejarse más o menos de los hechos. Así, hay públicos más privilegiados que otros para juzgar la relación entre un film documental y los hechos externos. Mientras que quien no tiene ninguna cercanía anterior con el caso filmado, puede no discernir absolutamente nada.

Jorge Myers: Pero eso no tendría que ver con el estatuto de la película. Cuando se proyectaba *La llegada del tren a la estación de la Ciotat*, el público se asustaba, porque todavía no estaba claro que era una película, que no se trataba de un tren verdadero. *La manzana* tiene elementos propios del documental, pero, de todos modos, hay varias secuencias que marcan claramente que, aunque se refieran a hechos efectivamente sucedidos, se trata de un film de ficción: la metáfora de la manzana, el chico que guía a las dos nenas hasta la zona comercial...

Beatriz Sarlo: Las escenas mencionadas por Jorge, por ejemplo la del nene que atrae a las chicas con la manzana

y las conduce como una especie de flautista de Hamelin, o la escena final, de carga fuertemente metafórica, con la ciega asediada, para decirlo de algún modo, por la manzana, empujan hacia el lado ficcional. Pero otros rasgos, sobre todo en el comienzo, parecen estar allí como una especie de imitación del documental. Por ejemplo, cuando la cámara entra a la casa, por primera vez, pasando por encima del muro; después la película encuentra la forma de entrar más cómodamente por la puerta... Un giro argumental evita ese forzamiento documental.

Rafael Filippelli: Claro, llegó el jefe de producción con la llave.

Beatriz Sarlo: La cuestión de la realidad concierne también al espectador. No es simplemente porque sea “de época”, que podemos distinguir que en *Kaspar Hauser* hay un actor representando a un personaje, mientras que las chicas de *La manzana* no son actrices. Hay algo que viene del lado de la recepción, que sucede allí, a partir de las expectativas del que mira y no del que hizo el film. *La manzana* es una película llena de trampas y de pactos que no se explican; sin embargo, pese a ello, estamos bastante seguros sobre el carácter no ficcional o, por lo menos, sobre la relación no ficcional entre algunos de sus personajes y sus roles, es decir tendemos a creer que esos personajes son sus roles. Lo mismo sucede con Kiarostami, en *Bajo los olivos*.

David Oubiña: El caso de Kiarostami es interesante porque, todo del tiempo, en *Bajo los olivos* muestra su conciencia de lo que está sucediendo. Cuando incluye escenas que podrían definirse como claramente documentales (el viaje con las mujeres en la *pickup*, por ejemplo), la película declara, con honestidad, qué partes son documentales y qué partes son de ficción. Además el choque entre documental y ficción le aporta algo a la película, que trabaja sobre la tensión entre los dos géneros.

Jorge Myers: La finalidad propagandística plantea otros problemas a la

alternancia de realidad y ficción en el documental. Por ejemplo, *Sal para Svanetia*, de Mijail Kalatozov, 1930, parece un documental etnográfico sobre un pueblito miserable, perdido en medio del Cáucaso. Por el tema, el film sería etnográfico, pero por el modo en que está filmado, por la forma en que avanza su relato, y por su desenlace queda en evidencia su propósito propagandístico. Svanetia es un pueblo, aislado en un valle entre montañas, cuyos habitantes tienen todo lo que necesitan para sobrevivir excepto sal. La película muestra cómo los hombres de Svanetia salen a trabajar en las regiones aledañas, compran sal y, de regreso, atraviesan unas montañas gigantescas donde los sorprende una tormenta, mueren todos y, en consecuencia, el pueblo se queda sin sal. Pero, al final, aparecen los svanetianos comunistas que dinamitan las montañas y construyen un túnel por donde pasará un ferrocarril que llevará a Svanetia la sal que necesitan sus pobladores. El objetivo propagandístico es bien evidente. En una vieja historia del cine documental, publicada en 1935 por Paul Rotha, se puede leer cómo se pensaba el documental en ese momento temprano. Rotha, que era filocomunista, tiene una posición muy decidida en contra de lo que llamaba “cine de ficción”, que identificaba con el cine industrial. Abogaba por un cine alternativo, que llegara a las masas y compitiera con el cine de entretenimiento y evasión. Sostiene que lo que define al documental no es el tema sino el “método documentalista”. Cito: “La tarea inmediata del documentalista es, creo, la de encontrar los medios que le permitan emplear su dominio del arte de la persuasión para colocar al pueblo y sus problemas, su trabajo y sus servicios, ante su propia mirada. Su tarea consiste en mostrarle una mitad de la población a la otra; en aplicar un análisis social más profundo e inteligente a todo el arco de la sociedad moderna; en explorar sus debilidades, comunicar sus sucesos, dramatizar sus experiencias, y sugerir una comprensión más amplia y amigable a la clase prevaleciente en esta sociedad. El no debe, creo, llegar a ninguna conclusión, sino hacer una presen-

tación del caso lo suficientemente eficaz como para que sea posible llegar a conclusiones a partir del mismo... La esencia del documental consiste en su dramatización de ese material natural. Y el mero hecho de dramatizar falsifica la relación que el enunciado fílmico mantiene con la realidad. Debemos recordar que la mayor parte del cine documental expresa verdades sólo en la medida en que representa una actitud mental: el propósito de la propaganda es la persuasión, y la persuasión exige una actitud mental particular hacia el tema tratado, cualquiera que sea. Decir la verdad a través de las limitaciones técnicas de la cámara y del micrófono exige una descripción –el propósito fundamental del film pedagógico– y no una dramatización –el propósito que define la esencia del método documental. Es por ello que en el documental, aun el mero enunciado de un hecho exige una interpretación dramática para que pueda ‘cobrar vida’ (liberar su verdad) en la pantalla”. Como ven, la contradicción con la narración dramatizada de los hechos ya estaba instalada en los años treinta, cuando se problematiza por primera vez la cuestión del género. Hoy frente a películas soviéticas como *Sal para Svanetia*, pensamos “esto es ficción”, y sin embargo, en los años treinta, quienes la veían pensaban “este es un documental modelo”.

En el comienzo de esta discusión, Beatriz se refirió a la diferencia en el tratamiento del tiempo en películas que narran y películas que construyen un objeto que no está básicamente sostenido en la narración. Por ejemplo, *Berlín, sinfonía de una ciudad*, de Walther Ruttmann, 1927, tiene microrrelatos, pero éstos se interrumpen a cada paso; en otras películas, el eje, en cambio, es narrativo, por ejemplo *Sal para Svanetia*. Volvería a esta cuestión del tiempo como un modo de salir de la discusión acerca de verdad, narración y ficción.

Silvia Schwarzböck: ¿Cuándo decís tiempo narrativo te referís a un tiempo interno a la ficción, un tiempo propio de la ficción?

Jorge Myers: *Berlín, sinfonía de una*

ciudad empieza con un amanecer y termina con la puesta del sol, la película está atravesada por el paso del tiempo. Pero lo que no hay es un sujeto que se proponga como personaje. En cambio, en *Yo, un negro* de Rouch, existen claramente personajes y peripecias. Hay narración. Tampoco en *New York* de Depardon hay peripecia: lo que se ve es la ciudad de día en una dirección, y de noche, en la otra.

David Oubiña: De todos modos *Berlín* y *New York* presentan dos miradas muy distintas. En un caso hay una idea de composición, de ritmo, de construcción, aunque no sea construcción narrativa; mientras que el otro es más una contemplación, que responde a la idea de que ese documental es simplemente un trayecto en el telesférico desde Manhattan a Roosevelt Island. En *Berlín* hay un trabajo de montaje, de definición de la duración de los planos. Mientras que en la película de Depardon, el tiempo está determinado por lo que tarda en ir y venir el telesférico.

Rafael Filippelli: La diferencia entre *Berlín* y *New York* es fundamental. No es que en una película haya tiempo y en la otra no. Lo que sucede es que, en la época de *Berlín*, el tiempo estaba subordinado al movimiento, mientras que en *New York*, el movimiento queda subordinado al tiempo. Berlín recurre a los procedimientos elípticos clásicos, a través del montaje (si no lo hiciera, no podría contar un día en una ciudad); *New York* trabaja el tiempo después del neorealismo.

¿Reglas?

Beatriz Sarlo: ¿Qué se puede hacer y qué no se puede hacer en un documental? En *Yo, un negro* pasa algo interesante y desconcertante al mismo tiempo. Es una película hecha con el mismo programa que *Exiles* de Mackenzie: se toman algunas personas de una minoría racial y social (indios norteamericanos o negros migrantes) y se los convierte en personajes y actores de la película. Lo que me llamó la atención en *Yo, un negro*, es el uso

del *off*, porque Rouch hace cosas que hoy se considerarían completamente prohibidas: sobre muchas escenas hay un *off* donde el personaje principal cuenta o comenta sus vicisitudes; pero sobre algunas escenas de diálogo, incluso muy importantes, el *off* de algún modo mima el diálogo, o por lo menos la parte que le corresponde al personaje principal (en realidad, el otro interlocutor no habla, lo cual refuerza la idea de la preparación del plano para que después ese *off* fuera agregado). El personaje hace una especie de *play-back* defectuoso, fuera de sincro, pero muy próximo temáticamente a lo que habría dicho en la escena previamente filmada. El *off*, de algún modo, simula que es el sonido de la escena. El recurso hoy parecería discutible... y eso también hace a la historia del documental, ya que la historia de un género es finalmente la de sus reglas.

Jorge Myers: Creo que *Yo, un negro* puede tomarse, en parte, como una respuesta a observaciones de Bazin cuando critica algunos documentales etnográficos (hay un cazador de cabezas esperando al cineasta, transcurre la película y el cineasta todavía conserva su cabeza). Rouch, en cambio, pone de manifiesto la puesta en escena como modo de captar una realidad que estaría tergiversada en el documental que pretenda haber resultado simplemente de un registro. Godard escribió mucho sobre estas películas de Rouch, en *Cahiers*, subrayando la posición de Rouch en contra del falso realismo.

Beatriz Sarlo: Hay artificios de la puesta en escena en la película de Rouch que recuerdan algunos artificios de *Exiles* (y yo creo que ambas son películas muy afines, de la misma época). En *Exiles*, la mujer del protagonista, que sabe que su marido no volverá hasta la madrugada, va a pasar la noche a la casa de una amiga. Se ve a las dos mujeres en la cama y, cuando comienza a amanecer, se oyen gritos y carcajadas de gente que se aproxima. La mujer se incorpora y mira por la ventana. El plano correspondiente muestra al marido, otra mujer y un amigo, llegando de una juerga. Ese plano es, por la forma en que la pelí-

cula se ha ido contando, espacialmente poco verosímil, pero sirve para armar relato y a Mackenzie no se le ocurrió prescindir de él. Frente a la subjetiva de calle donde se muestra el regreso del marido, sentimos esa molestia que quizás provenga de un sistema de supersticiones más que de reglas. ¿Era necesario ese plano? ¿había que mostrarlo?

Rafael Filippelli: Estuve junto con Christian Pauls y Sergio Wolf en el seminario de Emilio Bernini. Y una de las cosas que más se objetó de la película de Wolf fue que mostrara a Ada Falcón. Se cuestionó el derecho que tenía el director a mostrar a una mujer, casi una ruina, que cuarenta años antes había decidido recluirse y no volver a permitir fotografías ni apariciones en público. Se discutió esto en términos casi diría yo morales. Me resultó sorprendente, probablemente porque yo no impugno del mismo modo la aparición de Ada Falcón.

Beatriz Sarlo: Yo creo que el origen de esa impugnación está en el legendario artículo de Rivette sobre el reencuadre de Emanuelle Riva como acto abyecto; artículo, por lo demás, puesto en circulación más reciente por Daney. Y, en este punto, se puede volver al documental de Rouch: allí hay una escena que hoy también sería discutida, cuando la amiga del protagonista va con él a un cuartucho, sabemos que se van a acostar juntos, no es necesario aclararlo; sin embargo, Rouch hace que la chica se desnude para la cámara, la muestra sentada en la cama, mirando a cámara y sacándose la ropa. Le ha pedido algo a alguien que, con toda probabilidad, no sabía bien cómo debía responder a ese señor europeo que los estaba filmando. Hoy esa escena también sería cuestionada.

Graciela Silvestri: En ambos casos (el de la chica y el de Ada Falcón), la interdicción se apoya en un plano moral.

Rafael Filippelli: El artículo de Rivette, retomado por Daney, es uno solo. Nunca se volvió a escribir sobre el

tema. Pero creo que en el caso del documental, se trata de que el problema ya está en las condiciones del género.

Graciela Silvestri: Porque en el género se presupone no la realidad tal cual es, pero sí la verdad. Y a la ficción no se le pide eso.

David Oubiña: Al margen de si esa petición moral afecta solo al documental o al documental y a la ficción, de todos modos no me parece mal que se plantee. Yo no criticaría en ese punto la película de Wolf, pero sí me pareció algo objetable la mostración en *Bonanza*, la película de Ulises Rosell, de ese especie de buen salvaje que es su protagonista. Me parece que la discusión es pertinente en la medida en que el documental o el ensayo han quedado en manos de gente que piensa que puede hacer una película encontrando y mostrando simplemente un objeto simpático, bizarro o *freak*. Rosell encontró un tipo muy estafalario y dijo “tengo la película”, y en efecto, cuando se ve la película, se tiene la certeza de que descansa en el hecho de que el personaje va a hacerlo todo, sin que el director haya tomado ninguna decisión sobre lo que muestra y por qué lo muestra. El director, simplemente, encontró un filón. En muchos de los últimos documentales, no percibo que nadie se haya planteado previamente el dilema de lo que se puede filmar.

Martín Kohan: Lo que Beatriz planteaba es lo que puede o no hacerse en el nivel de los procedimientos. Mientras, por lo que comenta Rafael, a Wolf no le objetan lo que hizo en la película, sino que objetan lo que le hizo a Ada Falcón. Lo cual, en realidad, habla de la eficacia del efecto de verdad del documental: es Ada Falcón y el director estuvo ahí. Sobre la base de algo que es fehacientemente mostrado, se pasa a discutir si hizo bien Wolf al meterse en ese geriátrico, cuáles son los medios que empleó, etc. Me parece, entonces, que las dos interdicciones pertenecen a niveles distintos.

David Oubiña: ¿La película de Wolf habría ganado si hubiera dicho “en-

contramos a Ada Falcón, pero no la filmamos”? ¿O “la encontramos, la filmamos, pero no la mostramos”? ¿Cómo hubiera funcionado la película si suprimía esa parte? Yo no tengo demasiado problema con la aparición de Ada Falcón, pero lo que me pregunto ahora es si la película se planteó ese problema. A diferencia de la escena con el nazi que es filmado ocultamente en *Shoah* y esto es tematizado en la película, que lo dice de manera explícita, acá no hay rastros de que hubiera habido una deliberación.

Beatriz Sarlo: Creo recordar que el plano con Ada Falcón tiene una especie de intimidad no invasiva, pese a ser un plano tan próximo. Lo que se ve de Ada Falcón no es horrible, se ve cómo el tiempo ha capturado una fisonomía, cómo destruye un rostro, comenzando por los ojos que eran lo más bello de esa mujer. El plano no resulta sólo de una cámara que espía a Ada Falcón, sino que también capta la turbación de Wolf porque está cerca de ella. No tiene la frialdad del *voyeur*, que siempre se coloca fuera de escena.

Silvia Schwarzböck: Las preguntas también se pueden hacer a *Contacts* de Depardon: el papel de *voyeur* que mira una realidad que sabe que no puede modificar, pero que le aporta una excentricidad a él como artista. ¿Cómo es ese momento en el que el *voyeur* deviene artista? Porque los alienados de un psiquiátrico tampoco saben de la situación en la cual están siendo convertidos en objeto de un film; están posando para la cámara, pero, al mismo tiempo, no están posando con un criterio estético de sí mismos, sino con la fotogenia que tiene un niño o un loco. Depardon dice que el fotógrafo es *voyeur* y luego dice que, en un momento, deviene artista. Ahora, ¿cuándo y cómo se hace ese pasaje? ¿cuándo hacer desvestirse a una villera sirve a los fines de que la película parezca más veraz? ¿cuándo mostrar a un loco? Es casi inevitable que los locos sean algo más interesantes que un ama de casa. Pero el desafío es filmar un ama de casa, no un loco.

César Aira: implosión y juventud

Ana Porrúa

24



Poco, muy poco, se sabe de la vida de César Aira, que ha elegido el camino de la invisibilidad en los medios y, tal vez, el de la fuerte construcción por afuera de ellos, en relatos que se repiten y que unen momentos luminosos de su biografía a sus propios textos. Es común, en cierto círculo, considerar algunas de las cosas que hace Aira como si fuesen pequeñas perlas. Es común también, el juego detectivesco para encontrar relaciones entre ciertos personajes de las novelas de Aira y algunos de sus parientes o algún habitante de Pringles, su pueblo natal. Lo común, es válido aclararlo, es un diálogo entre iniciados, entre los que se

aproximan al círculo Aira. Allí se construye una leyenda en vida. Pero además de este diálogo casi secreto, Aira ha armado sus estrados (o ha sido invitado a ellos). Su palabra pública siempre es esperada: en los encuentros de literatura (incluso y sobre todo en los cerrados cercos de los congresos) y en los medios de la prensa escrita. Estas intervenciones, cumplen con dos movimientos ejercidos con regularidad dispar. El primero de ellos, permite escuchar qué piensa Aira de la literatura y cuál es su idea de escritura; en esta línea deberían incluirse sus charlas sobre Alejandra Pizarnik en el Rojas, así como sus ensayos so-

bre Arlt, Puig, Osvaldo Lamborghini o “La nueva escritura”, entre muchísimos otros.¹ Este es el lugar de las elecciones; el espacio en el que Aira inventa o reinventa la literatura argentina, en el que O. L. se convierte –editado por Aira– en el “escritor salvaje”, en el que mejor escribe (“¿Cómo hace para escribir tan bien?”, se pregunta en el “Prólogo” a sus *Cuentos y novelas*); en el que Pizarnik deja de ser una mujer que escribe al borde del abismo para convertirse en la que maneja “una combinatoria de una cantidad limitada de términos”, y sigue

1. Las charlas sobre Alejandra Pizarnik son las que dieron como resultado el libro *Alejandra Pizarnik* (Rosario, Beatriz Viterbo editora, Colección “El Escribiente”, 1998). “El sultán” (ensayo dedicado a Puig) y “Arlt” fueron publicados en la revista *Paradoxa*, números 6 y 7 respectivamente (Rosario, Beatriz Viterbo editora, 1991 y 1997). El “Prólogo” a Osvaldo Lamborghini, *Novelas y cuentos* (Barcelona, del Serbal, 1998) es uno de los ensayos más conocidos de Aira. “La nueva escritura” apareció en *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, número 8, Rosario, octubre 2000. Aira escribió muchos más ensayos, entre los que, en mi opinión, habría que destacar “Exotismo”, “La innovación”, *Copi* (1991), *Edward Lear* (2004) y el *Diccionario de autores latinoamericanos* (2001). No hablo hasta aquí y no hablaré en esta nota de las ficciones de Aira. Otros lo han hecho, sin lugar a dudas, mejor de lo que yo podría: Panesi, Giordano, Astutti, Podlubne, Contreras, Dalmaroni, son algunos de esos nombres. Creo, sin embargo, que las intervenciones públicas de Aira permiten ver costados de la figura de escritor que él construye y que produce divisiones muy tajantes en el campo de los lectores. Por eso las he elegido, desde su escasez (dado que Aira interviene públicamente muy pocas veces) y desde su contundencia.

siendo, sin embargo, la última poeta (“Con ella muere la poesía”); un lugar en el que siempre reaparece el mito del artista y Puig es el que cuenta el último cuento. Los maestros, para ser tales, deben estar muertos, tal como lo explica Sandra Contreras en *Las vueltas de César Aira*. No porque la muerte los haga ingresar al mundo de los clásicos, sino porque abre la posibilidad del mito personal del escritor.²

En el segundo de los movimientos, que se da en algunas notas, pero sobre todo en las entrevistas, se percibe lo que Aira piensa de *los otros* escritores argentinos, del resto, podríamos decir. Las menciones son abundantes y ciertas focalizaciones, ineludibles, Piglia y Saer, sobre todo; sin embargo, no menos numerosas son las elisiones que suelen estar cubiertas bajo el enunciado que tanto repetía Borges y que ha adoptado Aira como propio: “No leo a mis contemporáneos”.

En este pequeño corpus de notas y entrevistas se diseña una teatralidad peculiar.³ Como en las novelas o en los ensayos de Aira, importa aquí el procedimiento, la forma de la intervención que podría definirse en términos de implosión, como aquello que se rompe hacia adentro a partir de una presión exterior más fuerte que la interna. El procedimiento contrario –aunque sea su origen etimológico– es el de la explosión, y ambas, como figuras metafóricas, deberían relacionarse con una idea de campo intelectual. Materialmente, el campo en las décadas del 60 y el 70 (hasta el golpe de estado del 76, aproximadamente) es un complejo de relaciones fuertes entre lectores, editores y escritores. Y es, además, un campo amplio. En el plano de las figuraciones, cualquier movimiento importante en un campo intelectual de estas características funciona como una explosión y da lugar a nuevas formaciones, nuevas líneas o poéticas (el ejemplo más claro sería anterior, el de las vanguardias; pero también en la década del 70 en la Argentina, podría pensarse en la literatura llamada de no ficción, en Walsh). El campo intelectual en los 80 y sobre todo en los 90 tiene otra configuración. Las relaciones entre sus com-

ponentes son más lábiles y desiguales –la fuerza extrema del mercado es un ejemplo de esto. El campo literario, en sí mismo, es más débil. Un síntoma de su debilidad es que cada vez se hace necesario volver a Borges (retorno justificado si se trata de la importancia de su poética); otro es la ausencia clara de paternidades. En este espacio se mueve Aira, que ya no considera atendibles ninguna de las figuraciones colectivas. Por eso dice que no le interesa la “postura seria, responsable hacia la sociedad y hacia la historia”.⁴ En este nuevo campo –definido generalmente en términos de posmodernidad, o calificado por sus rasgos posmodernos–, el movimiento es implosivo. Si la explosión (el *big-bang* es una teoría de la explosión) expande la materia y genera la multiplicidad, la implosión (el *big-crunch* es el nombre que le da la ciencia a este proceso hipotético) produciría una fuerza centrípeta, de concentración, y haría retornar el universo sobre sí mismo.

Explosión e implosión pueden ser pensadas como efectos, pero también a partir de las apariencias que producen. La implosión es menos dramática, más controlada, más técnica y precisa; si se la considera como producto humano, su finalidad es crear espacio vacío; la explosión, en cambio, es más heroica y supone, las más de las veces, un proceso de reconstrucción posterior, no una gestión desde la *tabula rasa*. Como figura de polemista en el campo literario argentino, David Viñas podría incluirse en el gesto explosivo, cuando dice, por ejemplo, “Si me apuran, digo que Walsh es mejor que Borges”.⁵ Viñas habla desde adentro del campo, claramente; increpa, provoca desde allí. Para él (y para muchos otros) los debates del 70 continúan. Viñas se mueve en un campo literario que aún conserva rasgos del anterior, aquél en el que se dieron los debates de la revista *Contorno*; reconstruye permanentemente esa instancia histórica y vuelve a poner sobre la mesa la función de la escritura en la sociedad, la responsabilidad del escritor, una ética artística (en la que Walsh puede ser mejor que Borges). Aira, en cambio, parece estar afuera del cam-

po literario –aunque es, sin lugar a dudas, su zona de pelea. Los dichos sobre otros escritores –muchas veces insultantes– tienen un tono de naturalidad que sería imposible encontrar en Viñas. Aira, en realidad, desdibuja a su interlocutor, a él nadie lo “apura” y esto es lo que más irrita a algunos, la ausencia de pasión en el decir. Aira habla, en estos casos, bajo la simulación del desencanto.

Como rasgo paralelo a este desencanto habría que anotar que Aira nunca predica ni intenta convertir a nadie. En las entrevistas no hay una línea que pueda funcionar como gesto educativo hacia el lector –tampoco en los ensayos en los que aborda la figura de sus maestros, como Puig o Copi. Pensada en otros términos, es lógica la postura de Aira cuando dice que no le

2. El libro de Sandra Contreras, publicado por Beatriz Viterbo editora en el año 2002, aborda este tema en el capítulo IV, “La novela del artista”, trazando los hitos de un ciclo vital en las figuras de los maestros de Aira: Osvaldo Lamborghini, Copi, Alejandra Pizarnik, Manuel Puig y Arlt. Luego incorpora, desde un tipo de anacronismo diferente, a Jorge Luis Borges. La cuestión de la figura del artista es, por otra parte, la que articula el libro de Contreras, en este sentido ineludible como abordaje de la producción de Aira.

3. Dice Alan Pauls en una entrevista que le hicieron Alejandra Laera y Martín Kohan: “Es cierto, otra de mis preocupaciones es cómo incorporar la figura del escritor a la crítica literaria. Ése es uno de los desafíos más tentadores, porque hay que construir un objeto que efectivamente no sería el escritor como posición de clase, como lugar en la sociedad, según lo definiría la sociología, y que tampoco sería el sujeto biográfico tal como lo piensa implícitamente cualquier disciplina biográfica. Yo creo que la crítica tendría que animarse a leer, en la figura del escritor, cierta teatralidad que hay en la literatura. Y es verdad que, en esa teatralidad, la figura de escritor se constituye con procedimientos retóricos, del mismo modo en que funciona la literatura”. Ver “Variaciones sobre la crítica”, revista *milpalabras*, número 1, Buenos Aires, primavera 2001. La idea de Alan Pauls resulta muy productiva; de todas maneras pienso que en esta teatralidad retórica también hay un modo de inscripción sociológica en el campo, que es la que analiza (en relación a otros autores) María Teresa Gramuglio en “La construcción de la imagen” (AAVV, *La escritura argentina*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, Ediciones de la Cortada, 1992).

4. Carlos Alfieri, “El mejor Cortázar es un mal Borges” (entrevista a César Aira), en *N*, número 54, octubre de 2004.

5. Jorge Aulicino y Vicente Muleiro (entrevista a David Viñas), *N*, 26 de junio de 2004.

interesa hacer que los jóvenes lean, que la lectura es una elección, un placer y no tiene otra función social.⁶

Las listas. El resultado de las intervenciones públicas de Aira es masivo: todos los nombres de la literatura caen casi simultáneamente (esta es una diferencia entre implosión y explosión; mientras la última puede dejar zonas sin destruir, la primera destruye una totalidad). Como en algunas de sus novelas –*Fragmento de un diario en los Alpes* sería un caso ejemplar– se trabaja sobre la acumulación y luego se elige algo de la serie.⁷ En 1981, en su conocida nota de la revista *Vigencia*, “Novela argentina: nada más que una idea”,⁸ Aira pasa revista a casi todos los nombres que están sonando en ese momento: Rodolfo Rabanal, Pacho O’Donnell, Rubén Tizziani, Jorge Asís, Juan Carlos Martini Real y, por supuesto, Ricardo Piglia (el favorito, en este caso), cuya novela, *Respiración artificial*, había sido publicada un año antes, con el mérito doble de captar un público lector bastante amplio y de ser consagrada rápidamente por la crítica como puesta en clave de los años del Proceso. A cada uno de estos nombres le dedica una pequeña frase demoledora; de este modo, Jorge Asís pasa a ser “la adaptación del *best-seller* a la mentalidad argentina” y Rodolfo Rabanal “se saltea directamente la novela”, en tanto Piglia, es el autor de “una de las peores novelas de su generación”.

La revista *Vigencia* es un pequeño estrado, pero un estrado al fin. La nota fue leída por aquellos que se suponía debían leerla: los escritores, los críticos. Aira elige un lugar de enunciación académico, en un momento en que su producción, tal como dice Martín Prieto,⁹ no es conocida, ni por los lectores comunes ni por la crítica. Acaba de publicar *Ema, la cautiva*, su segunda novela, y algunos de los nombres sobre los que dispara (en una lista bastante heterogénea, por cierto) se dieron a conocer en editoriales que están armando en ese momento la nueva o desconocida literatura argentina: Legasa, Bruguera, Losada, son algunas de ellas; el Centro Editor de América Latina, la principal sin lugar a du-

das, será el sello a través del cual Aira accedió, unos años después, a más reconocimiento o, al menos, una mayor circulación con *La luz argentina* (1983). Lo que sí parece hoy muy oportuno es el momento en el que Aira decide salir al ruedo, adquirir visibilidad. Una instancia histórica de reconstrucción del campo literario, a la que él decide presentarse solo, casi como Rubén Darío en las “Palabras liminares” de *Prosas profanas*. Y esta es una forma del vacío, propia de la implosión.

Cortázar x Aira. Las declaraciones de Aira impactan fuertemente en un campo literario de aguas tranquilas. Podría decirse que él dispara contra ciertos escritores y luego saca el cuerpo. No se trata, entonces, de una polémica clásica, como ya he dicho. Aira no vuelve a tomar la palabra sino que deja los efectos de su intervención a la vista (los mira desde la leja-

nía o no los mira), respetando el sesgo despreocupado con que la inició.

El último sismo es el que produjeron las declaraciones de un reportaje que Carlos Alfieri le hizo para la revista *Ñ*, en octubre de 2004. Allí, en contraste con el rostro siempre semisiente que exhibe en las fotos, Aira dice, entre otras cosas, “el mejor Cortázar es un mal Borges”. Este enunciado, elegido en el momento de la edición como título oportuno, es el que más irritación produjo si uno revisa las cartas de lectores que se publican en las ediciones siguientes.¹⁰ Las razones son variadas: Cortázar es una de las figuras del panteón literario argentino y, si bien la crítica ha decidido olvidarlo en los últimos años y la academia ha destacado ya alguno de los puntos que propone Aira en términos negativos (el hecho de que *Rayuela* se haya convertido en una novela para adolescentes es casi una frase del sentido común de estas

6. Dice Aira: “En todas partes se lee poco. No hay que preocuparse. Sobre todo, yo diría que no hay que intentar volverlo obligatorio. Que lean los que quieran, y que siga siendo un gesto de libertad”. Encuentros digitales. “Ha estado con nosotros ...”, 31 de mayo de 2004, entrevista a César Aira on line en www.elmundo.es.

7. El subtítulo de esta sección está tomado, en realidad, de una reseña de Nora Avaro, justamente sobre *Fragmentos de un diario en los Alpes*. Allí leemos: “Las listas crean series y esas series, un relato. Dentro de la cadencia enumerativa, el relato encuentra su elemento favorito cuyo sonido y fulgor oscurece la lista y quiebra la linealidad para que, justamente, haya un relato. Un elemento se agrega a otro, éste a otro, todos nivelados por su posición serial, pero...el favorito desentona en una redistribución instantánea que es el relato y que es la realidad. De todos los novelistas, el favorito: Balzac” (*nueve perros*, número 2/3, Diciembre/Enero 2002/2003, Rosario, pp. 31-32).

8. César Aira, “Novela argentina: nada más que una idea”, en *Vigencia*, Universidad de Belgrano, número 51, agosto de 1981. La revista estaba dirigida en ese momento por Avelino Porto.

9. Martín Prieto. “César Aira de frente y de perfil. ¿Y ése quién es?”, revista *TXT*, número 17, Buenos Aires, 11 de julio de 2003.

10. Ver los números 55 y 56 de la revista (del 16 y 23 de octubre de 2004). Allí, además de un artículo de Martín Kohan que responde a la nota de Garcés, publicada en el mismo número que la entrevista a Aira, “¿Por qué no nos quieren?”, aparece una carta de lector que me interesa retomar, por las cuestiones que pone en juego. Miguel Dalmaroni escribe, como respuesta a una carta anterior de Zanghellini: “Nada más inapropiado que los símiles psicoanalíticos

o morales (narcisismo y cinismo, dice) para leer lo que Aira escriba, diga o haga. Nada más inapropiado que el concepto de ‘gusto literario’, que Zanghellini supone en los juicios de Aira. Aira no es uno de los grandes escritores argentinos actuales (como Saer: posiblemente el que más me gusta). Aira es, él mismo, el presente de la literatura argentina, en la que repuso la figura del artista: una subjetividad desanudada, ajena a las nociones sanas o edificantes de responsabilidad y de gusto...” (*Ñ*, número 56, “Los lectores juzgan a Aira”). Ciertamente Aira propone una figura que no es la del escritor tal como se venía consolidando en la tradición y a pesar de sus variantes. No puede dejar de tomarse en cuenta su autodefinición como escribiente (en oposición a Carrera, que sería el verdadero escritor), ni su idea de “escribir mal” y publicar una cantidad inusitada de textos de invención. Sobre todo, no puede olvidarse, al hablar de Aira, la noción de continuo, de ir siempre hacia delante y de proponer cada texto como parte de un gran relato. Aira entiende la escritura como proceso de creación y no como resultado. Esta es la incomodidad de la que habla Pauls en la entrevista ya citada: “Aira, para mí, es un punto de inflexión fuertísimo que todavía no llegamos a pensar bien. Creo que todavía no nos damos una idea del nivel de violencia de César en la tradición intelectual argentina. Es el primer escritor en mucho tiempo que nos enfrenta con algo desconocido. (...) La vía de Aira es extraordinaria, sobre todo para esa especie de pesadez de la cultura argentina”. Porque, quisiera anotar en este momento, si bien es cierto que Aira ataca en forma masiva el campo literario, pareciera que nadie puede contestarle, al menos desde ciertas premisas que tienen que ver con las nuevas conformaciones del campo.

instituciones), lo cierto es que el público sigue fiel a Cortázar, que está rodeado por un aura distinta de la de otros escritores más cercanos a la crítica, como Saer o Piglia, a quienes Aira también critica. Cortázar, además, tuvo y sigue teniendo una relación diferente con el mercado. De hecho, cumplió en excelentes términos las instancias de consagración propias de las décadas del 60 y 70 y podríamos agregar –no es un dato menor– que es una de las figuras más salientes del escritor comprometido.

Modulaciones polémicas. Si ajustamos un poco el oído, hay un movimiento interesante en las declaraciones de Aira y es el pasaje de una voz de lector a una de crítico o escritor (si es que estos términos pueden separarse en Aira). En la primera de las modulaciones se escucha, por ejemplo: “Cortázar es un caso especial para los argentinos, también para los latinoamericanos y quizás para los españoles, porque es el escritor de la iniciación, el de los adolescentes que se inician en la literatura y encuentran en él –y yo también lo encontré en su momento– el placer de la invención”. De este modo, Cortázar es algo que también le pasó a Aira; él también quedó embelesado por su inventiva cuando era –seguramente– un adolescente. En este gesto, Aira se equipara con cualquier lector común; por lo tanto, se lee entre líneas que cualquier lector tiene “momentos evolutivos”, y este no es un principio ajeno al mercado, si se atiende a las líneas de lectura propuestas como hitos de complejidad creciente, sobre todo por las editoriales y más que nada, en ese bolsón que es la literatura infantil o juvenil.

Sin embargo, luego aparece la otra modulación de una voz que se construye muy medítadamente, a pesar de su naturalidad: “Sus cuentos son buenas artesanías, algunas extraordinariamente logradas, como ‘Casa tomada’, pero son cuentos que persiguen siempre el efecto inmediato. Y luego, el resto de la carrera literaria de Cortázar es auténticamente deplorable”. Lo que sostiene el pasaje de la experiencia personal al juicio crítico es, nuevamente, el Cortázar más conocido:

antes *Rayuela*, ahora su cuento más leído y escolarizado, “Casa tomada” de *Bestiario*. Uno podría pensar que estos cuentos eran del gusto de Borges o de Silvina Ocampo. Aira, entonces, recorta allí donde la autoridad se expresó con anterioridad. Esto no es gratuito (por eso hablo de voz meditada), si se piensa que en esta última entrevista Aira dice que su literatura proviene de Borges y Arlt: “Mi literatura viene de esa línea intelectual, borgeana, pero con unos vigorosos afluentes arltianos. De Arlt he tomado el expresionismo, esa cosa que a Borges lo horrorizaría”. Tal vez aquí está una de las tramas que Aira debe-

ción dada su falta de formación literaria, o dada la diversidad y heterodoxia de su formación cultural, en Aira es una cuestión de principios, está naturalizado. “Escribir mal” es otra cosa para Aira –de cuya cultura hay pruebas sobradas– que para Arlt. Uno lo presenta como dificultad y el otro como virtud. Si bien uno puede decir que hay novelas de Aira malas, no creo que lo malo aquí pueda ser pensado como el que escribe mal, sino como el que escribe en contra de la literatura argentina que le es contemporánea. Con certeza, hay libros de Aira que son más importantes que otros. Esto es casi lógico en un escritor que desde



ría argumentar, en tanto a casi nadie se le escapa que la suya parece ser la misma pareja espectacularizada por Piglia en *Respiración artificial*. El dúo inaugural es ahora el mismo para ambos, aunque las lecturas de Borges y Arlt sean notablemente distintas.

Arlt estuvo siempre presente como maestro en las declaraciones de Aira. Arlt es el que inventó el Monstruo y el que escribía mal. Ahora bien, lo que en Arlt era, tal como lo analiza Gramuglio, una verdadera preocupa-

los 90 en adelante publica tres y hasta cuatro novelas por año, en un escritor que a los 56 años ha dado a conocer más de 40 títulos de ficción, teniendo en cuenta que si bien *Moreira* es de 1975, *Enma, la cautiva* se publica recién en 1981.

El lugar de Borges, en cambio, ha variado. En la entrevista que le hicieron Miguel Dalmaroni y Esteban López Brusa en el año 1992, Aira decía: “Borges es un escritor para la juventud y para las masas, para el pueblo.

Pero cuando uno quiere una cosa realmente refinada y buena, ahí está Arlt, que es un artista incomparable”, y más adelante, “desalojé de los pedestales a Joyce, a Flaubert, y a Borges. Con eso ya saqué carnet de lector maduro”.¹¹

28 **Juventud, divino tesoro.** Cuando Aira habla de Saer, el uso de la primera persona pareciera tener otro valor: “A Saer sí lo leí mucho y lo aprecié mucho; es casi un clásico moderno argentino. Después, me fui apartando de su poética y sé que él no aprecia mucho la mía. Saer también es un escritor serio, pero yo he buscado otros modelos. Saer ya no me atrae”. Quien habla aquí, no es ya el lector medio, aquél que pasó –como todos– por Cortázar, sino el lector que usa lo que lee en relación a sus propios textos. Saer es descalificado como maestro por ser “un escritor serio”. En este punto de la crítica, Aira también es un joven: “En primer lugar debo aclarar que Saer y Piglia son diez años mayores que yo y pertenecen a otra generación, a otro mundo, otra atmósfera. De hecho yo los leía de jovencito (bueno a Saer; a Piglia prácticamente no lo he leído)”.

Los argumentos de este rechazo no necesitan ser explicitados porque Aira ya lo hizo en otros reportajes y en otras notas, entre las que se destaca la ya citada de la revista *Vigencia* y “Zona peligrosa”, publicada en *El Porteño*,¹² en la que se dedica fundamentalmente a Juan José Saer. Ambas, fueron abordadas por Sandra Contreras y Martín Prieto y son el centro de “Aira y Piglia”, uno de los capítulos del libro *Fricciones* de Tomás Abraham.¹³

Sin embargo, interesa saber que son estas operaciones las que le permiten a Aira instalarse en un presente perpetuo y tensar su figura hacia el futuro. Todos los escritores están en su pasado. Borges fue, alguna vez, una lectura de juventud, como Cortázar, como Piglia y Saer. Incluso de este último dirá en la entrevista de *Ñ* que es “casi un clásico moderno argentino”. La pregunta es ¿cuáles son los escritores argentinos con los que se mide Aira? Porque, aun teniendo en cuenta la “relación de no-contemporaneidad que informa el vínculo de Aira con la literatura” y asumiendo que

“el escritor *mientras vive*, esto es, *en tanto que vivo y contemporáneo*” no será un maestro, un “artista en acción” sino un “eminente artífice”, como dice Sandra Contreras, lo que llama la atención en Aira es el vaciamiento de pares. Salvo las menciones de Arturo Carrera (que por otra parte es un poeta y no un narrador), la aislada de Guebel y su novela *La perla del emperador*, o la más reciente de *Cosa de negros* de Washington Cucurto, Aira no nombra a nadie como su contemporáneo. Todos son anteriores; todos fueron leídos por él de joven. Jamás menciona tampoco a los que están escribiendo en este momento: Bizzio, Pauls, Chejfec o Becerra, por nombrar a algunos de ellos.

Aira está solo en un campo literario implosionado. Este es, al menos, el efecto de sus intervenciones públicas.

El niño. A Aira no le interesa el mercado, al menos en términos explícitos.¹⁴ En sus declaraciones lo que se revisa y se desarma ferozmente –gesto infrecuente en la narrativa de las últimas décadas– es la biblioteca de los argentinos. Cuando Aira habla de autores que venden –muy pocas veces– el argumento demoledor se da por el lado del resultado, de las novelas. Esto se hace más claro cuando Piglia le contesta en un reportaje de la revista *Ñ*, ya que lo acusa de oportunista. Con certeza Piglia no se refiere en este caso a la oportunidad de destronar a Cortázar o a Saer. Estos des-

tronamientos no son exactamente oportunos. Piglia está diciendo, en cambio, que el gesto de Aira debe leerse por su efecto. Y lee ese efecto en términos de impacto en el mercado. Como un guiño de Aira para imponer una nueva biblioteca que cuenta con muy pocos nombres: Osvaldo Lamborghini, Alejandra Pizarnik y Manuel Puig (y por supuesto, él mismo). Piglia no habla mal de los otros escritores, o lo hace sólo en relación a las zonas más asociadas al éxito del *marketing*, como la obra de Isabel Allende, por ejemplo. En realidad, casi ningún escritor habla mal públicamente de los otros escritores en Argentina, como si respetasen un código entre pares. Aquí adquiere un mayor significado, tal vez, la figura del “niño olfa” mediante la cual Piglia define irónicamente a Aira. Un olfa es un buchón, y Aira “buchonea”, delata, a los otros escritores argentinos; Aira dice –según Piglia– “fueron ellos”, o son ellos los que escriben una literatura que está demasiado pegada a la teoría o a la literatura, son ellos los que no narran. Aira se sitúa como lector dado el uso de la primera persona, pero es claro que está hablando de su propia escritura. Entonces, patea el tablero del campo narrativo y no el de su biblioteca personal. Porque además, Aira es un ensayista y desde los ensayos, que están entre lo mejor de las últimas décadas, consagra ciertas figuras.

Sin embargo, un buchón es también un chupamedias y aquí es donde Piglia

11. Esteban López Brusa y Miguel Dalmaroni, “La noche tiene que ser como una marea de amor”, en *La muela del juicio*, La Plata, número 3, 1992. Aquí tal vez habría que retomar la carta de lector de Dalmaroni cuando dice: “La tradición argentina dominante es la de una literatura de gusto y de inteligencia; por eso es una trampa que Aira se ubique ahora en la línea borgeana... pero con la desmesura expresionista de Arlt!”.

12. César Aira, “Zona peligrosa”, en *El Porteño*, abril de 1987.

13. Tomás Abraham, *Fricciones*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004. En este texto, Abraham habla de Piglia y Aira como experiencias de lectura personal. En este sentido, revisa los efectos que le produjeron los textos y las ideas sobre la literatura de Aira (que en un momento consideraba “antidemocráticas”) para alcanzar una revaloración de su figura: “Ahora que los muertos se han llevado el genio, los vivos de hoy podemos jugar a inventar historias como nos salga, decir lo que se nos ocurre, experi-

mentar con formas y deshacerlas a nuestro antojo. Y de este modo, recuperar la esencia del arte, su fondo de niñez, su sustancia infantil” (p. 138). Creo, sin embargo, que lo que dice Abraham (al menos en esta cita) puede ser leído como una simplificación. Si bien es cierto que las nociones de “genio” y de “originalidad” son totalmente ajenas al sistema Aira, también lo es que no cualquiera puede inventar historias y escribirlas. La capacidad de invención, de salir siempre hacia otro lado, es la característica más saliente de la producción de Aira y es la marca de su talento.

14. Es válido aclarar que Aira tiene, al menos de una década a esta parte, una muy buena relación con la crítica académica y con el periodismo cultural: sus libros son o fueron comentados en medios tan disímiles como la revista *Babel*, *El Porteño*, o la *Viva* de Clarín. La crítica académica alrededor de su obra tuvo y tiene un centro geográfico fuerte en Buenos Aires, pero también –y tal vez más– en Rosario.

se equivoca, porque Aira no se parece a un escritor que pide permiso o busca prebendas.

El vampiro benévolo. Dije antes que Aira se instala en una especie de presente perpetuo, y tensa su figura hacia el futuro. Un presente posible, además, a partir de su figuración de escritor siempre joven. En este sentido, Aira se presenta como el que puede leer a los últimos, a los más nuevos, bajo el apotegma de que es mejor lo nuevo que lo bueno.¹⁵ “Es que he venido ocultando una faceta mía, que es de lo que yo llamaría un vampirismo benévolo: estoy muy en contacto con escritores jóvenes, jovencísimos, a los que sí leo y con mucho interés. Voy a buscar en ellos estímulo, inspiración, sangre joven. Y no les hago ningún daño, creo, por eso hablo de vampirismo benévolo.”¹⁶

Los nombres de estos jóvenes, jovencísimos, se darán a conocer en el artículo de César Aira, “Los poetas del 31 de diciembre de 2001”, el día 9 de enero del año 2002, en “Babelia”, el suplemento del diario *El País* de Madrid. Allí dice, entre otras cosas, que lo nuevo es Belleza y Felicidad, su editorial “favorita” y describe el espacio “propiedad de dos chicas de poco más de veinte años, Cecilia y Fernanda” (Pavón y Laguna, habría que agregar para los no enterados), como un lugar mágico que vende souvenirs, tiene atípicas salas de exposición y hace libritos sin tapas o de sólo una página, agregando luego que se trata de “una bur-

buja, un sueño, igual que la realidad”.

El encantamiento de Aira es un hecho; sin embargo hay algunas cosas que no quedan del todo claras. En primer lugar, el título del artículo habla de “Los poetas del 31 de diciembre de 2001”. De todos los grupos de poesía, de todas las experiencias individuales o colectivas rescata sólo los nombres de dos chicas que no tienen apellido en la nota. La ausencia de apellido puede leerse en más de un sentido: Aira es amigo de las ByF, pero a la vez las ByF no tienen nombre propio.

El artículo habla del cierre de un año muy peculiar en la Argentina y si bien se centra en unos subsidios estatales para editar que no se cobraron, la fecha, 2001, remite inmediatamente a otros acontecimientos de magnitud por lo menos un poco más trascendente, que Aira prefiere clasificar como “a medias históricos”. En este contexto, la idea de que el “nombre [Belleza y Felicidad] es todo un programa de resistencia” suena extraño, porque arma una paradoja difícil de leer. ¿Se trata de una forma de resistencia a lo Feo y lo Triste? ¿Qué es lo Feo y lo Triste? ¿Ser un escritor serio tal vez? ¿Producir una escritura responsable con la historia y la sociedad, como dice Aira? ¿O el abandono de la cultura por parte del estado? La remisión casi ineludible a los hechos del 20 de diciembre, convierte esta figura de la resistencia en un ejercicio de borramiento de lo político, porque de hecho hay textos poéticos, publicados en esos años, que presentan la idea de

resistencia de un modo muy disímil al elegido por Belleza y Felicidad, como *Punctum* de Martín Gambarotta o, mucho más cerca en el tiempo, *Poesía civil* de Sergio Raimondi.¹⁷ Pareciera que lo político en “Los poetas del 31 de diciembre de 2001”, queda debajo de una figura, la de la burbuja, la del sueño de Belleza y Felicidad, que repite la composición de algunas topografías aereanas, el fortín de *Enma, la cautiva* o la villa en la novela del mismo nombre. Y esta es una topografía insuficiente para pensar lo nuevo. O en todo caso, esta es la forma que lo nuevo tiene desde hace años en la literatura de Aira. La pregunta –si es que nos interesa– es que será lo nuevo después de Aira.

29

15. Dice Aira en una entrevista que le hace Raquel Garzón en el diario *El País* (Madrid) en abril de 2004: “Leo muy poca literatura contemporánea, pero prefiero lo nuevo a lo bueno. P. ¿La novedad es en sí misma un valor literario para usted?

R. Sí, si tengo que elegir me quedo siempre con lo nuevo. Lo bueno es lo trillado, lo normalizado, lo que ya sabemos. Buscamos otra cosa: algo que aún no tiene nombre”.

16. En www.elmundo.es.

17. Es justamente a partir de estas menciones que se puede discutir la afirmación de Aira de que los nuevos poetas son unos “chicos semianalfabetos formados por la televisión” que son “los eslabones inevitables que llevarán al futuro, y el mundo futuro tendrá su cultura”. La figura del bárbaro o el analfabeto que presentan Gambarotta y Cucurto –por mencionar dos poetas de los noventa– es sólo eso, una figura y no un dato de sus formaciones culturales. Hay, en todo caso, mucho de impostación. Sigo pensando que los escritores son, necesariamente, lectores y Aira es uno de ellos.

Siglo veintiuno editores Argentina

- Zygmunt Bauman
ÉTICA POSMODERNA
- René Major (dir.)
ESTADOS GENERALES DEL PSICOANÁLISIS
- Comisión Especial de la Cámara de Diputados
FUGA DE DIVISAS EN LA ARGENTINA
- Sheila Fitzpatrick
LA REVOLUCIÓN RUSA
COLECCIÓN HISTORIA Y CULTURA

Tucumán 1621 7° N • (C1050AAG) Buenos Aires • Tel/fax (54 11) 4373 8516 y rot • www.sigloxxieditores.com.ar

Demolición y clausura

Alberto Sato

30



Es difícil evitar el sobresalto provocado por una explosión y, cuando va acompañado del espectáculo del desmoronamiento de un edificio, a esa primera emoción se agrega un goce íntimo: el de haberse librado del pasado. Cabe aclarar que no me refiero a lo sublime, sino a la demolición de edificios a objeto de despejar terreno para dar inicio a una construcción. Las guerras urbanas del siglo XX produjeron muchas víctimas, pero también escombros; y después de una guerra, los grandes empresarios de la construcción están tan dispuestos a prestar ayuda, que hace sospechar que algo tuvieron que ver con los bombardeos.

Pero el tema que convoca, más allá de cualquier placer íntimo y consideraciones económicas y políticas, es el proceso proyectual contemporáneo.

El interés puesto en el tema de la demolición resulta de los enfoques, ideas y realizaciones nacidas de la angustia por la deflagración de un estatuto que se creía unitario. Desde los primeros años de la segunda posguerra la arquitectura moderna se vio obligada a revisar su plataforma conceptual y sus metodologías; entre el optimismo y la desilusión, se erigió un rico andamiaje de propuestas que ha resurgido luego del agotamiento posmoderno. Muchas de aquellas ideas habían soportado una con-

dena que se amparaba tras la ideología que se ocupó de moralizar acerca de lo que debía ser. Así, mientras la nostalgia historicista, las raíces nacionales y populares y la banalidad desplegaban sus celebrados discursos, otras arquitecturas debieron guardar silencio. Claude Schnaidt, refiriéndose a éstas, sentenciaba: “Tales visiones son tranquilizadoras para muchos arquitectos que, alentados por tanta tecnología y por tanta confianza en el futuro, se sienten seguros y justificados en su abdicación social y política”.¹ Pero dicha abdicación social y política fue una anticipación de las condiciones generales de la sociedad contemporánea. Los programas de la ciudad lúdica y terciaria han dejado de ser divertidos y frívolos; hoy el juego es un tema serio y aquellas ideas que despertaron de su letargo, se validaron a medida que la sociedad se va pareciendo cada vez más a ese mundo imaginado allá, en los años sesenta.

Por estas razones, una reflexión sobre el tema debe dar cuenta de esas proposiciones para conformar la plataforma sobre la cual se construye la demolición.

La demolición

Antes de construir dentro de la ciudad hay que demoler algo. No sucede lo mismo en las periferias urbanas o en

1. Cit. en: Kenneth Frampton, *Historia crítica de la arquitectura moderna*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981, p. 290.

la colonización de nuevos territorios, situaciones muy frecuentes en la arquitectura moderna. Las razones de esta acción demolidora son de diverso tipo y, sin duda, los escombros se llevan consigo algún recuerdo personal o colectivo. También la demolición confirma que se es moderno y por ello, cuando se realiza con gran estrépito e instantáneamente, produce el goce íntimo de quien abraza la esperanza de un futuro mejor y borra amargos pasados. En buena medida, esta promesa la ofrecen los arquitectos. No es poca esta responsabilidad autoasignada.

Pues bien, el arquitecto es productor de indicaciones gráficas para que se realice un edificio, parte de él o un conjunto de ellos: en términos generales, su producto es una promesa. Para ello y por la supervivencia de la especie y de la institución en la ciudad, el arquitecto deberá demoler algo que ya existía como arquitectura. En síntesis, la primera acción productiva del arquitecto es destruir arquitectura. Ocurre con la producción en general: para producir leña o un mueble hay que destruir un bosque.

Tiene interés volver los pasos sobre el significado de esta acción, debido a que la arquitectura, como decía Argan, se sobreentiende siempre como arte metépsico, “que crea y no representa, a diferencia de la pintura y la escultura, que son artes miméticas”.² Así, la arquitectura se representa a sí misma y se almacena como historia, porque la creación arquitectónica pura no existe, sino que se apoya en su propia experiencia; de otro modo no se podría identificar un hecho como arquitectónico más allá de su capacidad de albergar actividades humanas, y esto no ocurre siempre.

Por estas razones, la arquitectura en la ciudad carga consigo la demolición de su pasado construido para construirse. Esto ocurrió durante siglos en Roma, en la Edad Media, en las ciudades del Renacimiento. La Roma imperial se construyó con piezas múltiples, como un *bricolage*, al decir de Colin Rowe: “...lo físico y lo político de Roma proporcionan lo que es tal vez el ejemplo más gráfico de tejidos de colisión y desechos intersticiales...”.³ En efecto, desde la construc-

ción del Forum Julium, en el año 54 a.c.; el de Augusto; el Transitorium; el de Nerva, hasta el de Trajano, construido entre el 112 y 113 d.c., transcurrieron 159 años, con arcos triunfales, mercados, templos y basílicas. La fiebre constructora fue, sin duda, muy alta. Mientras tanto, la *civitas* romana consumía el tiempo deambulando por los foros, sorteando escombros y aparejos, no tanto por carencia de previsión, sino porque el proceso estaba naturalizado. En realidad ese *bricolage* era un híbrido compuesto de fragmentos de otros edificios, que se demolían parcialmente o se adosaban. La Edad Media fue testigo de este *continuum* de apropiaciones, superposiciones y adiciones que los transeúntes vivían con naturalidad, porque formaba parte de la vida urbana.

Relataba el abate Suger acerca de la reconstrucción de St. Denis a mediados del siglo X: “...después de haber extraído de las torres y del techo que corría transversalmente entre ellas cimientos materiales bastante sólidos y de haber puesto los cimientos espirituales aún más sólidos..., preocupados en primer lugar de que la parte vieja y la nueva se unieran sin desentonar ni contrastar, nos ocupábamos de dónde podríamos procurarnos columnas de mármol... A fuerza de pensarlo y repensarlo no quedaba otra solución que hacerlas venir de Roma a través de una flota bien protegida, y de allí a través de la Mancha y los meandros del Sena, con gran cantidad de dinero de los amigos y hasta alquilando las naves a los enemigos sarracenos”.⁴ Es decir, demolición y rapiña para nueva arquitectura.

Pero el momento estelar de las demoliciones urbanas fue el siglo XIX, cuando la modernización celebró su triunfo escribiendo un palimpsesto, no tanto por falta de papel, sino porque había que borrar las huellas de un pasado insalubre, hacinado, pestilente, promiscuo, oscuro, húmedo, envilecedor, que no permitía el despliegue del progreso y sus manifestaciones urbano-arquitectónicas. Así, los ensanches, los bulevares y los parques urbanos, las cloacas y los transportes subterráneos comenzaron a aparecer con el primer acto sublime de la demolición: el

pasado fue borrado con pico y pala, y sobre el plano despejado se volvió a escribir un nuevo texto.

Este proceso se acelera en el siglo XX cuando las edificaciones tienen menor duración, entre otras razones, por su propia condición moderna. En efecto, en este siglo y el pasado, la mayoría de los edificios construidos con el empleo de las tecnologías proporcionadas por su propio tiempo están condenados a sufrir el veloz envejecimiento de sus componentes constructivos, porque la modernidad fundó una de sus bases sobre la innovación tecnológica que, por su propia naturaleza, se renueva continuamente y en consecuencia hace menos duradera la vida de los edificios que la albergan. Es sorprendente que cuando éstos envejecen no lo hacen con la dignidad de los antiguos. La ruina moderna, a diferencia de otras, se presenta como despojo decadente de una civilización fundada en el desvanecimiento: un edificio antiguo sin uso y con fragmentos desparramados en el suelo es un bello y nostálgico monumento; un edificio moderno con placas de cielorraso caídos muestra simplemente un deplorable abandono. La observación de Baudelaire: “La modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente”, se manifiesta de modo intrínseco en la industria, porque debe modificar continuamente sus productos, mejorarlos, aplicar nuevos conceptos, nuevos materiales, nuevas prestaciones, nuevas economías y para ello cambiar sus líneas de producción y sus máquinas. La experimentación e investigación tecnológicas modifican materiales y artefactos y, en consecuencia, la línea de producción y las máquinas que los producen. Los materiales modernos son menos duraderos, tienen “fecha de vencimiento”, son como materia orgánica. Así, disponer de un material

2. Giulio Carlo Argan, *Proyecto y destino*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969, p. 71.

3. Colin Rowe, Fred Koetter, *Ciudad Collage*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981, p. 105.

4. Cit. en: Luciano Patetta, *Historia de la arquitectura; Antología crítica*, Madrid, Hermann Blume, 1984, p. 96.

industrial o mecanismo producido hace un par de décadas es una tarea en extremo difícil, porque obliga a reponer la industria que lo produjo. El nuevo campo de investigación que es la arqueología industrial enfrenta la dificultad de trabajar en las entrañas de fábricas en funcionamiento que se han ido transformando al punto que las señales de sus orígenes son casi irreconocibles: sus viejas máquinas cedieron el paso a las nuevas y muchas fueron construidas en fundiciones alimentadas con su propia chatarra. Las líneas de producción son reemplazadas, así como los recintos que las albergan. Alguien podría afirmar que el alma de la vieja máquina está presente en el acero de la nueva, o que el edificio antiguo está presente en la nueva fábrica, pero como decía Ling Yu Tang, el jarrón chino reconstituido es otro jarrón. Así, la industria expone una arquitectura que muta, vive la metamorfosis en sus propias entrañas.

La arquitectura moderna no es ajena a este problema y por ello se podría aventurar que es más sencillo reproducir el fuste de una columna del Partenón que un perfil de acero standard de las ventanas de la Bauhaus de Dessau que Crittall Windows Ltd. realizó en 1926. En su restauración de 1976 se hicieron de aluminio, pese a que la fábrica Crittall Windows todavía está en funcionamiento.⁵

De este modo, el edificio moderno está condenado a su transformación o a su desaparición, pero en ambos casos procede la demolición, a menos que se haya construido dentro de la tradición tecnológica de los llamados materiales inertes. Si a esta condición se agrega la obsolescencia funcional y económica, en pocas décadas nadie podrá salvarlo. Razonablemente, un edificio contemporáneo realizado con nuevas técnicas y materiales nuevos tiene una fecha de vencimiento de cincuenta años. Asumiendo este destino, es evidente que los estatutos clásicos de la arquitectura deben ser revisados, porque la eternidad es un mito brutalmente derribado por una realidad que no sólo es mercantil, sino intrínsecamente moderna. No sin razón, ante el debate acerca de la conservación del

Zonestraal de Duiker, algunos opinaban que debía dejarse como una ruina, abandonarse y permitir que lo devorara la maleza.⁶ También, más allá de los esfuerzos de Gropius y la mayoría de los arquitectos para evitar la demolición de los almacenes Schoken de Stuttgart, en 1960, Louise Mendelsohn, viuda del autor, aceptaba su destino declarando: “Cuando un edificio ha sido acabado Eric terminaba con él. Su espíritu siempre aspiraba a cosas por venir”. El objetivo de la ciudad de Stuttgart en los años sesenta no era la preservación o la conservación sino la progresión. Un especialista en conservación, Lars Scharnholtz, comentaba: “Una característica del Movimiento Moderno es que la preservación del contexto histórico arquitectónico y el tratamiento sustentable de los edificios existentes son considerados menos importantes que su evolución”.

Paradójicamente, la obra de Mies van der Rohe es una de las más conservadas de la arquitectura moderna: las casas Lange y Esters en Krefeld; los Promontory Apartment, el conjunto de Lake Shore Drive, la casa Farnsworth, y el Pabellón de Barcelona, así como las permanentes restauraciones del campus del IIT (cuyos edificios se están cayendo a pedazos). La restauración de estas piezas maestras obligó a invertir sumas considerables de dinero, pero “Mientras se trataba de resolver la complejidad tecnológica de estas restauraciones, la discusión sobre los problemas de la preservación se mantenía ausente”.⁷

La evolución a la cual se refería Scharnholtz era la política de adaptación del edificio es decir, una mutación a costa de los atributos arquitectónicos originales. Sin embargo, la ausencia de debate y la fuerza del *imprinting* cultural continúa dentro del mundo de las restauraciones y los restauradores modernos actúan como si trataran a la Malcontenta. Si bien esto puede tener un gran significado, como en el caso de los paradigmas miesianos, esta misma consideración no podría aplicarse a toda la arquitectura que se construye en la ciudad moderna.

Como se adelantó, la demolición y otras especulaciones sobre la ciudad

contemporánea fueron formuladas hace décadas y hoy se las propone con el propósito de someter a la arquitectura al desafío de dar continuidad a la ciudad, y a la historia de la arquitectura, cerrando el paréntesis de una modernidad entendida como obra exenta realizada *ex novo*, sobre sitios vacíos.

En la posguerra Peter Smithson decía: “La planificación es un problema de ‘andar’ más que de partir de una página en blanco. Nosotros aceptamos como un acto fijo lo que una generación hace con mucho esfuerzo. Debemos seleccionar sólo los puntos con mayor significado sobre la totalidad de la estructura urbana, más que hacer frente a una reorganización ideal de la totalidad. Nuestro deseo lógico y estético actual no es construir castillos en el aire sino una suerte de nuevo realismo y nueva objetividad: la consecuencia de nuestra acción en una situación dada”.⁸ Otro connotado representante del ICA, Lawrence Alloway, escribía en 1959: “Las ciudades son, citando a John Rannells, la acumulación de las actividades de la gente, y éstas cambian con más rapidez que los edificios o las ideas de los arquitectos. Louis Sullivan ... dijo que [la arquitectura es el] ‘drama de crear cosas que van al olvido’. No hay lugar donde esto resulte más visible que en la poblada y sólida ciudad y en ningún sitio tienen menos posibilidades de permanecer intactos los principios formales permanentes. El pasado, presente y el futuro... se trasladan en confusa configuración. Los arquitectos nunca pueden conseguir y mantener el control de todos los factores de una ciudad que hay en las dimensiones de

5. David Blake, “Windows, Crittall and the Modern Movement”, en: *do.co.mo.mo. First International Conference*, sept. 12-15, 1990, p. 76-79.

6. Véase: Wessel Reinink, “Controversy between functionalism and restoration: keep Zonestraal for eternity as a ruin”, en: *do.co.mo.mo.*, op. cit. p. 50.

7. Lars Scharnholtz, “Preserving the memory”, *do.co.mo.mo Journal* n° 21, p. 55.

8. Cit. en Günter Nitschke, “Cities stasis or process”, *The Pedestrian in the City*, ed. David Lewis, London, Elek Books, 1965, p. 165.

las formas en pedazos, en expansión y en desarrollo”.⁹

De estas citas se desprende la búsqueda de una estética del cambio. Cedric Price, en el edificio Inter-Action instaló la obsolescencia como estética. Había previsto instrucciones para su demolición debido a que el Ayuntamiento había arrendado el terreno por 27 años y, de hecho, se demolió en el año 2001. Para ello, la estructura, los cerramientos y las instalaciones conformaban un sistema genérico cuyos atributos formales daban inequívocas señales industriales. Decía Price: “Podremos reconocer más fácilmente los cinco estados del tiempo artificial (uso, abuso, re-uso, desuso y rechazo), si concedemos la misma importancia a los intervalos temporales correspondientes a la construcción y la demolición (duración) con el propósito de introducir en el proceso de proyecto factores como el tiempo, la transformación y la reubicación temporal [...] La flexibilidad constructiva, o su alternativa, la obsolescencia planificada, sólo pueden conseguirse satisfactoriamente si incluimos el factor temporal como parámetro clave dentro del proceso completo del diseño”.¹⁰ Cabe destacar la admirable previsibilidad inglesa ante nuestro “mientras tanto” latinoamericano, que podría eternizar cualquier construcción provisional. Dejando en suspenso intimidades de nuestra cultura, la previsión proyectual de Price determinó en buena medida los aspectos estético-formales de la edificación. Esto fue corriente durante los años sesenta y setenta del viejo siglo pasado, desde el Fun Palace de Price al Centro Pompidou de Piano & Rogers; la imagen de lo transitorio y lo flexible programado construyó una estética fundada en la técnica, al decir de Ezio Bonfanti, una “emblemática tecnológica” que trascendió sus propósitos iniciales.¹¹ En efecto, los edificios para durar “eternamente” –dentro de la paradoja secular de nuestra institución arquitectónica– semejaban construcciones fabriles y ferroviarias. De esto dan cuenta las proposiciones de Cedric Price, de Archigram, de Yona Friedman, de Constant, cuyos argumentos se repiten hoy como si fuesen nuevos: el

riesgo que amenaza ahora su credibilidad es, como ocurrió antes, que cuanto más se aleje del mundo fáctico, más inofensiva resulta a su propia institución.

Pero en ese debate, otras voces han propuesto algo más radical. Martin Pawley adelantaba: “Los esfuerzos de Habraken para estabilizar el mundo en constante evolución de los sistemas de sostenimiento, están condenados antes de haberse iniciado. En este contexto, el cambio no puede ser detenido –aunque éste sea el sueño desesperado de los preservacionistas. Todo lo que puede hacerse es dotar al espacio humano de mecanismos capaces de absorber la evidencia del tiempo y del cambio, a fin de mitigar el horror al cambio mismo. Incorporando en cada configuración sucesiva los elementos de todas las que la precedieron, se podría separar el cambio de la destrucción y la pérdida, y conseguir de esta forma un *continuum* en el campo privado que está aún, en cierta medida, legal y económicamente protegido”.¹² Es así, absorbiendo la evidencia del tiempo, incorporando los elementos de todas las que la precedieron, se podrá superar la condición de emblemática técnica que caracteriza a la estética del cambio.

Este es un proceso de mutación que interviene en el proyecto incorporando lo preexistente, extrayendo de allí atributos funcionales, tecnológicos y formales. Es evidente que el resultado puede ser un híbrido, pero así son las ciudades actuales: la diferencia es que el híbrido urbano se distingue en la suma de las edificaciones.

Sin duda, los edificios tradicionales siempre han soportado cambios: así sucedió y continúa sucediendo: un templo puede ser una discoteca o una oficina de correos, pero lo transitorio es una cualidad social o económica, más que arquitectónica: la apropiación social de la arquitectura modifica y transforma usos, formas, disposiciones, apariencias y sentidos. Por ello, la plataforma de la demolición no habla sólo de arquitecturas transformables, sino de operaciones de intervención proyectual que actúen sobre la materia dada, que a su vez sabe que será transformada. Lo que existe será devorado

por los nuevos programas y el edificio podrá resistir o no, podrá ser demolido para ser sustituido por una nueva construcción, o podrá mutar, en un proceso continuo dentro de la ciudad.

La paradoja se podría resolver si el proyecto albergara la demolición y de este modo se incorporara a un proceso de mutaciones, de transformaciones progresivas, sin solución de continuidad, como ocurre con la ciudad en general. El híbrido resultante de esta proyectación no está demasiado alejado de una condición general de la cultura. En efecto, se trata de acelerar un proceso de desintegración arquitectónica abortado en su etapa de banalización e historicismo.

Si se preguntara entonces cuál sería la tarea del arquitecto, pues bien, como hace tiempo, la respuesta es proyectar ciudad. Quizás ahora no tenga sentido hacerlo por medio de un edificio, porque si descorremos el velo que oculta nuestra tarea, se trata de mejorar la calidad de vida, y esta vida no merece que, con una promesa, interrumamos su fluir continuo.

La clausura

Estas reflexiones tienen su origen en otra paradoja: la vida urbana tiene una continuidad, a la que se opone su arquitectura, que es discontinua, celebratoria de acontecimientos aislados, fijos e inmutables. Esto lo decía Yona Friedman en los años sesenta. Para esta celebración, una obra en construcción es protegida, no sólo por la seguridad de los transeúntes, también como obra que promete conmovir cuando sea descubierta. Es una ideología inaugurada en el Renacimiento: el autor “devela”, corre el velo que ocultaba su proceso creativo y produce el primer shock ante la mirada atónita y regocijada del mecenas y sus amistades. Los hechos arquitectónicos y artísti-

9. Lawrence Alloway, *Architectural Design*, enero de 1959.

10. Cedric Price, *Architect's Journal*, sept. 5, 1996, p. 38.

11. Ezio Bonfanti, “Emblemática de la técnica”, en: *Cuadernos Summa-Nueva Visión* n° 43, 1969, p. 14-31.

cos eran concebidos como creaturas humanas: obras escultóricas, frescos y edificios guardaban celosamente su gestación y se develaban al público sólo acabadas, como surgidas de un solo impulso creador. Por estas razones entre otras, durante su proceso productivo la obra conserva su secreto, se oculta con vallas y lienzos aguardando el milagro de la creación humana.

El resultado de este ocultamiento es que pierda su carácter natural, propio, uno de los acontecimientos más relevantes de la ciudad contemporánea, que es su continuo proceso de demolición y construcción. Pero, además, implica la clausura de un fragmento de ciudad que bloquea y restringe el fluir de los transeúntes, obstaculiza el tránsito de vehículos y la circulación del comercio, obliga a desvíos desorientadores e impide que la obra misma forme parte del espectáculo urbano. Se ruega respeto a “obreros en la vía”, “hombres trabajando”, “disculpen las molestias, obra en construcción” y con estas ligerezas se cree resolver, más que la incomodidad, la apropiación del espacio urbano, con la promesa de un mejor servicio, casi siempre albergado en arquitectura. En realidad, es arquitectura todo lo físico y visible que se promete y se oculta tras las vallas de las llamadas instalaciones de faena. Mientras esto sucede, la arquitectura agazapada, adquiere forma, se está gestando, hasta que finalmente se devela. El transeúnte, antes que el arquitecto, se rinde ante esta admirable manifestación de progreso. Algunos podrán decir: “Tanta espera para esto”, ya que la promesa arquitectónica no siempre se cumple. Sobre París del siglo XIX, Walter Benjamin señalaba: “La institución del señorío mundano y espiritual de la burguesía encuentra su apoteosis en el manejo de las arterias urbanas. Estas quedaban tapadas con una lona hasta su terminación y se las descubría como a un monumento”.¹³

La ciudad contemporánea asiste sin descanso a un proceso de demolición y construcción: cuando acaba la construcción de algo, inmediatamente en otro lugar, se inicia alguna demolición: más que un hecho extraordinario, es

la condición contemporánea de la ciudad. Por esta razón debería naturalizarse, incorporarse al cotidiano, porque las molestias ocurren aquí, luego allá y en todo lugar.

Así, para evitar la histeria metropolitana, es hora de acoger los ruidos y polvaredas de las demoliciones-construcciones como parte de nuestra vida en ciudad y resolver las discontinuidades de una obra atravesándola con el uso de las instalaciones de faena como programa urbano. De este modo, las vallas cobrarían espesor, serían dispositivos, contendrían actividades, permitirían el tránsito y nada se interrumpiría. En este fantástico espectáculo futurista, la circulación monetaria tampoco habría de interrumpirse: el comercio continuaría funcionando, el *flâneur* contemporáneo también.

La demolición que pretendía proporcionar continuidad al ritmo urbano es seguida —como un fractal— por la continuidad urbana durante el proceso mismo de demolición-construcción, y con el aprovechamiento del utilaje de protección para permitir nuevas actividades. El resultado podría parecerse a las llamadas utopías tecnológicas porque dicho utilaje está constituido por andamios y estructuras metálicas de gran versatilidad, por su propia condición transitoria. Así, la transitoriedad y la mutación se harían presentes como obra de infraestructura, a la vez que, terminada esta operación, se pondría al descubierto la obra que ocultaba. Sin duda, esta sucesión de obras, de obra dentro de obras, en una endemoniada continuidad de máquinas, ruidos y polvo, no es otra cosa que la aceleración del ritmo metropolitano. En las ciudades contemporáneas latinoamericanas es difícil librarse de este destino, porque a diferencia de Europa, la población no decrece, por el contrario, aumenta sostenidamente y la perspectiva futura no promete sosiego.

La continuidad programática de demolición-construcción entendida como proyecto constituye así un desarrollo de las proposiciones iniciales hacia la hibridación que abandona la aspiración de construir un lenguaje técnico, y radicaliza los procesos proyectuales, porque obliga, como en la *nouvelle cuis-*

ne de Paul Bocuse, a construir platos con lo que ese día se encuentre en el mercado.

La metáfora del mercado atiende a las preexistencias y a lo nuevo, es decir, a los edificios actuales y a la imaginación, en la construcción de una forma impura, azarosa, que nadie sabe cuándo comenzó ni si está terminada, porque en realidad no tendría tanta importancia como la de vivir en edificios y ciudades que funcionen sin solución de continuidad. Este ritmo quizás histérico es, quiérase o no, el de la ciudad contemporánea. Las ideas aquí expuestas sólo reclaman que la arquitectura se incorpore a dicho ritmo. En caso contrario, si la arquitectura es el lugar de la conciliación y el sosiego, debería irse a otro lugar, porque ella sola no podrá cambiar la ciudad, aunque crea que la constituye.

Arribamos finalmente a la noción de continuidad, que en realidad es la sucesión de eventos. Éstos, en términos arquitectónicos, pueden localizarse en un punto de cierto interés: una obra contemporánea se sostiene sin cambios sustantivos durante 50 años; con cambios necesarios, 20 años; con cambios imprescindibles, apenas el arquitecto entrega a sus clientes la obra concluida; las instalaciones de infraestructura constructiva se mantienen durante 2 años, que corresponden a la duración de la obra, pero podrían convertirse en infraestructuras con programas urbanos activos y rentables. Ahora bien, para construir las instalaciones de infraestructura, se demora un par de días, entonces ellas a su vez, podrían albergar programas para evitar la clausura urbana correspondiente, ergo, la construcción de las obras de infraestructura para la construcción de un edificio es el verdadero evento, un espectáculo: sólo en ese momento, un sector de la ciudad se detiene, por esta razón, glosando a Pirandello, los personajes están buscando a un autor.

12. Martin Pawley, “La casa del tiempo”, en: *El significado en arquitectura*, ed. Charles Jencks & George Baird, Madrid, Blume, 1975, pp. 152.

13. Walter Benjamin, *Iluminaciones II*, Madrid, Taurus, 1972, p. 187.

Buenos Aires: el fracaso de la autonomía

Entrevista de Adrián Gorelik a Eduardo Passalacqua



A comienzos de diciembre de 2004 *Punto de Vista* entrevistó a Eduardo Passalacqua, especialista en políticas públicas, con el objetivo de indagar en las razones institucionales y políticas de la frustrada experiencia de gestión progresista en la Buenos Aires autónoma, un territorio que Passalacqua conoce como pocos. Apenas unas semanas después ocurrió la tragedia de la discoteca de Once, República de Cromañón, el incendio que provocó más de 190 muertes y que pareció producir un parteaguas en la sociedad y la política de Buenos Aires. La entrevista que publicamos muestra que la trama que hizo posible estos sucesos

era evidente antes de la tragedia: una administración capturada por el clientelismo, en la que nada escapa a la lógica punteril en la que se constituyen los partidos, tradicionales o nuevos, con el resultado de una suerte de parálisis política por la cual ninguna reforma sería y ningún tema estratégico pueden abordarse, más allá de la ritual autorrepresentación de la política porteña como proverbialmente avanzada. A lo que hay que agregar una sociedad que ha decidido no modificar su vínculo tradicional con la política y el Estado, un vínculo hecho de radical ajenidad y, simétricamente, reclamo universal, en una especie de

fetichismo invertido por el cual la sociedad pone en la política y en el Estado todos los vicios para conseguir así una imagen virtuosa de sí misma.

Este es el fracaso de la autonomía que enuncia Passalacqua. Diagnosticado antes de la tragedia, evidencia su carácter estructural: de poco sirve denunciar ahora con histeria el sistema de inspecciones (denunciado en soledad durante años por la Defensoría del Pueblo), si no se advierte que todo el sistema institucional y de infraestructura de la ciudad subsiste en idéntico punto de riesgo, desde la cuestión sociohabitacional a la red de cloacas. ¿Por qué “fracaso de la autonomía”, entonces, si justamente se pone el acento en la larga duración de sus causas? Porque la autonomía, como lo señala Passalacqua, no logró ser uno de esos momentos únicos en que una sociedad tiene la ocasión de repensar y reformar sus instituciones y su relación política con ellas. El debate sobre la tragedia ha basculado sobre las diferentes responsabilidades en el gobierno (el jefe de gobierno, los inspectores, la legislatura) o la sociedad (los empresarios inescrupulosos, las tribus rockeras y, más en general, la cultura de la transgresión), pero no se ha percibido que toda esa trama reposa sobre este monumental fracaso colectivo, producido por añadidura en la región con mayor capital económico y cultural de la Argentina, su ciudad capital.

El gobierno de Aníbal Ibarra tuvo más de cinco años para mostrar vo-

luntad por modificar alguna de las variables de este tejido de intereses e imposibilidades. Sin embargo, y más allá de las medidas indicadoras de sensibilidad social y jurídica que puso en práctica durante los momentos más duros de la crisis en el 2002 (aunque si es por eso, lo actuado a nivel nacional por el gobierno de Eduardo Duhalde debería merecer mayor consideración), el gobierno de Ibarra prefirió continuar la práctica aliancista de reemplazar la acción política por la imagen publicitaria, sin modificar en absoluto el *statu quo* político e institucional de la ciudad. Es cierto que, como se ha dicho, la tragedia podría haber ocurrido con cualquier otro gobierno –y sólo con extremo oportunismo la oposición prefiere ignorar esa realidad. Pe-

ro, a diferencia de lo que piensa el gobierno, este argumento no es un descargo para Ibarra, porque él está allí porque encarnó la ilusión de que ese estado de cosas podía reformarse.

En este marco, la convocatoria al referéndum pudo pensarse como una “solución”, sólo si se acepta que el “problema” es el que la propia lógica fue capaz de plantear. Y aquí se ve también el modo en que el periodismo participó mayoritariamente de esa misma lógica, realimentándola: destacar como un gesto de audacia e inteligencia política de Ibarra la convocatoria al referéndum fue mantenerse dentro de los límites que comparten gobierno y oposición, preocupados exclusivamente por sus propias posiciones en un juego de suma cero, como

se vio meridianamente en el episodio de la interpelación, que puso en primer plano la trivialidad de la Legislatura, a la que Passalacqua compara incluso con el viejo y denostado Concejo Deliberante. Ninguna de las causas de la tragedia de Once hubiera sido rozada por el referéndum, ya que ni el gobierno ni la oposición han demostrado interés o capacidad en identificar esos problemas y abordarlos. Tanto es así que hoy el referéndum parece haberse desvanecido, una prueba más de la inconsistente respuesta política del jefe de gobierno y sus consejeros. Así, el fracaso de la autonomía es el de una política reformista para Buenos Aires que no ha encontrado todavía sus actores sociales y políticos.



Adrián Gorelik: *Hacia el fin de los años ochenta, en aquella euforia localista de entonces, planteaste una serie de reparos en un artículo sobre la participación política en el municipio, mostrando, entre otras cosas, que la participación política de escala municipal no había sido una panacea democrática en la historia argentina, sino que, por el contrario, se había sostenido en prácticas punteriles y caudillistas y en visiones autoritarias –extendidas en toda la sociedad civil– cuyo ideal era eliminar la política a través de la “buena administración”.¹*

Han pasado casi veinte años de ese artículo, y casi diez desde que se logró la autonomía de la ciudad de Buenos Aires, y sería interesante conocer tu balance, porque todo indica que no se ha fortalecido el municipio, que la autonomía debió haber convertido en un escenario de mayor participación de la sociedad y, sobre todo, de construcción de una clase política propia de Buenos Aires. Al mismo tiempo ese sentido común localista ha subsistido, como lo muestra el consenso acrítico sobre la idea de descentralización.

Eduardo Passalacqua: *Hoy, el municipalismo piadoso, romántico, lleno de lugares comunes, dejó lugar a una investigación más amplia y fundamentada. Sin embargo, tengo la impresión de que, aun en ámbitos académicos, de no ser por la cantidad de fondos disponibles para temas municipales en los organismos de financiamiento públicos y privados, no hubiera existido la epidemia de discurso sobre descentralización y desarrollo local que hubo. Por otra parte, el balance de la autonomía es muy malo. El Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires hace muchas menos cosas que las que hacía la vieja Municipalidad. El conjunto de facultades que ejerce es notoriamente menor, y esto lo han señalado sucesivos Defensores del Pueblo adjuntos. En primer lugar, hay un problema técnico, de capacidad de gestión. La década del noventa puede discutirse en términos de pobreza, de redistribución del ingreso..., pero lo que nadie puede discutir es que produjo una fenomenal precarización del em-*

1. Cfr. Eduardo Passalacqua, “Notas sobre participación política y partidos políticos en el municipio”, en Hilda Herzer y Pedro Pírez (comps.), *Gobierno de la ciudad y crisis en la Argentina*, IIED-GEL, Buenos Aires, 1988.

pleo, que afectó mayormente a la administración pública. Los contratos basura, usados de manera sistemática por distintas administraciones, se sumaron a un sindicato de perfil nítidamente vandorista que, en comparación a lo logrado por los gobiernos de Córdoba o Rosario en la modernización de sus plantas de trabajadores, ha mantenido intacta su capacidad de impedir una gestión mínimamente eficaz.

La autonomía fue una oportunidad histórica perdida para el cambio. La Constitución de la Ciudad plantea, por ejemplo, una innovación en el sistema de relaciones laborales. Es lo que ocurrió en España cuando se definieron las autonomías, y todas las administraciones provinciales alcanzaron cambios importantes en términos de capacitación del personal, de relaciones laborales más ajustadas a las nuevas necesidades, sin producir despidos masivos, simplemente introduciendo mejoras. Por el contrario, un ejemplo significativo en Buenos Aires fue el fracaso de la primera camada de legisladores por reemplazar de raíz el sistema laboral y de contrataciones del antiguo Concejo Deliberante: no se pudo con el clientelismo político, que había sido responsable de que la planta superara los 5000 empleados y que, al mismo tiempo, impidió sistemáticamente la existencia de un núcleo de empleados con experiencia y saber técnico para sus funciones. En muchas administraciones municipales del mundo hay clientelismo, pero nunca falta ese cupo para los equipos técnicos que sostienen la gestión. En Buenos Aires, en cambio, con esa enorme cantidad de empleados, cada vez que se necesitaba analizar un problema jurídico o financiero serio, un problema técnico, se debía contratar una consultoría externa. El intento por cambiar ese estado de cosas fracasó, porque toda la planta del viejo Concejo Deliberante terminó efectivizada y hoy tiene todavía más garantías. En el corto lapso en que yo fui secretario de la Legislatura, intenté poner un sistema de presentismo y lo logré hasta cierto punto, pero me vi obligado a partir los turnos de trabajo porque si venían todos los que tenían que venir no solamente no había lugar físico, sino que

el edificio corría serios riesgos de colapsar.

Si examinamos el funcionamiento de los poderes del Estado, en mi opinión, el problema principal es la trivialización. La Legislatura se esfuerza por sintonizar cierto tipo de electorado que podría sentir un orgullo porteño con temas como que la ciudad sea la primera en el mundo que establece el ciclo básico obligatorio hasta tercer año, la Ley de Unión Civil, etc., etc. No quisiera minimizar esos logros, pero hay que señalar que la Legislatura se ocupa poco y nada de la agenda de problemas estructurales. Si nosotros antes criticábamos al Concejo Deliberante por el tiempo que dedicaba a discusiones intrascendentes, hoy tenemos que reconocer que el Concejo incidía mucho más en políticas públicas importantes que la nueva Legislatura. En otro orden, creo que han sido mucho más eficaces los Defensores generales de la Nación en sus acciones respecto de las tarifas de servicios públicos, por ejemplo, que nada de lo hecho por la Legislatura de la Ciudad.

Para restarle todavía más incidencia a la Legislatura, el Jefe de Gobierno vetó una norma que le fijaba plazos para contestar los pedidos de informes. Hoy ninguna obligación formal compromete al Jefe de Gobierno a rendir cuentas ante la Legislatura. En verdad, si pensamos en el sentido de la existencia de la Legislatura, un politólogo tendría serias dificultades para explicar cómo diferentes jefes de gobierno, que han carecido casi por completo de mayorías legislativas, no han tenido ninguna traba para gobernar: ¿qué clase de entramado político-institucional posibilita esta realidad?

Ahora bien, si pensamos ya no en los límites de la Legislatura, sino en los propios de la Jefatura de Gobierno, uno de los aspectos desaprovechados de la autonomía es no haber encarrilado una reforma del ejecutivo, comenzando por una Ley de Ministerios. ¿Qué importancia tiene esto? La Ley de Ministerios sería una ocasión para reparar el sistema agregativo y fragmentario con que se fueron armando las secretarías a lo largo de la historia,

desde las dos originales que tenía De Vedia y Mitre en la década de 1930 (la de Hacienda y Administración y la de Obras Públicas, Higiene y Seguridad) hasta el entramado actual surgido de la creación, a lo largo de décadas, de estructuras *ad hoc* para las necesidades del equilibrio de fuerzas partidarias, incluso a través del invento de cargos para personas determinadas, sin ninguna racionalidad ni demostración de que el interés perseguido haya sido incrementar la eficacia de la gestión. Un caso característico es la Secretaría de Promoción Social que se armó como un *patchwork* a partir de programas dispersos y, en muchos casos, de casi nula operatividad. La autonomía era una posibilidad de cambiar esto a través de una nueva Ley de Ministerios que habría permitido una gestión mucho más flexible, por programas, en lugar de esas estructuras jerárquicas que son las Secretarías, con sistemas tan pesados en términos verticales y tan difíciles de articular horizontalmente en función de objetivos de reforma de la ciudad.

Pero el problema de fondo es, en verdad, que la autonomía no respondió a ninguna necesidad interna de la sociedad ni de los actores políticos de Buenos Aires. Con la autonomía se dio más que lo que nadie pretendía, porque el pacto de Olivos, que origina ambas constituyentes, la nacional y la del nuevo estado de Buenos Aires, quiso conformar al radicalismo de la capital, fuertemente antipactista, incluyendo lineamientos mucho más amplios que la elección directa del intendente de la ciudad, que era lo único que hasta entonces se había reclamado. Lo cierto es que el gobierno de Buenos Aires no ha ejercido su autoridad en ninguno de los problemas que quedaron pendientes con la autonomía: ni el puerto, ni las tierras vacantes del estado nacional, ni la policía, etc. Ni siquiera se intentó recuperar el manejo de la tradicional policía de tránsito.

Disposiciones de la nueva constitución de Buenos Aires despertaron, en su momento, expectativas y ríos de discurso. Por ejemplo, el sistema de audiencias públicas, que tendría que haber sido un mecanismo para agilizar la relación entre la Legislatura y

las demandas sociales. Sin duda, el mecanismo de las audiencias fascinó a muchos, entre ellos a los enamorados platónicos de la participación que probablemente no recordaron durante la asamblea estatuyente los límites con los que podrían encontrarse más o menos rápidamente. No hay demasiadas tradiciones participativas en la política argentina y en particular en la local. Además, el modo en que se implementa la participación no tiene en cuenta factores como el tiempo necesario —en condiciones económicas críticas— para garantizar una representación de los diferentes sectores sociales. El problema de la política es cómo se crean mecanismos para garantizar una participación que exceda la doble restricción de un círculo de vecinos con tiempo libre y tendencia asociativa, y de los grupos de interés. Como mecanismo, la audiencia pública es excelente, pero hasta el momento sólo fue eficaz en algún caso puntual, como la incorporación de observaciones al Plan Urbano Ambiental a través de una serie de consultas. Sin embargo, por el modo en que se redactó la Ley de Audiencias Públicas, estamos ante un fracaso en casi todos los otros temas sometidos a discusión; y su reglamentación permite que las audiencias terminen en escándalos sin otra relevancia que la mediática.

—Mencionás como excepción el caso del Plan Urbano Ambiental, pero también podríamos pensar que no resultó contradictorio con el diagnóstico que trazaste. Porque las consultas de las audiencias exasperaron sus rasgos de collage: todo entró en el Plan, desde los megaemprendimientos que vienen de la concepción del marketing urbano de los noventa, hasta los viejos objetivos progresistas de la tradición local de la planificación; todo queda igualado sin que pueda saberse de dónde va a salir la voluntad política para decidir la prioridad de un objetivo u otro. De modo que la audiencia pública favoreció una homogeneización temática sosteniendo, por una vía diferente, la falta de voluntad del gobierno de construir una agenda clara de las prioridades de la ciudad, a través de la cual la política le muestre a

la sociedad los puntos importantes que deben ser abordados.

Si hablamos de participación, es inevitable referirnos a los proyectos de descentralización. En este panorama del funcionamiento político-administrativo que has trazado, ¿cómo pensás que va a incidir la división de la ciudad en comunas, de acuerdo a los proyectos en danza? En dos sentidos, ¿cómo pensás que va a concluir el proceso de descentralización? Ha tenido el máximo consenso en los discursos generales pero, hasta ahora, ha encontrado enormes dificultades para materializarse mínimamente (la Ley de Comunas no ha podido tratarse todavía en la Legislatura a pesar de que han vencido todos los plazos otorgados por la Constitución). Y ¿qué significaría concretamente la descentralización, en caso de producirse?

—El de las comunas no es un tema sencillo. Requiere, entre otras cosas, una buena Ley de Ministerios, porque sobre la actual superposición de funciones se agregaría otra, una superposición *ad infinitum*, que volvería prácticamente imposible delimitar con claridad qué le corresponde a la administración central y qué a las comunas. Requiere también una buena Ley Electoral, porque hay distritos con realidades demográficas muy complejas y diferenciadas: en una circunscripción como la 14, por ejemplo, que corresponde a la City, hay una población diurna de millones de personas y una población nocturna inexistente, pero buena parte de esa población diurna tiene allí registrados sus domicilios electorales, en sus estudios u oficinas.

Pero estas son cuestiones operativas. Desde el punto de vista de los contenidos, yo creo que las comunas se pueden convertir en un gran programa de empleo público (para emplear amigos incluso en disciplinas de poca demanda: cada comuna podría, por ejemplo, armar una comisión histórica para resolver el problema de sus límites, para diseñar su escudo, etc.). Este es un riesgo cierto. Pero si las comunas vienen acompañadas de un nuevo modelo de gestión, pueden ser algo realmente revolucionario. No es que me entusiasmen apriorísticamen-

te, pero podrían ser el instrumento para que cambien muchas cosas. De todos modos, la discusión para mí está acotada por el hecho de que el modelo de administración central de la ciudad de Buenos Aires ha mostrado su agotamiento absoluto.

—¿Por qué lo afirmás de modo tan categórico? Esta es una ciudad relativamente pequeña, con una población que no ha crecido, dentro de sus límites jurisdiccionales, en los últimos cincuenta o sesenta años, con una movilidad socio-geográfica muy limitada, y cuya principal incapacidad siempre ha sido la resolución de problemas que podría pensarse que se resuelven mejor con un gobierno central que con una multitud de comunas, por ejemplo, la relación con el Gran Buenos Aires o un sistema racional de transporte público capaz de coordinar diferentes modalidades.

—Pero cuando hablo de comunas no estoy pensando en un aumento de la segmentación y la fragmentación. A los argentinos nos entusiasman las discusiones metafísicas, y si son teológicas mejor. Para todo lo que aquí se publicó sobre descentralización no nos alcanzarían diez bibliotecas, pero nadie se ha tomado el trabajo de analizar qué servicios pueden funcionar mejor descentralizados y cuáles deberían prácticamente mantenerse centralizados. Yo no digo que la discusión pase sólo por la organización de los servicios, pero sí que es un tema ineludible que en toda la discusión sobre las comunas apenas se ha mencionado.

—Pero quizás sea el momento de revisar aquellos fundamentos metafísicos en la dirección inversa, dado que, a nivel nacional, estamos viviendo la crisis de los programas de descentralización, que fueron acentuados por la dictadura militar. Si pensamos en la educación, hoy carecemos de un Ministerio de Educación efectivo porque ahí se descentralizó con la consigna de que cuanto más cerca de la gente, mejor iba a ser el servicio. El resultado fue que, cuanto más cerca de la gente, más cerca estaba del caudillo local, sea provincial o municipal. Qui-

zás entonces éste sea el momento de revisar, en términos teóricos y políticos, la misma consigna de descentralización, que es una consigna muy setentista en todo el mundo, y que aquí coincidió con las políticas de la dictadura militar. Sobre todo teniendo en cuenta que la Argentina, como la propia ciudad de Buenos Aires, está muy fragmentada por clivajes sociales y culturales –y podríamos decir que los clivajes en el capital cultural son definitivos a la hora de ver cómo funciona la descentralización.

–Yo no discrepo en la necesidad de la discusión. El tema es muy amplio y complejo, porque además es un tema que cruza todas las líneas ideológicas: hay visiones descentralizadoras de derecha y de izquierda, y viceversa. Un ejemplo de lo poco asumido que está es lo que ocurre con las discusiones presupuestarias en nuestro país. Si se analiza estrictamente el presupuesto, se advierte que todo lo nacional se refiere al pasado: jubilaciones y pensiones, el pago de la deuda externa, etc. Y lo referido al futuro figura en el presupuesto nacional, pero le corresponde claramente al actor provincial. Y esto no es incorporado, salvo excepciones, en los debates políticos o académicos sobre el presupuesto.

Ahora bien, el problema más general es muy viejo. Frente a la idea de que en ciertas circunstancias socio-económicas el poder central equivale a la libertad frente al poder local que funciona como una red de intereses tradicionales, hay otras visiones. Desde el punto de vista de la gestión, la cuestión es seria. ¿Cómo hace el Ministerio de Salud, más allá de quién lo ocupe concretamente, para demostrar alguna utilidad si no puede ejercer competencias en el único lugar en el que le ha quedado alguna, que es en la ciudad de Buenos Aires? Esto incide sobre la ciudad. De hecho ninguno de los dos ministerios, Salud y Educación, han suprimido ninguna de sus direcciones nacionales que tienen tanta relevancia como el gabinete de la República española en el exilio, dicho sea con el respeto que tengo por profesionales que trabajan allí. Esto efectivamente es así. Pero lo que me pre-

ocupa es que es un tema que se aborda en sus aspectos folklóricos o para el cruce de epítetos, pero sobre el que no hay ningún debate serio. Por ejemplo, los grandes propulsores de la descentralización en las últimas décadas en América Latina han sido los organismos internacionales de crédito, aunque hoy el Banco Mundial está muchísimo menos entusiasmado con esta posición. También sería importante analizar qué funcionó bien en otros contextos de descentralización. Desde hace muchos años, los brasileños conciben los diferentes niveles de gobierno no como una torta de tres pisos sino como una torta marmolada



o veteada, donde diferentes instancias pueden intersectarse de acuerdo con programas y necesidades específicas.

En mi opinión, el manejo centralizado de todos los servicios no va más, y hay que analizar cuidadosamente cuáles deben ser descentralizados, porque funcionan mejor vinculados con determinadas zonas geográficas, y cuáles conviene que permanezcan en la órbita central. Es cierto que esta discusión meditada no es favorecida por el modo en que el tema de las comunas aparece en la Constitución de Buenos Aires, porque allí no se prevé el modo en que se articulan las comunas entre sí, falencia que puede favorecer la fragmentación. Sin embargo hay un elemento que quiero destacar del modo en que han sido establecidas las comunas en la Constitución: la feliz coincidencia entre el número de miembros de las Juntas ejecutivas de cada comuna (siete) y el número de sus atribuciones específicas. De este modo, las comunas podrían servir para empezar a responder una pregunta que todavía no hemos comenzado a plan-

tear con profundidad en la Argentina: ¿para qué sirve un concejal? Puede haber resistencias a admitir un sistema de tipo inglés, pero los miembros de las Juntas de las comunas si se dedican a una tarea específica pueden dar pistas para rediscutir el armado de las legislaturas locales a partir de ese principio. De hecho, un comienzo de esta tendencia se descubre en los nuevos municipios del gran Buenos Aires creados en los años noventa, donde los Concejos se integraron con 12 miembros, la mitad de los integrantes de los tradicionales, y no ha habido ningún inconveniente.

De todos modos, creo que, más allá

de las discusiones de doctrina, estamos todavía muy lejos de que se apruebe algún sistema de comunas en Buenos Aires, y esto por las peores razones. Junto con el extendido sentido común democratista sobre su necesidad, todo el espectro político sospecha que la división en comunas pueda implicar un salto al vacío, en términos de sus conveniencias en el diseño del mapa electoral, y por eso no hay ninguna coalición con fuerza suficiente para imponerlas. Como tampoco se sabe cómo se las sustraería del modo corporativo en que se ha organizado la sociedad en los barrios que se han organizado. Y a esto se suma que no está nada claro para qué van a servir las comunas y, especialmente no está claro cómo delimitarlas. Un consenso generalizado critica los límites administrativos, juzgándolos obsoletos y artificiales, pero nadie sabe cuáles serían los límites “naturales” que deberían reemplazarlos, porque esos límites, en una ciudad como Buenos Aires, no existen, y su discusión apela a mitologías con tanto o tan poco sustento co-

mo los límites administrativos. Rosario, que ha hecho una muy interesante experiencia de descentralización, si bien incorporó otros criterios de división, lo hizo a partir de las viejas secciones policiales, electorales y censales –que allí coincidían. En Buenos Aires, me parece que después de tanto debate, se va a tener que aceptar una división muy parecida a la de los actuales 16 Centros de Gestión y Planificación.

40 *–Ya que has abierto la comparación con Rosario, sería interesante que retomaras, en relación con esa ciudad, algunas cuestiones que has planteado sobre un aspecto de la cultura política de Buenos Aires: los significados del progresismo. Todo parece indicar que, para las fuerzas políticas en condiciones de gobernar la ciudad y para sectores importantes de la sociedad civil, ser progresista en Buenos Aires tiene que ver con cuestiones culturales y con cierto pensamiento jurídico –como mencionamos antes, la Ley de Unión Civil, o la defensa que ha hecho el gobierno de la muestra de León Ferrari. Pero sorprende que no haya ningún pensamiento progresista respecto de cuestiones urbanas más generales que existe, más allá de sus dificultades, en una ciudad como Rosario a lo largo del tiempo. Por ejemplo, la intensa discusión latinoamericana sobre la necesidad de leyes de recuperación de plusvalías urbanas, que ha logrado imponer criterios legislativos muy progresistas en Colombia, y que en Brasil ha logrado un Estatuto de las Ciudades de jerarquía constitucional, en Buenos Aires no hay fuerzas políticas o sociales que, incluso considerándose progresistas, las tomen.*

–En principio no comparto la visión canónica de que, por definición, el electorado de la ciudad de Buenos Aires es progresista. El electorado porteño es díscolo e individualista, pero no necesariamente progresista. Creo que, efectivamente, el progresismo de la ciudad de Buenos Aires se agota en esos temas culturales: es más simbólico que operativo. Hay muy pocas iniciativas progresistas que conciernan la

redistribución de ingresos. No hay criterios progresistas en temas que ya han sido tratados en todo el mundo, incluso con administraciones conservadoras, como las normativas del suelo que suponen diferentes formas de redistribución. Habría que preguntarse por qué habiendo funcionado relativamente bien una ordenanza de corte georgista en la década de 1920, sobre eso casi no hay bibliografía.

Falta, además, un proyecto de desarrollo económico. Buenos Aires es la jurisdicción que tiene más recursos genuinos, con los que podría plantear una cantidad de iniciativas de estilo, digamos, rooseveltiano. Sin embargo, no existe discusión al respecto. Lo que se considera más progresista es, apenas, tener las cuentas equilibradas, lo cual, más allá de su indudable importancia, no puede ser considerado como un bien en sí mismo, sino sólo como instrumento para encarar políticas activas. Pareciera que la discusión sobre ese tipo de políticas fuera pertinente en las provincias pero no en la capital.

Otra creencia, que revela los límites ideológicos de la política de Buenos Aires, es la de que todos los males vinculados con la pobreza –cartoneros, *homeless*, ocupantes ilegales, villeros– llegan del Gran Buenos Aires. Eso ya no es cierto. En 1991 se hizo evidente que la famosa división norte-sur se había hecho añicos, algo que el último censo ratificó mostrando cómo se ha extendido y repartido la pobreza en toda la ciudad. A los porteños nos gusta considerarnos muy magnánimos porque hay gente del Gran Buenos Aires que usa los hospitales de la ciudad, pero no empezamos siquiera a abordar los enormes problemas derivados de la pobreza estructural que tenemos.

Con respecto a Rosario, un rasgo muy importante es la continuidad política y de gestión, señalamiento en el que coinciden todos los sectores, de izquierda a derecha. En líneas generales, el rosarino medio, más allá de sus gustos políticos, reconoce que desde el 83 en adelante ha tenido mejores intendentes que la gran mayoría de las ciudades del país, y que se ha mantenido cierta continuidad. Eso hizo po-

sible intentar un *mix* que busca hacer compatible la ciudad de los ricos con la ciudad de los pobres. Se han realizado obras monumentales, que han redundado en un embellecimiento notable de la ciudad, junto con un programa como Rosario Habitat, de rehabilitación de los asentamientos más pobres, en circunstancias muy difíciles, con un enorme crecimiento de la marginalidad y grandes corrientes de migración de las zonas más perjudicadas del norte del país. Es un programa interesante, que toma elementos de los programas más avanzados que se han intentado en el mundo, con una combinación de acciones públicas y privadas, aunque su límite es que son soluciones pequeñas, difíciles de replicar a escala. También funcionó bien, más allá de las diferencias políticas, la articulación municipal y provincial.

Rosario, en comparación con Buenos Aires, ha tenido muchas más ideas en términos de proyecto de ciudad. El Plan Estratégico de Rosario es un esfuerzo serio, con algunos rasgos utópicos, más voluntaristas que realistas, pero en comparación con el resto de las ciudades argentinas me parece francamente notable, y ha permitido muchos logros. Por ejemplo, la Agencia de Desarrollo Regional Rosario, a través de teóricos de diferentes colores (socialistas, peronistas, radicales, independientes) reunió lo mejor de las diferentes experiencias de las agencias de desarrollo, y si bien no es una maravilla, algunas cosas se hicieron muy bien. Lo que contrasta, en el caso de Buenos Aires, con la actuación de la Corporación del Sur que, más allá de las intenciones y de la capacidad de mucha gente que la ha integrado, no ha avanzado prácticamente en nada concreto.

En Rosario, el fuerte consenso en líneas estratégicas de larga duración, ha achicado el espectro de lo que puede hacerse, de modo que hasta alguien claramente de centroderecha, como Usandizaga, ha realizado políticas sensatas y progresistas. De todos modos, hay dos problemas muy serios que amenazan estos logros: el Área Metropolitana, donde se han producido cambios socio-espaciales muy grandes y no hay políticas claras respecto de

la pobreza, en un contexto de escasez de tierras para políticas públicas y, peor aún, de falta de un inventario cierto para constatar esa escasez; y el peso cada vez mayor de la Bolsa de Comercio rosarina sobre las políticas urbanas.

–Volviendo al tema de la Corporación del Sur. Si, como decís, tuvo gente estimable y buenas intenciones, ¿cuáles son a tu juicio las causas por las que no pudo llevar adelante políticas que consiguieran algún impacto en la ciudad de Buenos Aires?

–No fueron causas institucionales, porque la Corporación del Sur fue creada con tal cantidad de facultades que prácticamente formó un estado dentro del estado. Tampoco fueron causas técnicas, más allá de algunos problemas en el inventario de bienes del dominio público y privado, que fue una de las tareas centrales de la Corporación. En mi opinión, la causa principal es que no se sabía bien qué hacer. Había un conjunto de proyectos, pero ninguna orientación política clara que señalara una dirección para el sur. Tenían todas las herramientas, pero no tenían un proyecto. Es evidente que, para la política práctica de Buenos Aires, el sur ya se considera perdido (olvidando la línea de algunos intendentes del pasado, como el radical Rabanal y sobre todo el peronista Sabaté). En el mejor de los casos, hay un esfuerzo residual de resistencia, como quien dice que al sur no hay que abandonarlo, pero sin proyecto serio para desarro-

llar allí iniciativas que permitan reestablecer algún equilibrio en la ciudad.

–Respecto del Área Metropolitana de Buenos Aires, ¿por qué creés que Buenos Aires no ha logrado nunca, seguramente como excepción entre las grandes metrópolis del mundo, una mínima coordinación metropolitana?, al punto de que se produce este absurdo histórico y conceptual de que el “Gran Buenos Aires” no incluye a la ciudad de Buenos Aires del que surgió.

–Estudí el tema de las áreas metropolitanas y mostré que, de la perspectiva con que se lo tomó en Argentina, surgen dificultades que explican porqué no se ha logrado hacer nada. Hace poco titulé un trabajo sobre el tema “La aplicación de nociones confusas a ámbitos difusos”. Técnicamente, hay cerca de dos docenas de mecanismos de funcionamiento de áreas metropolitanas, pero en la Argentina sólo se ensayó uno y medio: una mirada desde el centro y claramente *top-down*. Y este modo monocéntrico en el que se insistió una y otra vez pese a los reiterados fracasos, estaba condenado por razones de gestión, porque opera con una cantidad de presupuestos falsos. Aquí se produjo una convergencia muy fuerte entre ciertas visiones de planeamiento urbano y los gobiernos militares, donde la tradición del planeamiento buscó resolver los problemas de coordinación a través de grandes disposiciones institucionales, pero

nunca se dedicó a identificar problemas concretos para tratar de resolverlos. Incluso para cosas de sentido común mínimo, como las calzadas de la General Paz que caen para el lado de la Provincia pero corresponden jurisdiccionalmente a la Capital, y nunca se logró coordinar su limpieza.

Y esto se superpone a una realidad política en la cual, por una parte, los municipios del Gran Buenos Aires saben que, en cualquier escenario de coordinación metropolitana, perderían frente a la ciudad de Buenos Aires y, por otra parte, la ciudad de Buenos Aires tampoco se esfuerza demasiado, porque concibe sus relaciones con el conurbano en términos completamente paternalistas. Una larga y falaz discusión plantea que la ciudad financia al conurbano, a través del uso de hospitales y escuelas por parte de habitantes del Gran Buenos Aires. Sin embargo, estudios económicos sólidos muestran exactamente lo contrario, ya que por el sistema impositivo argentino, el IVA es la principal fuente de recaudación, y la cantidad de gente del Gran Buenos Aires que consume diariamente en la ciudad puede decirse que por ésa y otras vías paga con creces aquellos gastos. Lo cierto es que no hay ni condiciones políticas ni condiciones técnicas para sentar las bases o, por lo menos abrir, las perspectivas de acuerdos –incluso cuando intervinieron las Legislaturas, como con relación a la seguridad ciudadana limítrofe, con propuestas sensatas pero finalmente reducidas a retórica.

DIARIO DE
POESÍA

Nº 69 / Diciembre de 2004 a Marzo de 2005

Dossier Arnaldo Calveyra
Lautreamont: re-escrituras
Seamus Heaney: homenaje a Milosz
La carne al asador: jóvenes poetas argentinos
comentan sus influencias

SUSCRIPCIONES: (4 números, 1 año)
U\$S 40

CHEQUES A LA ORDEN DE DANIEL SAMOILOVICH
Corrientes 1312, 8º (1043) Buenos Aires

VARIACIONES BORGES

REVISTA DE FILOSOFÍA, SEMIÓTICA Y LITERATURA
EDITADA POR EL CENTRO DE ESTUDIOS Y DOCUMENTACIÓN J. L. BORGES

Condiciones especiales de venta para Argentina
a través de Punto de Vista: \$10 el número
- Dirigirse a la redacción

La educación escolar y la nueva “cuestión social”

Emilio Tenti Fanfani

42



La educación en la agenda pública

El tema de la educación básica no es como debiera ser un tema central y permanente de la agenda pública del país. Por el contrario, aparece en forma esporádica y alrededor de determinados acontecimientos imprevistos (como los desórdenes más o menos dramáticos en la vida escolar) o muy recurrentes, tales como los resultados de las pruebas de ingreso a las instituciones de educación superior o de los estudios de valuación de la calidad de la educación realizados en el contexto nacional o internacional.

La escuela también aparece siste-

máticamente interpelada y acusada cuando se trata de buscar responsables a los grandes problemas nacionales. Todos ellos, los económicos (crecimiento de la economía, distribución del ingreso, empleo), los sociales (la pobreza, la exclusión social, la delincuencia, la violencia, la inseguridad, el alcoholismo, la mortalidad infantil), y los de índole política (la crisis de la representación, la corrupción, el clientelismo) tendrían una raíz en el mal funcionamiento de la educación escolar. Si muchos ciudadanos no consiguen empleo es porque “no están capacitados”, si votan a caudillos que luego los engañan y malversan la con-

fianza que han depositado en ellos (y los recursos públicos que administran) es “porque no han tenido una buena formación cívica en la escuela”, si tienen conductas (en las calles y en la vida social en general) que no respetan ni la vida propia y menos la ajena “es porque no han recibido una buena formación ética y moral en la escuela”. Y los ejemplos podrían multiplicarse a saciedad.

¿Qué hay detrás de este recurso reiterado, en especial, en los medios de comunicación de masas? ¿Se trata de una simple irracionalidad? ¿Es también un problema de “mala formación” de los comunicadores sociales? ¿La educación escolar es la madre de todos los problemas y el principio de todas las soluciones? Me siento inclinado a responder rápidamente que ni tanto ni tan poco. Primero porque es preciso reconocer que, por una serie de razones estructurales, la escuela “de masas” no está en condiciones objetivas de cumplir con tan ambiciosas expectativas. Pero, al mismo tiempo, no puede haber la menor duda de que las prestaciones actuales de esta vieja institución están por debajo de lo que es legítimo esperar de ella. Ambas proposiciones son válidas. Muchas cosas han cambiado en la sociedad que desafían los dispositivos y modos tradicionales de hacer las cosas en las escuelas. Sin embargo, las subjetividades (representaciones, expectativas, valoraciones, predisposiciones) de los actores sociales no siempre han tomado nota de estas transformaciones. To-

do lo que sucede en la sociedad tiene impacto en la escuela. En lo que sigue me propongo examinar algunos impactos que tienen las múltiples manifestaciones de “la cuestión social” contemporánea en el mundo de la educación básica y los dilemas que plantean a quienes tienen la responsabilidad de ofrecer interpretaciones de la crisis de la escuela pública en clave progresista.

Escolarización con pobreza

¿Qué es lo nuevo en materia de escolarización? La década de los años noventa se caracterizó por la confluencia de dos fenómenos contradictorios. El empobrecimiento y la exclusión masivos se juntaron con una masificación de la escolarización de los niños y adolescentes. Veamos unas pocas cifras. En mayo de 2002, cuando la crisis social alcanzó uno de sus picos más altos, la pobreza alcanzó proporciones nunca sospechadas entre los alumnos de escuelas públicas y privadas del conurbano bonaerense. Según los datos oficiales (INDEC) prácticamente el 80% de los inscriptos en el primer y segundo ciclo de la Educación General Básica vivían en esa condición. La proporción subía al 88.4% en los establecimientos públicos de los mismos niveles. La pobreza alcanzaba al 68.2% entre los alumnos que cursaban el Tercer Ciclo y el Polimodal (prácticamente el ex secundario) en establecimientos administrados por el Estado. Estas cifras son dramáticas en sí mismas y marcan la dimensión del empobrecimiento de la Argentina.

La masificación de la escolarización es muy notoria en la adolescencia. En la década del noventa, la cobertura en la franja de edad de 15 a 17 años creció un 22%. En el año 2000 estaban escolarizados en algún nivel del sistema educativo el 85% de los chicos en esa franja de edad. Puede decirse que la absoluta mayoría de los escolarizados son pobres y que la mayoría de los pobres (niños de 6 a 12 años y adolescentes de 13 a 18) están escolarizados. Esta es una “novedad” en la evolución de nuestra educación básica. Pero esta escolarización va de la mano con la exclusión escolar de la

mayoría de los adolescentes de sectores populares, que tienen grandes dificultades para completar los ciclos de la obligatoriedad legal y social. La primera es de 9 años (la EGB), la segunda no la define la ley sino las condiciones reales de acceso a ciertos bienes estratégicos tales como el trabajo. Aunque no hay escolaridad que garantice la inserción laboral, la posesión de determinadas certificaciones (por ejemplo el Polimodal o Secundario completo) se convierte en una condición necesaria (no suficiente) para cualquier pretensión de obtener un puesto formal de trabajo. Los datos disponibles muestran que los hijos de las familias más desfavorecidas tienen pocas probabilidades de completar la escolaridad media. Por otro lado, menos de la mitad de los jóvenes argentinos de 18 a 24 años tienen estudios secundarios completos.

Para apreciar mejor el sentido de la escolarización y los nuevos problemas que genera es preciso tener en cuenta en qué condiciones se realiza esta masificación. En primer lugar, no sólo hay más alumnos en la educación básica (a los efectos prácticos: los viejos niveles primario y secundario o, si se prefiere la EGB y el Polimodal, según la nomenclatura legal) sino que son diferentes, tanto desde el punto de vista social como cultural. Pero también tenemos que preguntarnos en qué condiciones se lleva a cabo esta masificación. Lo primero que salta a la vista es que pese a las mejores intenciones y también como efecto de políticas erradas, el crecimiento de la escolarización se realiza por proliferación, es decir, el sistema escolar crece cuantitativamente pero sin modificar sustancialmente las características de la oferta escolar. Si la escuela cambió (y vaya si lo hizo durante la década del noventa), no fue como resultado de un programa, es decir, de una política explícita, sino como efecto de las circunstancias inéditas que tuvo que enfrentar. Los cambios de que hablamos tienen que ver con la vida real en las instituciones, con el uso del tiempo, la producción del orden, el método y los contenidos que se enseñan y aprenden, los modelos de relación entre los agentes educati-

vos, los sistemas de evaluación y control, los sistemas de administración y gestión de las instituciones, sus articulaciones con la sociedad local, etc. La masificación y el cambio en la morfología social de los alumnos han producido una especie de terremoto en las prácticas escolares, en las identidades y subjetividades de los protagonistas (docentes, alumnos) y en el sentido de la misma experiencia escolar. Para agregar mayor complejidad aún hay que decir que estos cambios no van en una misma dirección, es decir, no son homogéneos en ese inmenso archipiélago que solemos denominar “sistema educativo”. El carácter profundo y relativamente abrupto de las transformaciones sociales y la ausencia de una política pública capaz de orientar sus efectos en el campo escolar, dejaron librada a las instituciones y sus actores (básicamente los directivos y docentes) la responsabilidad de adaptarse a las nuevas circunstancias. Esta adaptación dependió básicamente de factores locales: el peso de ciertas tradiciones, la disponibilidad de movilizar recursos de diverso tipo y sobre todo la capacidad de desplegar la creatividad y la acción colectiva alrededor de un proyecto institucional.

43

Respuestas políticas insuficientes e inadecuadas

Las respuestas más significativas desde el punto de vista de las políticas públicas se concentraron en la aplicación de la Ley Federal de Educación. La misma contemplaba tres líneas básicas de intervención.

a) La primera tenía que ver con la ampliación de la oferta escolar para hacer frente a la creciente demanda de escolarización, en especial la de los adolescentes de sectores populares (urbanos y rurales). Las construcciones escolares, la ampliación de las plantas docentes, los equipamientos escolares, son ejemplos de este tipo de intervención.

b) La segunda línea tiene que ver con el despliegue de las denominadas “políticas compensatorias” que buscan asegurar determinadas condiciones básicas para garantizar la escolarización

y el aprendizaje de los niños y adolescentes de los grupos sociales más desposeídos. Estos programas consistieron fundamentalmente en acciones de sostén a la demanda de escolarización (básicamente becas escolares) y en el fortalecimiento de la oferta educativa para los grupos sociales más pobres.

c) La última línea, la más ambiciosa, compleja y también más criticada fue la que se proponía producir cambios cualitativos en la oferta escolar. Buscaba cambiar el sentido de la escuela y adaptarlo a las nuevas circunstancias del desarrollo nacional (la integración social, la competitividad, la nueva ciudadanía, etc.). Los ejemplos más salientes de estas políticas innovadoras fueron el cambio en los niveles del sistema educativo, la renovación de contenidos y métodos de aprendizaje y las transformaciones en los modos de gestión tanto en el nivel general del sistema educativo como en las instituciones escolares.

Cuando se intentaron cambiar las cosas fundamentales de la escuela (aquello que se enseña, cómo se lo enseña, para qué se lo enseña, a cuántos se les enseña) se lo hizo en forma errada y en circunstancias políticas y sociales tan desfavorables que los fracasos que hoy se han vuelto evidentes contribuyen, paradójicamente, a buscar las soluciones en improbables retornos a “viejas recetas” disciplinarias.¹ Esto último en el doble sentido del término, es decir, como dispositivos más o menos autoritarios para producir el orden y como forma segmentada (las “disciplinas”) de organizar el *currículum* escolar. Cuando se examinan los resultados en términos de organización y gestión de la educación, saltan a la vista los múltiples problemas de gobernabilidad del sistema educativo nacional. Desarticulado y desigual, no ha encontrado todavía un modelo institucionalizado que articule la autonomía posible y realista de sus partes constitutivas (sistemas provinciales, instituciones) con una necesaria dirección general que garantice unidad de sentido, aprendizajes básicos comunes e igualdad de oportunidades educativas para todos los niños y adolescentes argentinos.

Hoy tanto la mayoría de los estu-

dios y evaluaciones “técnicas” de las políticas educativas de los años noventa como las evidencias del sentido común indican que los resultados alcanzados no satisfacen las necesidades y expectativas de la ciudadanía.

La cuestión educativa se complica cuando se observa que los certificados y títulos que otorga el sistema ya no son garantía de posesión efectiva de conocimientos y competencias. Las evaluaciones periódicas de calidad muestran que la distribución efectiva de aprendizajes significativos y socialmente útiles, tales como las matemáticas y las lenguas, reproduce las desigualdades sociales (de ingreso, capital cultural, lugar de residencia, etnia) de las familias de los alumnos.

Hace mucho que los pedagogos saben que la probabilidad de aprender en la escuela depende de una serie de condiciones específicas. La acción pedagógica escolar no actúa en el vacío. No hay institución o método pedagógico ideal, en términos genéricos. Lo que para unos niños es adecuado y “funciona”, para otros tiene efectos neutros o contrarios. Parece una peregrinación, pero muchas veces se lo olvida. Como son diferentes las condiciones (sociales, culturales, cognitivas, lingüísticas, psicológicas) de los niños que ingresan a las instituciones, no se los puede tratar a todos de la misma manera, como se lo hacía en el modelo escolar tradicional.

Aquí hay que recordar que cuando se funda el sistema escolar de masas se impone un diseño institucional homogéneo (aunque nunca totalmente plasmado en la realidad). La “escuela típica” se diseña en función de un “alumno” ideal. El niño de 6 años que se incorporaba a la escuela debía reunir una serie de requisitos tales como interés y motivación por el estudio, saber hablar, mantener un comportamiento básico, aseo, puntualidad, responsabilidad, disciplina, salud, alimentación, contención afectiva. La institución escolar confiaba que era la familia la encargada de desarrollar y mantener estas condiciones en los niños. Los agentes escolares tenían múltiples maneras de manifestar estas expectativas y a su vez las familias eran conscientes de cuál era su responsabi-

lidad específica en esta división del trabajo.

Este igualitarismo ideal ocultaba un hecho fundamental: los niños que ingresaban a la escuela, pese a la igualdad formal del guardapolvo blanco, se diferenciaban según características personales, culturales y sociales de distinta índole. En términos generales se distribuían alrededor de dos polos típicos: por un lado estaban aquellos que se acercaban al polo del alumno ideal, es decir, al alumno tal como se lo imaginaban quienes diseñaban las instituciones y los programas escolares, mientras que otros se alejaban grandemente de esta imagen. Los primeros eran más “educables” que los segundos. Estos últimos eran los responsables de su propia exclusión y fracaso escolar. La institución estaba abierta para todos: unos ingresaban, progresaban, terminaban sus estudios y se hacían acreedores a los títulos, otros no ingresaban, o ingresaban más tarde, tenían dificultades para mantenerse en la carrera, fracasaban, abandonaban y no alcanzaban las ansiadas recompensas que el sistema ofrece a los exitosos. En todos los casos la institución escolar y su parafernalia de dispositivos estaban más allá de toda sospecha.

Este modelo de relación funcionó relativamente bien durante la etapa de expansión de la escolarización primaria. Cuando todos los niños estuvieron en condiciones de ingresar y terminar el ciclo primario, el problema del aprendizaje reemplaza al de la escolarización en la agenda de las políticas de educación básica. Estar en la escuela y terminar un ciclo o nivel no es sinónimo de desarrollo de conocimientos necesarios.

Si esto es así, hay que cambiar completamente el punto de vista del diseño de las instituciones educativas. Si el objetivo es que todos tengan igualdad de oportunidades de aprendizaje, la oferta educativa debe ser tan

1. Es triste comprobar una vez más que al fracaso de las políticas innovadoras (que pueden ser bienintencionadas, pero son equivocadas) le sigue una etapa que podríamos definir como “reaccionaria” ya que busca las soluciones en las viejas recetas del pasado.

variada como lo son las condiciones de vida y existencia de las nuevas generaciones. Hoy la diversidad cultural no es un “problema” como lo era en el momento constitutivo de las repúblicas modernas,² sino una cualidad valorada que es preciso preservar, respetar e incluso fortalecer. El objetivo de lograr una cierta igualdad de resultados en términos de valores y competencias sigue vigente, pero para hacerlo efectivo se requieren situaciones de aprendizaje bien diferenciadas y pertinentes. Esto es lo que algunos denominan “pedagogía racional”.

Situaciones límite

En las condiciones actuales, la heterogeneidad y la desigualdad social están cada vez más institucionalizadas ya que la condición de residencia, asociada con otras características sociales y culturales, determina el acceso a las instituciones educativas. Como decíamos en el prólogo al libro de Gabriel Kessler *La experiencia escolar fragmentada*,³ los colegios y escuelas de los grupos sociales excluidos ya no son moldes que “dan forma” a los alumnos que los frecuentan, sino que tienden a ser “instituciones de plastilina” que adquieren la forma de aquello que contienen.

La mayoría de los padres de familia tiene un conocimiento práctico acerca de sus posibilidades de inversión escolar y “elige”⁴ el establecimiento en función de un balance entre sus posibilidades y sus aspiraciones. Y como la educación no es un servicio que se compra hecho, sino que se coproduce (es tan importante lo que están en condiciones de poner, y ponen, el aprendiz y su familia, como lo que pone la escuela con sus recursos docentes, pedagógicos, tecnológicos), no debería llamar la atención que las diferencias en la condición social de los alumnos se traduzcan en diferencias de aprendizaje en contenidos estratégicos del *currículum* escolar (lengua y matemáticas, ciencias, idiomas extranjeros).

La lenta decadencia de la escuela pública pareciera no tener fin. Durante el año 2004 muchos niños argenti-

nos no tuvieron ningún acceso al derecho a la educación. Basta pensar en la cantidad de alumnos que no tuvieron los días de clase mínimos que el Estado se comprometió a ofrecerles. Quizás una de las situaciones más dramáticas se presentó en muchas escuelas del Gran Buenos Aires ya que, según una opinión ampliamente mayoritaria de los padres de familia,⁵ la escuela pública es ampliamente criticada por su funcionamiento intermitente. En estos casos lo que se denuncia es una lisa y llana ausencia del servicio por diversos motivos. El primero es la escuela cerrada, es decir, la falta de clases por conflicto docente.



El segundo es el ausentismo docente. Si a estas dos razones se agrega el ausentismo de los alumnos, el cuadro que resulta es más que preocupante.

Conviene traer a colación la palabra de los padres que por cierto es más elocuente que muchos debates intelectuales. En muchos de ellos predomina una visión extremadamente crítica de los servicios que ofrecen algunas escuelas públicas de la zona. Por otra parte, existe una percepción de

trabajo y volver con mi familia. Las dos cosas no. Era otra enseñanza y otro criterio”. El presente pierde en la comparación con un tiempo pasado que se percibe como “mejor”. Los problemas de aprendizaje se expresan mediante frases tales como “los chicos no estudian nada”, “mi hijo está en cuarto grado pero parece como si estuviese en segundo”, “en vez de ir para adelante, volvemos para atrás”.

También se presenta una imagen de abandono de la institución escolar cuando se afirma que “Se descuida la educación y la limpieza. En el colegio de mis chicos van todos al mismo baño sin importar las edades”. En este

decadencia de la institución escolar (“La enseñanza está cada vez peor”, “Los chicos en vez de que se eduquen, no salen como uno quisiera”). La misma imagen de deterioro aparece cuando los entrevistados comparan su propia experiencia escolar con la que ahora tienen sus hijos: “Yo vengo también de una escuela pública, pude estudiar a sacrificio de mis padres. Pude llegar hasta primer año de medicina y después tuve que largar, buscar

2. Basta pensar en la preocupación de los fundadores del estado nacional argentino por imponer la lengua oficial (el español) a una población que hablaba otros lenguajes (autóctonos o extranjeros). Es bien sabido que una lengua es al mismo tiempo una cultura asociada con una identidad y un sentido de pertenencia. En la primera etapa de la construcción del Estado, la “argentinidad” fue en gran medida un producto de la escuela. Hoy la escuela ya no tiene este monopolio y la construcción de la “identidad nacional” es un proceso cada vez más azaroso y complejo.

3. Gabriel Kessler, *La experiencia escolar fragmentada*, IPE/UNESCO, Buenos Aires, 2003.

4. No adherimos a la denominada teoría de la “libre elección” de establecimientos. En primer

lugar porque en muchos casos no se dan las condiciones mínimas de una elección. Por otra parte, no toda elección entre alternativas es “libre” según lo entiende la teoría de la elección racional, sino que está orientada por preferencias y metapreferencias (valores, tradiciones, inclinaciones, obligaciones, etc.) que no tienen nada de racional.

5. Consulta informal a unos 75 padres y madres de familia de Laferrière, Partido de la Matanza, realizada durante los meses de octubre-noviembre de 2004 en el marco de un ejercicio pedagógico de la cátedra de sociología de la educación de la carrera de sociología de la Universidad de Buenos Aires con la cooperación del Movimiento de Trabajadores Desocupados de La Matanza.

mismo sentido se señala la existencia de un debilitamiento de las capacidades que tienen las instituciones escolares para cumplir con su función educativa y asistencial (“Tanto como el asistente social que tienen, los psicopedagogos, los gabinetes que tienen dejan mucho de que hablar”). También el trato que reciben los chicos en las escuelas es objeto de críticas reiteradas (“Porque no le prestan atención a los chicos”; “Hay quejas y maltratos de los cocineros y maestros. Ya hay muchas quejas y pensamos llamar a los canales de televisión”). De igual manera se cuestiona la capacidad de los docentes para hacer frente a las “problemáticas disciplinarias” que presentan los chicos (el hecho de que no son “capaces” de sobrellevar el “mal comportamiento” de los alumnos), lo cual es valorado negativamente. En este sentido, la escuela pública aparece como ámbito de “descontrol” y “bajas exigencias”.

Muchas de las críticas a la escuela pública se centran fuertemente en la figura de los docentes, por la cantidad de paros que realizan y por la falta de atención, de contención, la “indiferencia” y la “falta de paciencia” hacia los chicos. Reclaman mayor contención, cuidados, asistencia y seguimiento personalizado de los alumnos. Algunas expresiones típicas son las siguientes: “De los diez meses que tienen de escuela, cinco van, se sientan en el colegio y los otros quedan en el aire”; “buscan cualquier excusa para no dar clases”. El mismo problema aparece cuando se les pregunta qué cambiarían de la escuela. Un entrevistado respondió “que se respeten las asistencias. Que sean por causas justas, no por cualquier cosa”.

Frente a esta situación crítica, la escuela privada es vista como “mejor” no tanto por sus cualidades intrínsecas, sino porque simplemente ofrece un servicio normal, es decir, garantiza el tiempo de clase y un orden institucional básico. Podría decirse que la escuela de gestión privada es preferida no tanto por sus virtudes, sino por los graves defectos que se le achacan a muchas escuelas públicas.

Es difícil medir la importancia relativa de estos síntomas, pero es muy

probable que estén revelando la existencia de un problema que va más allá de ciertas situaciones excepcionales. Existen evidencias de que este panorama, en gran medida es compartido por una mayoría de los docentes que trabajan en contextos de dificultad. Varios de ellos, reunidos en un grupo de discusión⁶ decían que, para la comunidad, la escuela “es una guardería”, un lugar donde “se enseña poco, menos que antes. Los padres te lo dicen, buscan un lugar más formal, volver a la forma más tradicional”. Los docentes son conscientes de que no todas las familias tienen las mismas capacidades y expectativas escolares. Mientras que “algunos solamente esperan que funcione como guardería, otros presionan fuertemente para que la escuela levante el nivel, dicen directamente que se enseña poco”. Probablemente, estas últimas familias, cuando tienen los recursos necesarios, opten por una escuela privada popular, que garantice esa “formalidad” (continuidad del servicio, cierto “orden y contención”, reglas claras) que muchas escuelas públicas ya no están en condiciones de ofrecer.⁷ Claro que no todas las demandas de las familias son compatibles con ciertos objetivos generales, como el derecho que tienen todos los chicos a recibir atención educativa. Según los docentes, hay padres que demandan “una escuela expulsora”, es decir, una escuela que “eche a los niños con problemas de conducta”.

La escuela pública aparece como una institución que ha perdido el rumbo y donde no están claras las responsabilidades que tienen sus diversas instancias (maestro, director, supervisor, Consejo Escolar). El docente muchas veces se siente desautorizado, es decir, mellado en su autoridad cuando, en caso de conflicto, las familias “le pasan por encima como alambrado caído”. Este debilitamiento de la institución escolar también se manifiesta en su incapacidad de imponer a las familias un modelo pedagógico distinto del tradicional. Los maestros lo expresan claramente cuando dicen que en términos “modernos” lo que vale es “el razonamiento lógico”, la actividad y la búsqueda del alumno y “la situación problemática”, más que saber ha-

cer “la cuenta” (es decir, sumar, restar, dividir, multiplicar, etc.). Pero esto no es comprendido por los padres que tienden a reproducir el modelo escolar que ellos experimentaron cuando fueron a la escuela. Las nuevas estrategias pedagógicas, más exigentes y complejas, alejan aún más la escuela de las familias, en especial en estos contextos social y culturalmente subordinados.

Pero los docentes también son conscientes (más que muchos de sus supuestos “intelectuales orgánicos”) de que son parte del problema y también un elemento central de su solución. “Nosotros somos los primeros que tenemos la autoestima baja”, ya que “Hay una realidad social que nos ha afectado a todos. No siempre estamos con el mismo ánimo para dar clase y muchas veces nosotros hemos dado mala imagen”.⁸ Mientras que reconocen que “en la labor docente el asistencialismo supera a lo pedagógico”, encuentran que la salida está en “revalorizar lo pedagógico para que no se pierda la fe en la escuela”.

Cuando se les pide que opinen acerca de las demandas de los chicos de 6to. año de la EGB (dicen que lo que no les gusta de la escuela es que el docente “escriba dos pizarrones”, “que tenga preferida” y “que no falte la ‘seño’ en clase, que venga todos los días”), afirman con mucha sensatez y sentido práctico: “En las pequeñas cosas se puede empezar a cambiar, la presencia en el salón, no en la galería hablando, ser más equitativa con todos, buscar una forma que no haya que copiar tanto del pizarrón, buscar algo que produzcan ellos, que tengan ganas de hacer”. He aquí toda una plataforma donde hacer pié para encarar una vigorosa política de apoyo a las iniciativas de los propios docentes en los establecimientos escolares.

La necesidad de entender mejor para actuar mejor

En síntesis, estamos viviendo en una sociedad cada vez más desigual, en muchos planos de la vida social y el sistema escolar tiende a diferenciarse reproduciendo las desigualdades socia-

les. La pregunta que se impone ante estas circunstancias es qué hacer para romper este círculo vicioso. Por otro lado, también es cierto que dadas las mismas condiciones de dificultad, hay escuelas y maestros que tienen más eficacia que otros para “hacer que los niños aprendan”. Pero es preciso tener en cuenta que se trata de “islas felices en un archipiélago bastante triste”, como escribió un colega italiano. En otras palabras, no hay dudas de que, pese a la gravedad de la cuestión social, es preciso intervenir sobre la escuela potenciando sus capacidades pedagógicas para resolver los nuevos problemas. Sería simplista sentarse a esperar que se den “las condiciones sociales” necesarias para, entonces sí, emprender el trabajo de educar. La escuela popular que tenemos necesita ser profundamente renovada.

Es aquí donde tienden a imponerse las visiones parciales y las polarizaciones estériles, en especial en ese ancho y desestructurado campo de las denominadas “ciencias de la educación”. Mientras algunos tienden a enfatizar las intervenciones en el campo político y social (políticas de empleo, redistribución de los ingresos, políticas sociales redistributivas, etc.) para garantizar lo que llaman “condiciones de educabilidad”, otros critican ese “concepto” e insisten en las potencialidades de la política educativa para contrarrestar la fuerza de los determinismos sociales. Ahora bien, es legítimo preguntarse ¿es tan difícil pensar en una política integral? ¿Por qué no pensar que es preciso hacer las dos cosas al mismo tiempo? ¿Acaso se trata de políticas excluyentes?

Pero no bastan las evidencias y vivencias de la crisis de la escuela pública, ampliamente compartidas por muchas familias, alumnos y docentes. Es preciso ir más allá de la constatación, el lamento y los buenos deseos para dotarse de interpretaciones adecuadas de los problemas detectados. En otras palabras es preciso entender mejor para actuar mejor. Aquí las visiones posibles son múltiples. Entre ellas pueden mencionarse las tres siguientes.

La primera está inspirada por una reacción que podría ser calificada como “populista”. En verdad, esta inter-

pretación consiste en negar la existencia misma del problema de la escuela pública. Desde esta perspectiva, todo señalamiento crítico es “reaccionario”, ya que consistiría en atacar a una institución que en verdad es víctima de un proceso que la trasciende (“el modelo”, los “intereses de quienes quieren destruir la escuela pública”, y otros argumentos). Si existen padres de familia que manifiestan cierto malestar con respecto al servicio educativo público es porque son víctimas de campañas ideológicas de desinformación. Muchas veces esta reacción se autodefine como “popular” y progresista, pero en verdad es profundamente irracional, contradictoria y políticamente contraproducente, ya que al negarse a reconocer y rendir cuentas de las evidencias, deja el campo libre a las interpretaciones que tienden a presentarse como más “racionales” y “objetivas”. Esta política “defensiva” está condenada al fracaso pues todo indica que la escuela pública, tal como ha quedado configurada, es a todas luces “indefendible”.

El vacío que deja el discurso populista tiende a ser llenado por las interpretaciones de signo claramente neoliberal. Estas insisten en utilizar las representaciones críticas de “la gente”

como una nueva comprobación de esa especie de “verdad eterna” que afirma que el Estado es, por esencia, un mal administrador y que lo que hay que hacer es “devolver” la educación a la sociedad, es decir, al mercado o a la iniciativa social. Una prueba de ello es que “la gente” prefiere la escuela privada. Esta visión lleva a políticas conservadoras y reaccionarias ya que al constituir la educación en una mercancía que se intercambia en el mercado o bien que se produce en forma “autónoma”⁹ y con un mínimo de regulación pública, termina por formalizar la segmentación escolar (a cada uno la escuela que corresponde a sus posibilidades económicas o de participación).

Por eso es preciso intervenir con una visión crítica y progresista de los problemas que atraviesa la escuela pública popular. No se la defiende negando las dificultades que atraviesa, sino afrontándolas con toda su crudeza y dramatismo. Los problemas están allí a la vista de todos. Las percepciones y representaciones de las familias no son irracionales ni teledirigidas. No son un simple efecto de la “ideología dominante” ni de “aquellos que tienen interés en destruir la escuela pública”. Ellas expre-

6. *Las miradas escolares. Un estudio exploratorio*. Documento de la Dirección General de Educación y Cultura de la Provincia de Buenos Aires (Gabinete Pedagógico Curricular), Período 2000/2001. El estudio se basa en una consulta a 137 docentes de 6to. año de la EGB que trabajan en 12 escuelas de dos Regiones del Conurbano Bonaerense. Las citas son extraídas de la transcripción de un grupo de discusión, Anexo II del Informe cuyo contenido está disponible en internet: <http://abc.gov.ar/LaInstitucion/SistemaEducativo/EGB/EspacioPedagogico/EjesTransversales/200001miradasescolares.pdf>.

7. En un trabajo inédito encontramos que sólo el 8.6% de los niños, adolescentes y jóvenes que viven en hogares urbanos por debajo de la línea de la pobreza frecuenta establecimientos educativos de gestión privada. Por otra parte constatamos que “La asistencia a establecimientos de gestión privada es un poco más frecuente en los hogares completos, con capital escolar más elevado, que se perciben como no pobres, con un tamaño más pequeño, con menos menores de 18 años y que son hijos de la misma pareja”. La base de datos utilizada se conformó con los resultados producidos por un cuestionario aplicado a una muestra de hogares con ingresos por debajo de la línea de la pobreza situados en ocho localidades urbanas de la Ar-

gentina (UNICEF/ IDAES-UNSAM, noviembre de 2001). Cf. Emilio Tenti Fanfani, “Estrategias educativas de los pobres”. Versión preliminar, IPE/UNESCO, Buenos Aires, 2004.

8. Cabe recordar que, durante los últimos años, el cuerpo docente fue una de las categorías asalariadas que perdió más posiciones en la estructura social. De hecho, una encuesta a una muestra nacional de docentes urbanos llevada a cabo en el año 2000 muestra que los docentes argentinos son quienes más han vivido la triste experiencia de la “decadencia social”. Una mayoría relativa de ellos (38%) percibe que su situación actual es “peor” que la que tenían sus padres cuando ellos eran niños. En el Brasil, por ejemplo, la mayoría relativa de los docentes dice que está mejor (62%) y sólo una minoría (14%) afirma que está peor (Emilio Tenti Fanfani, *La condición docente. Datos para el análisis comparado en la Argentina, Brasil, Perú y Uruguay*, Siglo XXI/IPE-UNESCO/FUNDACION OSDE, Buenos Aires, en prensa).

9. No está de más recordar que la tan mentada “autonomía” de las instituciones (propuesta por los partidarios de las escuelas “charter” y el financiamiento a la demanda) cuando se aplica en un contexto de pobreza y desigualdad es sinónimo de un liso y llano abandono de las instituciones a su propia suerte, es decir, a sus propios recursos y capacidades.

san a su manera la existencia de problemas bien reales: el desorden y el debilitamiento de las instituciones, la pérdida de días de clase, el desinterés, la desidia, el maltrato, la falta de atención a los niños con necesidades pedagógicas especiales y particulares, etc. Todos estos fenómenos existen y tienen una causalidad compleja que es preciso desentrañar. No basta la denuncia o la indignación moral. Tampoco alcanza con reclamar la vigencia de ciertos “valores” eternos. Es preciso explicar y al mismo tiempo encontrar políticas que se traduzcan en dispositivos, reglas y recursos específicos para orientar prácticas en las instituciones. Tampoco se trata de replicar en el campo analítico la lógica judicial de la búsqueda de culpables (la “culpa” es de los maestros o de las familias, o “del modelo”). Es preciso encontrar explicaciones racionales incorporando tanto los factores sociales de orden estructural, que están más allá del campo de la política educativa, hasta los que se pueden manejar desde los ministerios de educación o desde las mismas instituciones educativas.

Más allá de las visiones dualistas y parciales que demasiadas veces circulan entre “expertos” y “académicos” (el agente y la estructura, lo económico-social y lo cultural, los factores escolares y los sociales, lo asistencial y lo pedagógico), es preciso mirar las cosas desde un punto de vista histórico y relacional. Esta es una tarea para auténticos intelectuales progresistas, tan alejados de la tecnocracia fría y eficientista como del humanismo genérico y hueco o la actitud demagógica que busca el aplauso fácil de los políticos de turno, de “la opinión pública”, o del interés corporativo de los docentes. Estos últimos, en su gran mayoría saben o intuyen que sus auténticos y legítimos objetivos de mejoramiento profesional pasan por una profunda renovación de las condiciones institucionales, pedagógicas y laborales que estructuran su trabajo en las instituciones escolares. En las condiciones actuales la lucha por una educación pública de calidad para todos es la mejor estrategia para garantizar la defensa y jerarquización de sus puestos de trabajo.

Para detener la decadencia de la educación pública es preciso generar tres recursos estratégicos fundamentales. El primero tiene que ver con el poder y la voluntad política. Aquí la pregunta es la siguiente: ¿a quién le interesa una educación de calidad para todos? No por cierto a las clases dominantes. Estas (y más allá de los sectores más clarividentes y/o solidarios) en su gran mayoría resuelven el problema de la apropiación del conocimiento mediante su compra en el mercado. Lo mismo hacen con otros bienes estratégicos como la seguridad o la salud. Sólo queda confiar en dos actores colectivos clásicos: la ciudadanía políticamente organizada y las organizaciones gremiales docentes. La primera debe entender que el conocimiento es un capital y que su distribución igualitaria será objeto de lucha, como fue en otras épocas la distribución de la tierra. Por su parte, los sindicatos y asociaciones docentes deberían entender que sus intereses corporativos, en el mejor sentido de la expresión (como defensa, jerarquización y expansión del oficio), necesariamente tienen que coincidir con los intereses generales de la ciudadanía (más y mejor educación para todos). Esta convicción debería permitirles una mayor apertura en el momento de discutir y acordar nuevas estrategias de formación profesional, nuevas condiciones de trabajo y remuneración y nuevas reglas de estructuración de su carrera profesional.

Sólo una fuerte alianza política puede generar las condiciones para reunir el segundo conjunto de recursos que requiere una política educativa progresista. En efecto, no habrá más igualdad en la distribución del conocimiento sin más inversión. Más allá de la necesidad de hacer un uso más eficaz de los recursos, en este campo no se pueden hacer milagros. La distancia que hay entre las necesidades de aprendizaje y las inversiones efectivamente realizadas para satisfacerlas es tal que no podrán hacerse progresos significativos si no se aumenta fuertemente la masa de recursos que la sociedad está dispuesta a destinar a estos fines. Es cierto que los recursos son limitados. Pero no hay ninguna

ley natural que determine cuál es el límite en materia de inversión educativa. Este lo pone la relación de fuerza entre actores colectivos en lucha.

Por último, fuerza política y recursos financieros no son suficientes si no van acompañados de un saber hacer las cosas en materia de educación. Es aquí donde intervienen los expertos y especialistas de diverso tipo. Y estos recursos hay que generarlos. En el campo de la educación, más que en otros campos análogos, como por ejemplo el de la salud, es mucha la confusión y el desconocimiento. No existen esos consensos mínimos acerca de cosas fundamentales como por ejemplo qué es lo que tiene que saber un docente para ejercer su oficio. Muchas veces nos perdemos en el bosque de los contenidos escolares y perdemos de vista lo esencial, casi podría decirse lo obvio. Y luego todos nos rasgamos las vestiduras cuando nos enteramos de que los chicos, luego de pasar 12 años en la escuela, son incapaces de comprender un texto o de expresar ideas simples en forma escrita. Es aquí donde los expertos y especialistas de las múltiples “ciencias de la educación” debemos asumir nuestras propias responsabilidades. Demasiadas veces nos dejamos llevar por las modas y los esquematismos, por los movimientos pendulares y un muy bajo nivel de control colectivo de nuestra propia producción intelectual. El bajo nivel de conocimiento es reemplazado por la creencia en ciertos principios que muchas veces se parecen más a dogmas que no admiten la menor réplica que a proposiciones argumentadas y discutibles. En síntesis, no disponemos de los conocimientos (en especial, los pedagógicos) ni de los especialistas necesarios y suficientes para encarrilar un sistema tan extenso y complejo como el educativo.

Estos tres recursos (políticos, financieros y científico-tecnológicos) son necesarios si se quiere revertir el proceso de decadencia de la educación nacional. Los tres deben ser “producidos” al mismo tiempo. Pero la política es lo primero, porque, como se decía en otros tiempos, es allí donde se “concentran” las contradicciones y donde se encuentra el principio de la solución.

**1978
2003**

Tercera edición

Punto de Vista cumplió 25 años y editó un CD con sus primeros 75 números

Textos e imágenes completas, índices, base de datos e historia de la revista

Con el CD se lanzó una edición especial de 99 carpetas de artista, numeradas, con grabados y serigrafías originales de Adolfo Nigro, Félix Rodríguez y Eduardo Stupía

Precios

CD:
Argentina, 20 \$
Países limítrofes, 15 U\$S
Exterior, 30 U\$S

CD en carpeta de artista:
Argentina, 80 \$
Exterior, 60 U\$S
(con entrega puerta a puerta)

El CD está en venta en las librerías de todo el país donde habitualmente se encuentra la revista. También en los kioscos de Marcelo T. de Alvear y Uriburu, y de Corrientes 1585 (La Paz), en Buenos Aires.

Las carpetas numeradas, con grabado o serigrafía de Adolfo Nigro, Félix Rodríguez o Eduardo Stupía, se adquieren directamente en Punto de Vista: (54 11) 4381 7229 / email: info@bazaramericano.com



Tercera edición

el sitio de
Punto de
Vista on-line

BazarAmericano.com

www.bazaramericano.com

Visite en abril el sitio de Punto de Vista completamente renovado



DE VISTA
81
Revista de
cultura
8 S
Abril 2005

PUNTO